

JOSÉ MARTÍNEZ TORNEL

20-A

6077

6077

Romances

Populares

Murcianos

PRÓLOGO DE MARIANO
RUIZ-FUNES.—EPÍLOGO
DE ENRIQUE MARTÍ.



1917

IMP. LOURDES, SAN JUAN, 2

MURCIA

BIBLIOTECA REGIONAL



1037647

DMUC

474

NO SE PRESTA A DOMICILIO



Dep. 3-V-14



Romances Populares Murcianos

860.82-1

R. 11. 325

JOSÉ MARTÍNEZ TORNEL

Romances

Populares

Murcianos

PRÓLOGO DE Mariano Ruiz-Funés

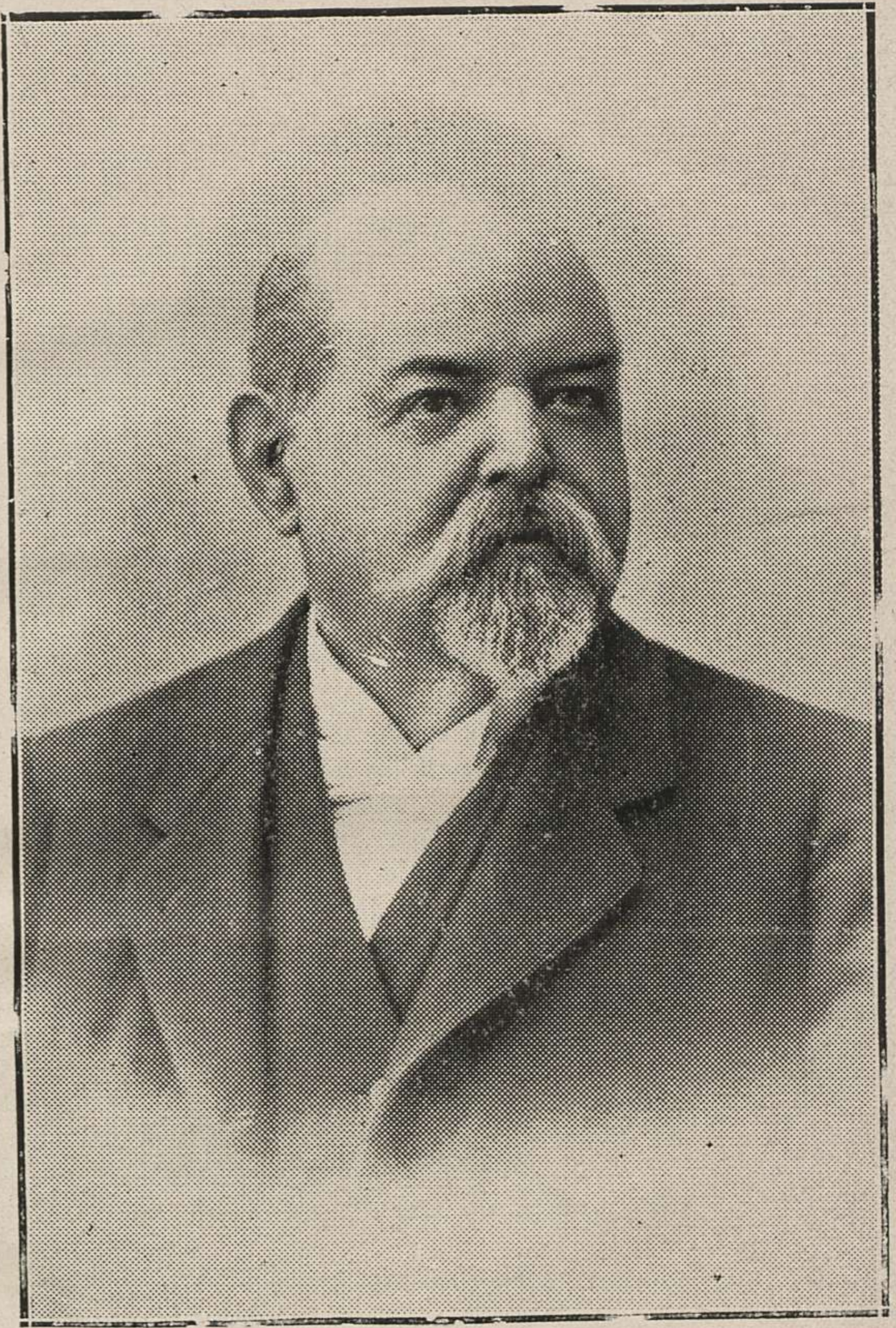
EPÍLOGO DE Enrique Martí



1917

IMP. LOURDES, SAN JUAN, 2

MURCIA



AL LECTOR

Cuando se hallaba casi al terminar la tirada de este libro, ha aparecido entre los papeles de nuestro inolvidable tío el Sr. Martínez Tornel (q. s. g. h.) un ejemplar del pequeño tomo de ROMANCES POPULARES MURCIANOS que imprimió en 1880, y en él hemos visto algunas correcciones hechas de su mano.

Demuestra ésto el propósito, que muchas veces comunicó a sus amigos, de dar nuevamente a la stampa estas composiciones, limpias de los descuidos de forma que en varias de ellas se advierten, como escritas, no al correr, sino al volar de su pluma inquieta, siempre apremiada por las exigencias del trabajo periodístico, aún antes de publicar su «Diario».

Ha ocurrido el hallazgo muy a destiempo y ha sido imposible realizar este aliño en la presente edición. En ella, pues, aparecerán los ROMANCES POPULARES con sus defectos de técnica; es decir, del modo con que solía darlos a las cajas, sin repasar las cuartillas siquiera.

Conviene consignarlo así para prevenir a aquellos que los lean con la fría observación del crítico, en cuya sanción no debió de parar mientes el autor, sin duda por entender que estos trabajos no tenían otro objetivo que el de hacerlos agradables a la masa popular, poco exigente, cuarenta años atrás, en materia de atildamientos literarios.

Después de estos ROMANCES de su juventud comenzó a publicar en «El Diario de Murcia» las «Crónicas Do-

mingueras», ya más cuidadas de forma, si bien producidas bajo idénticos apremios de tiempo y medida.

De estas Crónicas se incluyen en el presente tomo unas cuantas, seleccionadas por el Sr. Frutos Baeza, que ha sido nuestro eficacísimo auxiliar, como habrá supuesto quien conozca los lazos de fraternal cariño que unieron siempre al autor de los ROMANCES POPULARES y a su mejor discípulo; lazos que a nosotros también nos ligan con afecto casi familiar, lo que no impedirá, sin embargo, expresarle aquí nuestra sincera gratitud.

Hemos de consignar también que al editar esta obra nos ha guiado el doble propósito de rendir este tributo a la buena memoria de quien, si no pudo legar a los suyos bienes materiales de ningún género, supo proyectar siempre sobre ellos una sombra paternal y bienhechora; y el de dedicar el producto, si alguno rinde, a un fin benéfico, para que los favorecidos puedan, una vez más, bendecir el recuerdo de aquel glorioso murciano.

Sus sobrinos.

PRÓLOGO

Hace muchos años D. José Martínez Tornel publicó en un tomo sus Romances populares murcianos. Como su soberanía de poeta popular le estaba ya discernida por el sufragio del pueblo, como los tiempos eran otros, como el caudal de consejas, tradiciones, usos y costumbres que en ellos recoge, vivía aún incorporado a la vida social, como el alma de Murcia, única razón de existir que tiene una ciudad, no estaba todavía sofisticada, ni se había consumado en ella la violación brutal de lo uniforme, aquél libro, exteriormente pequeño y simpático, grande, muy grande por su emoción, su grajeo y su ternura, fué el libro de todos; en él aprendieron a leer algunas generaciones murcianas.

Hoy, mejorado, adicionado con las «Crónicas domingueras», tendrá para muchos un éxito de recuerdo; les traerá, lozanos, los años pretéritos de la juventud, y los que han vivido bastante por la edad, la decepción y el dolor, sentirán renacer en sus corazones el soplo pasional de los años idos, la dulzura de los amores primeros, el reinado feliz de la ilusión. Los Romances populares murcianos serán hoy un libro triste, de una tristeza melancólica, que dejará amargor en los labios y lágrimas en los corazones. ¡Aquellas lágrimas de los corazones, que no fluyen al exterior y que duelen con el dolor infinito e inexpresable de las ilusiones que se agostan, de los amores que se acaban, de la juventud que se fué...!

Por muchos conceptos es este libro una elegía. Lo es en primer término por su postumidad. El autor, durante su larga vida, pensó en una reedición de su obra de los años mozos. Sería primero para él un ansia de juventud y de gloria y una correspondencia a la consideración del público. Luego, llegado a la madurez y a la plenitud de la fuerza, desarrollada del todo su inteligencia, casi en la cumbre su gloria, definitiva su orientación literaria, rectificadas su manera de hacer, una necesidad de reformarlo, pulirlo y vigorizarlo. Bueno es que esta ilusión, perfectamente subjetiva, y que se da en la vida de todos los escritores, no llegara a realidad. Parcialmente, hubiera sido deseable; pero en muy buena parte de la obra, y por lo que atañe al conjunto, habría matado la gracia y la espontaneidad y su aliada inevitable la incorrección, que no es más que una forma natural de expresar aquella pasión tumultuosa y llena de encantos en que salen al exterior los bríos de la mocedad, fuente de inspiración eterna.

Viejo el maestro, agotado por una labor de periodismo abrumadora; pobre, porque es una ley hispana tan clásica como la picaresca; lleno de decepciones, porque estos medios meridionales, étnicamente inferiores, son fecundos en ellas; censurado, porque la literatura profesional es algo degenerativo y la excesiva juventud no ha limpiado aún el alma de las crueldades de la infancia; hubiera la reedición de sus Romances tenido para Tornel un amargor de hiel y de hastío, de tristeza y de dolor; su herencia a la posteridad; el síntoma indefectible de su muerte.

Vienen a nueva vida, después de que él diera a Dios la suya, tan noble, tan simpática, tan propicia a participar del dolor ajeno, a admirar la belleza, a practicar el bien, perfumada toda ella por esa rara flor de cultura que se llama la tolerancia, que se extinguió con la dulzura con que mueren los justos.

La ciudad lo lloró. Pocos meses antes había muerto Baquero. En poco tiempo la fatalidad, que tiene crueldades infinitas, había arrancado «dos de las fibras más nobles del corazón de Murcia» y parecía querer privarla de su alma y de su gloria. El día del entierro de Tornel la tristeza flotaba en el ambiente y ligaba a las almas, y había en ella algo de paradoja, porque la Naturaleza, esta Naturaleza nuestra, cambiante y maravillosa, que el poeta tanto amara, la sal y la gracia de la huerta, y el sol, la mitad, por lo menos, del encanto del paisaje adorado, renacían a nuevas gracias primaverales y, como se hace con los niños que mueren, vistieron su cuerpo con las mejores galas.

Luego... bueno, luego deberíamos callarnos. Al dolor sucedió la elocuencia, las juntas, las reuniones, los discursos, los proyectos de homenaje, todos los prestigios de la farsa, agudísimos en nuestro país y altamente pintorescos. ¿Tartarín, Maurin des Maures, héroes lírico-bufos de la Provenza, exaltados por Daudet y por Aicard, hicisteis excursiones a algunas regiones de España y dejásteis en ellas descendencia...?

Tornel era el poeta de Murcia, mejor o peor, pero de ella, y que si contiene y exalta su contenido lírico y social ya merece una adecuación con ella; basta con que su poesía sintetice el alma de la ciudad... Final de todos estos homenajes al indiscutible poeta popular: su nombre a una plaza y con letras doradas, por más señas. Convengamos en que los Municipios españoles no han asumido, precisamente, el alma de la Acrópolis, y convengamos, además, en que es poco ésto, y en que calles tienen también muchos hijos naturales de la Beocia, nacidos en Murcia, y en que no tienen otra cosa Balart y Ricardo Gil...



Algunas consideraciones hemos de hacer sobre estos

Romances populares. Ya suelta la vena de la emoción, vuelve la reflexión a apoderarse de nosotros y procedemos en frío. Esta alternativa, que se da tanto en la psicología individual, no es, en esencia, más que la vida, con sus cambiantes principales.

Para juzgar la obra de un poeta importa, en primer término— y conste que este prólogo es eminentemente subjetivo—conocerlo íntimamente. No es esta intimidad un producto de la camaradería o de la convivencia, que nos revelan todos los momentos de un alma, los que nos interesan para definirla y los que no nos importan. Es la suficiente para conocer su vida, en cuanto contenido ideal y sentimental, con el fin de fijar su fisonomía moral.

La juventud de Tornel, novelesca y exaltada, favorecida por el ambiente y las convulsiones sociales de su época; sazónada de sátiras personales y de periodismo de batalla; abierta a la vida cuando vibraba España entera en aquel movimiento esporádico de la Revolución de Septiembre, *tartarinada* gentil, que inauguró «los tiempos bobos», es convulsión propicia, por su exagerada dinamicidad, al reposo y tranquilidad espiritual que inspiran sus romances.

Su pluma, ya acerada en la lucha, desinquietada de los bríos mozos por los desengaños del combate diario, expresó sus estados de alma, que se aplacían en el paisaje, en la huerta amada, en la historia local, en las costumbres pintorescas.

No es nuevo este retorno al amor del país natal, tras de una de esas batallas espirituales, desordenadas y difusas, en que el acicate de los lirismos políticos trabajó el cerebro y los nervios. Viene luego un estado de calma, un abrir los ojos a la realidad, una ecuanimidad, que pueden ser fecundos. De hecho lo fueron en Tornel.

Os habrá ocurrido, tras de una vida desordenada y llena de todas las inquietudes en una gran ciudad, cuando ya alcanzábais el triunfo, cuando la tensión de la

sensibilidad os daba dolor y las ideas os hacían daño, regresar, por inconstancias de la suerte, a uno de estos medios pequeños y bellos, remansos de gracia y de paz en las turbulencias del vivir. En ellos, aplacada vuestra sensibilidad hiperestésica y quieto vuestro cerebro, habreis sentido algo parecido a lo que ocurre a un convaleciente. La tierra amada os dará su perfume, dulces espíritus femeninos encantarán vuestros días, y la infante paz del hogar invadirá vuestro espíritu. Os parecerá como si, en una tierra de promisión, tras de peregrinación cruenta, vuestros pies hubieran conocido el sortilegio de que los ungieran de suavidad y de esencias delicadas manos femeninas.

Luego ocurre otra cosa. Trás la calma, viene la normalidad y con ella la necesidad de nueva labor intelectual. El sentimiento mueve a la inteligencia a fijarse en el país amado, a estudiar sus aspiraciones y deseos, a compartir sus dolores, a amar su pasado, a gozar sus dichas. ¿Cuánto dura ésto? En Tornel duró hasta que le han enterrado en esta tierra donde reposan sus padres. En otros, quién sabe... ¿Pone alguien normas al corazón y disciplina a los nervios? ¿Resiste alguien un ambiente viciado, donde la concupiscencia es bufa? ¿Tropieza alguno, consciente y reiteradamente, con la paradoja intelectual de la idiocia pensante o de la ambición prostituida, sin que le cause repugnancia su contacto...?

Con este ambiente y en este estado de espíritu se produjeron los Romances de Tornel. Su vuelta al amor de la tierra les dió vida, la calma de su espíritu les prestó su gracia, la mocedad, que aún conservaba el ritmo adquirido de la pasión, los hizo, en una buena parte, incorrectos y espontáneos.

*
* *

Toda ciudad finca su alma en su historia; en ella está la construcción, en líneas generales, del pasado, y como

es un hecho indiscutible que los muertos gobiernan a los vivos y que solo de esta comunidad espiritual se nutre el porvenir, a la historia hay que ir a buscar orientaciones literarias. Tornel las encontró en ella. La época de la conquista de Murcia por D. Alfonso el Sabio, auxiliado por D. Jaime el Conquistador, las capitulaciones de los moros etc. le prestaron inspiración para ello. Como eran poco los momentos históricos de verdadero interés literario, que ofrecía el pasado de la ciudad, eligió éste: la lucha de dos civilizaciones, la que nos dejó casi todas nuestras buenas cualidades y, desde luego, absolutamente todas las malas, y la que nos trajo, son ciertos rasgos admirables del carácter aragonés, la sumisión a Castilla que, como era lógico, absorbió nuestra personalidad histórica.

Fuera del romance «Murcia por D. Alfonso el Sabio» y del que dedica a la gloriosa muerte en la calle de San Nicolás del General La Carrera, durante la guerra de la Independencia todo lo demás que contiene el libro es popular, en el sentido literario y estilizado de la palabra.

Conocedor de la historia de Murcia en un aspecto cíclico, Tornel aprovechó de ella el elemento social, prescindiendo del narrativo, y de este elemento social extrajo la base de sus estudios en vivo sobre nuestras tradiciones y nuestra huerta, que contienen los Romances; como su ilustre discípulo Frutos Baeza, gloria de la poesía popular, investigó en el pasado con ojos de poeta, más que de erudito, y libó la rica esencia de los sentimientos y del carácter, que forman como el exponente de la vida social de una época y que son el antecedente necesario del porvenir. Fueron, pues, la huerta, la huerta de su tiempo, muy otra de la actual, y con ella los tesoros inapreciables del alma popular, los que inspiraron sus romances.

Leyéndolos vereis en ellos, con la sencillez lírica de su estilo, unas veces y otras, a pesar de su desaliño, la

vida toda de estas gentes rurales, sujetos de excepción y por lo mismo de alta inspiración literaria. Surgirán en ellos, al conjuro de su musa, deliciosos cuadros regionales.

La gracia pícaro y sarcástica del huertano viejo, no exenta de ternura filial, en «La hilandera» de una ingeniosa observación:

Zagala vengo prenda
del trato de aquel francés;
mientras estuve en el cuarto,
platicando yo con
se tomó de una reoma
cuatro juentes de café;
y «asiéntese vu señor»
me dijo más de una vez
y yo, con la monterica
en la mano, me asenté
en un sillón que se hundía
sin poderme mantener...

El *panocho*, elevado por él y por Frutos Baeza a la categoría de lenguaje poético, en «El Busano de la sea»:

El busano de la sea
se esmangarilla ensegua
si no se le da tóo el cudio
que el alimal nesecita...

precioso Romance en que, entre gracias y burlas, se describen todas las operaciones de transformación del gusano en nuestra huerta, no exentas, en su mayor parte, de cierto sutil ambiente poético y reveladoras de delicadezas sentimentales que no tienen las huertanas con sus propios hijos.

Las tradiciones populares, las supersticiones, las creencias mal orientadas, los sortilegios, la curandería, etc., en que tan fecunda es nuestra huerta, que tienen un doble valor, como índice de una personalidad moral rudimentaria, y del elemento árabe que, cual factor his-

tórico, formó una parte muy considerable de su carácter, las encontrareis en «Los Errores populares», série de romances muy donosos y pintorescos.

Alguna vez he hablado yo, y en este prólogo lo repito, de que Tornel estilizó la huerta en sus poesías. Sobre este punto pudieran surgir discusiones, encaminadas a resolver una cuestión de procedimiento, vieja como el arte: si éste es una copia de la realidad o una idealización personal, con elementos de ella. De los dos caracteres participan los Romances de Tornel, dedicados directamente al huertano. «Tristeza» y «Angelicos al cielo» pertenecen al último procedimiento. La emoción en ellos es suprema, el asunto de una delicadeza suma, el motivo excepcionalmente lírico. Los que han visto la muerte de un niño en la huerta y luego el espectáculo conmovedor de su entierro, no pueden dudar de la realidad del Romance de Tornel; pero tiene algo más que la realidad, un «poder de lágrimas» solo reservado a los altos poetas. «Tristeza» poema vulgar y eterno, como el corazón, de amor roto, es otra obra maestra y de carácter general; y con los dos, «Juanica», delicioso retrato de la transformación de una joven bellísima en madre; son tres momentos de la ternura infinita del poeta, que no faltó en la mayor parte de sus trabajos periódicos y que hizo, entre nosotros, clásica su pluma en los especialísimos artículos de pésame y condolimiento, en que se estrellan otras muy bien cortadas. Cuando Tornel veía a la Muerte arrebatarse un corazón amado, deshacer un hogar feliz, destrozar una ilusión o frustrar una juventud llena de promesas, con un alto sentido de humanidad, mojaba su pluma en lágrimas, daba a su estilo una sobriedad elegiaca y nos conmovía a todos. Los que le conocieron, que equivale a decir que le amaron y los que le leyeron, que tuvieron que amarle también, saben cuánta verdad hay en mis palabras.

Aparte los Romances citados, hay varios de los del

libro dedicados a los cantos populares de la Huerta de Murcia, de un delicioso sabor local y de un extraordinario valor descriptivo. ¡Oh nuestros bellos cantos populares, la parranda, grácil y saltarina, no exenta de un fondo de tristeza arábe; bailada al son de las postizas; la malagueña de la *madrugá*, que tiene gracias de luz de alba, y triunfos del día que nace y emoción de corazón amante; el canto de la trilla, monorrítmico y somnoliento, con la lentitud triste de los cantos africanos; el de la hoja, obra de exaltación, de abundancia y de paz, y el retal, de una movilidad desenfrenada,

El retal, el retal,
con sus tres golpeciquios,
como es rigular.

Casi todos están próximos a perecer; viven como viejos decrepitos que estorban lo nuevo. El que se aventure a pasear por nuestra huerta, con los ojos llenos de escenas de color y el alma colmada de ilusiones de hallar cosas típicas, encontrará, en vez del huertano que sufre de los Romances de Tornel, el huertano que nada en la abundancia; en lugar del que acribillan los escribas, el que a los escribas sojuzga; sustituyendo a los que constituyen una casta aparte y son vejados por los señoritos en la feria, a los futuros dominadores del señoritismo; en vez de la clásica morena, en cuya compañía quiere ir al monte el poeta, a la muchacha rica y cursi, que dice timos mundiales y canta couplets afrancesados; reemplazando del *arrendador* pobre, que lucha con los dos amos en víspera de elecciones y que tiene su alma hipotecada, para responder de lo que muy ingeniosamente llamaba un médico murciano las tres prestaciones de carácter feudal, la del voto, la de las adehalas y la obligación de asistir a los entierros domésticos alumbrando o llevando un estandarte, al huertano prestamista del amo que está a punto de arruinarlo, y cuyas hijas

compiten en galas y vestidos con las del señorito; y si algunas de estas cosas son progresivas y simpáticas, por el humano símbolo de que la fuerza y el trabajo destruyan al parasitismo absenteista e inútil, otras, las que suponen la muerte para siempre de los trajes, usos y costumbres, que sustentan la urdimbre del alma regional, son muy tristes. También, por este aspecto, resulta este libro una elegía.

*
* *

Labor será de todos el conservar este tomo de los Romances populares murcianos de D. José Martínez Tornel, como si conserváramos un fragmento preciado del alma de Murcia, y guardar con él en el corazón la memoria de su autor que alcanzó la condición de escritor representativo de la ciudad.

En la Bretaña es poética costumbre en Nochebuena dejar vacíos en la mesa, al servir la cena familiar, los puestos de los antepasados, que se fueron para siempre. La lumbre arde en el hogar y, como si fuera un símbolo de la solidaridad familiar, es alimentada constantemente, para que su llama no deje un solo momento de alegrar con sus resplandores y templar con su calor aquellos puestos vacíos que ocuparon los seres amados.

Faltan en el hogar murciano varias sombras protectoras de otros tantos nombres ilustres, que mantuvieron vivo el fuego del amor regional. Sus puestos están vacíos. Como si se hallaran ellos en nuestra presencia, respetemos esos puestos y alimentemos la llama confortadora con el calor del corazón, para que no falte a su recuerdo el homenaje del fuego, de este fuego sagrado que no es otra cosa que el amor.

Mariano Ruiz-Funes



I.

La Virgen de la Fuensanta

I.

INTRODUCCIÓN

¿Con qué nombre más hermoso
puedo empezar los romances,
que escribo para esta Murcia,
la del abundoso Táder,
que con el de esa Mujer,
de esa Virgen, de esa Madre,
alegría de la tierra
y Emperatriz de los ángeles?

En el nombre de la Virgen
empezaré mis cantares,
y su amor me amparará
cuando las fuerzas me falten.
En las glorias de la VIRGEN
DE LA FUENSANTA, más grandes
que las glorias fementidas
de los héroes mundanales,
para beber en la fuente
de la vida inagotable *unción*
y dar ~~unión~~ a mi lengua,
quiero primero inspirarme.

Y si tú, lector murciano,
de mi intento te burlares,
porque piensas que estas cosas
se dicen por hacer frases;

y si dijeres que ahora
pretendo santificarme,
habiendo sido orador
del club de los federales;
yo te digo, lector mío,
que lo que dices no sabes;
porque yo creo posible,
fácil, y muy razonable,
creer en Dios, y en el progreso,
y en las santas libertades.

Además, lector incrédulo,
si tú no creés, crée tu madre;
créen tus hermanas, tus hijos,
y algún día ¡quién lo sabe!
si recibes de los hombres
los desengaños fatales,
que recibe la virtud
de este mundo miserable,
y hallas hastío en la vida
y en sus goces materiales;
y ves que todo es mentira,
todo efímero y mudable...
tal vez, al inmenso cielo
tus ojos secos levantes,
y te postres en el suelo,
y le reces a la imágen
de la Virgen, a quien reza
por tí tu piadosa madre.

Sí, porque la Virgen es
amparo de los mortales;
como madre es cariñosa;
como esperanza, es amable,
como mujer, es purísima;
como pura, más que un ángel.
La tradición la figura
en símbolos terrenales:
en la palma majestuosa
que arrulla el viento suave;
en el cedro del Carmelo,
en la estrella de los mares,

en la oliva de los campos,
en la rosa más fragante,
en el ciprés más gallardo,
en la azucena del valle,
en el terebinto umbroso
y en la nube fecundante.

LA VIRGEN DE LA FUENSANTA
es en Murcia tierna Madre;
es agua para los campos,
y remedio de los males.
A ella invoca el labrador,
que en surcos la tierra abre;
cuando arroja la semilla
para que por Mayo grane;
cuando recogen las mieses,
cuando florecen los árboles,
cuando la preciada oruga
fabrica el dorado estambre;
cuando furiosas corrientes,
abandonando sus cáuces,
saltan con horrible estruendo
por la valla de sus márgenes,
llevando en rugientes olas
a cuanto su paso ataje
la destrucción y la muerte
con ímpetu formidable;
cuando la epidemia mata
con sus miasmas letales,
cuando la planta extranjera
deshonra nuestros hogares,
cuando enferman nuestros hijos,
cuando lloran nuestros padres,
cuando la ciudad padece,
cuando la patria decae.

Por tanto, Virgen hermosa
de la ribera del Táder,
vuelve a mí tus ojos bellos
para que tus glorias cante,
y diga cuándo viniste
a vivir en nuestros lares;

cuándo se alzó el Santuario
dónde tienes tus alcázares;
cuándo fuiste generala;
cuándo en el monte amparaste
a aquella «cómica» insigne,
que trocò galas y trajes,
en la cueva misteriosa,
por penitentes sayales;
y, finalmente, engrandezca
la fé del pueblo constante,
que reza cuando «te lleva»,
y canta cuando te «trae».

II.

HISTORIA DE LA IMÁGEN

Cuando vinieron los moros
y se entraron por España,
sin que el pueblo envilecido
el paso les atajara:
conquistadas ya Sevilla,
Málaga, Jaén, Granada
y las mejores ciudades
de la andaluza comarca,
también llegaron a Murcia
las falanges musulmanas.

El cielo hermoso de Murcia
a los árabes encanta;
miran con torpe codicia
del río las frescas aguas,
y, al fin, junto a las riberas
que verdes murtas esmaltan,
para gozar las delicias
de tan regalada estancia,
descansan los vencedores
de las continuas batallas...

Era entonces una aldea
Murcia de muy pocas casas;
y, a los pocos años, fué
una ciudad con murallas,

con magníficos palacios,
con moras torres caladas.

Para atravesar el río,
hicieron puente de barcas
por donde está la plazuela
con ese nombre llamada.
La extensa vega era un bosque
que la maleza llenaba,
y por ellos fué jardín
lleno de sombra y fragancia:
pues las corrientes del río,
con esa famosa fábrica,
que en honra de ellos subsiste
allá en la «Contraparada»,
por regaderas y acequias,
circularon como sávia,
desde el Javalí a Beniel,
de Monteagudo a la Era-alta.

En la ciudad, levantaron
palacios, baños y aljamas:
donde está Santo Domingo
y el Convento de las Claras
tuvo el rey moro un serrallo
y un palacio que llamaban
«Darajarife» en la lengua
que dicen «zarabatana».
En la «plaza de Cadenas»
la árabe mezquita estaba;
y, por la parte del Norte,
hácia donde está la plaza
de San Agustín el barrio
estaba de la Arrijaca,
donde vivía llorosa
la vencida grey cristiana.

Lo menos seiscientos años
fué Murcia emporio y alcázar
de los hijos de Mahoma,
que su vega cultivaran;

hasta que, en el siglo trece,
de nuestra era cristiana,
D. Jáime el Conquistador
con lucida cabalgata,
después de terrible lucha
en que su hueste triunfara,
entró por las «Siete Puertas»
en la ciudad veneranda,
que estaban donde está hoy
la plaza de Santa Eulalia.

Apenas entró D. Jáime
en esta ciudad morisca,
con sus nobles caballeros
se dirigió a la mezquita,
a la cual, Pedro Nolasco,
que iba en la real comitiva,
purificó con sus rezos
y con el agua bendita.
Y, donde estuvo el Koran
como evangelio y reliquia,
se puso luego a una Virgen,
que el rey D. Jáime traía;
y en el altar, adornado
con banderas enemigas,
llorando los caballeros
y estando el rey de rodillas,
el Santo Pedro Nolasco
dijo la primera misa.

Aquella Imágen hermosa,
que en Murcia se aparecía
como la luna cristiana
sobre la luna morisca,
es la misma que se adora,
como divina reliquia,
del monte de la Fuensanta,
en la magnífica ermita.

III.

EL SANTUARIO

La fuente que hay en el monte
brotaba en la piedra viva
y, saltando los peñascos,
por la arena se extendía,
formando en aquella rambla
que hay entre las dos colinas,
un sitio, para el verano,
fresco y lleno de delicias,
por la bondad de las aguas,
de alivio y de medicina,
y por lo apartado y solo
de dulce melancolía.

Allí llevaban los moros
de los muertos las cenizas,
cubriéndolas con las flores
silvestres que allí se crían,
para esperar la ventura
de sus eternas delicias.

Mas, cuando el rey de Aragón
D. Jáime el de las Conquistas,
sobre la aljama de Murcia
puso la cruz bendecida,
cerca de la «Fuente-santa»,
que así los moros decían;
en las quiebras de las peñas,
o en pobres, toscas celditas,
se vieron llorar sus culpas
penitentes eremitas.
Después, y sobre la Fuente,
se hizo una pobre capilla,
utilizando los pinos
que aquel monte producía;
y cuando tuvo la Virgen
en ella mansión tranquila,
fué la deidad poderosa
que con su diestra purísima
bendijo el monte, el collado,
la rambla, la pobre ermita,

y nacieron, por encanto,
almendros, rosas magníficas,
cenicientos olivares,
palmas que el aire acaricia.
Desde entonces la «Fuensanta»
es santa porque destila
en el raudal de sus aguas
los celestiales carismas.

Murcia tiene allí un tesoro
y como tal le vigila:
la ciudad, Ayuntamiento,
la iglesia catedralicia,
los nobles, y el pueblo todo,
en honrarla rivalizan.
El Ayuntamiento cede
el terreno de la ermita,
y las aguas de la fuente,
y su culto le dedica.
Los obispos la bendicen
y le conceden franquicia's:
sus humildes camareras
son damas nobles y ricas
como las Contreras, Fontes,
de Zambrana y de Medina;
de los Padres Capuchinos
es tradición antiquísima.
llevarla sobre sus hombros
cuando sale, o va a su ermita.

Así adorada de todos,
patrona siempre propicia
la VIRGEN DE LA FUENSANTA
es nuestra Madre querida.

IV.

LA CÒMICA DE LA CUEVA

Es en la historia de Murcia
el más feliz de los siglos
el diez y siete; por siempre
digno de quedar escrito,
con eternas letras de oro

en los murcianos archivos.
En él escribió Cascales,
si no la historia, un gran libro;
en él Polo de Medina,
bajo los bosques umbríos,
que en su casa de Espinardo
tiene el Marqués nobilísimo,
de los ilustres Fajardos
descendiente esclarecido,
escribió sus «Academias»
y cantó versos magníficos;
en él Saavedra Fajardo,
que es el génio de su siglo,
honra a España y honra a Murcia
que a España da tales hijos;
en él muere Pérez de Hita
de Mula ingenio clarísimo,
murciano Ercilla en la guerra
de los rebeldes moriscos;
y en él se levantan templos
y suntuosos edificios,
como el «Contraste», «Almudi»,
la «Lonja» y otros antiguos.

En veintitres de Febrero
del año diez de ese siglo,
el Señor Diego Valcárcel
hizo presente al Cabildo,
cómo Francisca de Gracia
y Juan Gómez, su marido,
solicitaban licencia
para retirarse al sitio,
que llaman de la «Fuensanta»,
lo cual les fué concedido.

Venian estos esposos
vestidos de peregrinos,
y eran, por lo que después
se averiguó de su oficio,
dos famosos comediantes
de mucho nombre y ruido.

Allá, en la sierra, eligieron

el incómodo retiro
de una cueva al pié del monte
del Santuario bendito.
Ciñóse ella de sayal,
y sus galas y vestidos,
que eran muchos los que trajo
y todos ellos riquísimos,
a la imàgen de la Virgen
los ofreció con cariño:
y dos mil ducados, que eran
los ahorros de su oficio,
los empleó en restaurar
de la Virgen el asilo.
Cuadros, joyas, ornamentos,
paños de lienzo finísimo,
de todo trajo la cómica
al retirarse del siglo.

Como azucena del valle,
fué Francisca en su retiro;
como la paloma, que hace
entre las breñas su nido.

Veintiocho años llevó
de soledad y martirio,
y, al cabo de aquella vida,
dispuso el cielo benigno
concederle la corona
que guarda a los escojidos.

Por venir al Hospital
dejó Francisca el retiro,
y en él, auxiliada el alma
por un padre capuchino,
la comediante famosa
dió su postrimer suspiro.

V.

LA GENERALA

Al grito de guerra a muerte
del pueblo del «Dos de Mayo»,
como españoles valientes,

contestaron los murcianos.

A las puertas de la «Casa de la Ciudad» van llegando sacerdotes, caballeros y la gente de los barrios, en el día treinta y uno del florido mes de Mayo, de mil ochocientos ocho, por la mañana temprano.

El pueblo está conmovido, furiosamente gritando:

«¡Muera el extranjero! — ¡Guerra al francés! — Viva Fernando!»

y en todo el ancho arenal, y en todo el extenso Plano resuenan gritos de guerra contra el francés temerario.

En esto, de San Francisco se ve salir un anciano, que viene al Ayuntamiento, abriéndole el pueblo paso; al cual saludaban todos, y alguno dijo a su lado;

¡Que viva Floridablanca, honra del suelo murciano!»

Conforme bajaba, el pueblo iba detrás escoltándolo, y él departía con todos en dulce y amable trato.

Llegado al Ayuntamiento, subió al popular estrado, donde estaban reunidos los de la Junta esperando.

Nadie supo lo que allí trataron, o no trataron; más al poco, en el balcón principal, se vió al anciano, que de este modo habló al pueblo en nombre del amor pátrio: — «Murcianos, ilustres hijos de los bravos castellanos, que por nobles y leales recibísteis en legado

»las venerandas entrañas
 »del Rey D. Alfonso el Sábio,
 »hoy la patria está ofendida
 »por negra traición y engaño,
 »y es necesario morir
 »por honra y patria luchando.
 »¡A las armas! ¡Al combate!
 »déjense estevas y arados,
 »y solo el hierro homicida
 »agiten los fuertes brazos.
 »Para salir a la lucha,
 »para morir peleando,
 »y para perder la vida
 »como españoles cristianos,
 »no teníamos general
 »a quien conferir el mando,
 »y lo hemos dado a la Virgen
 »de la FUENSANTA, murcianos.
 »¡Viva nuestra generala!»
 — ¡Viva!— el pueblo entusiasmado,
 contestò lleno de fé
 y alzando al cielo las manos.

* * *

Desde la «Casa del pueblo»,
 por la plaza de Palacio,
 hasta la Catedral, hay
 dos hileras de soldados.
 Los regidores y ugieres
 van por entre ellos, llevando
 delante el pendón de Murcia
 y el estandarte sagrado:
 en medio va un caballero,
 que sostiene con sus manos,
 en azafate de plata,
 la faja y bastón de mando,
 que del general Heceta,
 recibió D. Pedro Llanos,
 su brigadier, para hacer,
 en aquel solemne acto,
 entrega a la «generala»,
 poniéndolos en sus manos,
 En presencia de la virgen,

Floridablanca, llorando,
dió un viva que resonó
por las naves y los claustros,
y el pueblo le contestó
ante el altar prosternado.
Himno entusiasta de guerra
se oyó tocar en el órgano;
hicieron nutridas salvas
en la calle los soldados;
y cuando anunció «la Nona»
suceso tan grande y fausto,
al clamor de la ciudad
contestan los campanarios.

VI

¡AL MONTE! ¡AL MONTE!

Si te vivieras conmigo
al monte, niña adorada,
cuando se llevan la Virgen,
que sale nublando el alba;
si no hubieres ofrecido
el ir andando y descalza,
como tienes de costumbre
siempre que te pones mala,
tomaremos, si tú quieres,
una lijera tartana
de las que hay aquí en el Puente,
o allá en el Carmen se paran.

Iremos por el camino
cantando alegres tonadas,
y admirando de la Huerta
las flores, frutos y plantas.

Cuando lleguemos al monte,
tomaremos la mañana,
ya con sabrosos buñuelos,
ya con fresca limonada;
y esperaremos la Virgen
en la puerta de la casa,
que dicen del Labrador
a la sombra de la parra.

Allí, te compraré almendras,

y torrados y avellanas;
flores, para tu cabello;
para tus manos, albahaca;
y, si tus lábios se secan,
anisitos para el agua.
Y, cuando suba la Virgen
a su bendita morada
por la cuesta peligrosa,
si quieres acompañarla,
rezando el santo rosario,
como tu madre te encarga,
también subiré contigo
hasta las benditas gradas,
llevándote de la mano,
no tropieces y te caigas.
Y, cuando esté en el altar
la VIRGEN DE LA FUENSANTA,
de ella nos despediremos
con una salve rezada;
y antes que el sol suba mucho,
que entonces quema la cara,
sin pararnos en los bailes
de malagueña y parrandas,
donde están las castañuelas
con un repicar que rabian;
tú, con un tallo de olivo
que cortaré de una rama,
y yó, que me haré un bastón
con un pedazo de caña,
pasando por Aljezares,
nos volveremos a casa.



II.

MURCIA

POR D. ALFONSO EL SABIO

En Sevilla estaba Alfonso,
Sabio por todos llamado
el Rey que ganara a Murcia
antes que hubiese reinado.

(ROMANCERO DE SEPULVEDA¹).

I

Para ganar a Sevilla,
baluarte del agareno,
que del Santo Rey Fernando
resiste el estrecho cerco,
el Infante D. Alfonso
a partir vá de Toledo.

Ya resuenan por las calles
los bélicos instrumentos;
impacientes los caballos
hieren lozanos el suelo;
apréstanse los peones;
saludan los caballeros,
rendidos, como valientes,
a y sus damas y asus déudos;
y todo es bullicio y fiesta,
animación y contento
en la ciudad conquistada
por el Rey Alfonso Sexto.

A la puerta del Alcázar
hay un caballo soberbio,
que sujeta de la rienda

joven y apuesto escudero;
es del Infante el caballo,
digno de tener tal dueño.

Ya sale el hijo del Rey,
gentil, gallardo mancebo,
ceñidas las duras armas
y los marciales arreos;
pero, al recoger las riendas
del noble alazan inquieto,
vióse venir por la calle,
más volando que corriendo
unos vistosos ginetes,
moros lujosos y apuestos
que a Don Alfonso venían
en albricias mensajeros.

Cuando vieron al Infante,
rodilla en tierra pusieron,
y uno, el más noble de todos,
dijo con severo acento:
—«Si antes de ceñir tus sienes
la corona de tus reinos,
quieres adornar con otra
tus juveniles cabellos,
noble Infante de Castilla,
nosotros te la traemos.
De una tierra bendecida
por el rocío del cielo,
en donde crecen las flores
sin temor al rudo invierno,
donde las pintadas aves
alegran con sus gorjeos
rico bosque de naranjos
y mirtos y limoneros,
donde las aguas resbalan
por verdes cauces abiertos
entre la menuda yerba
de mil pensiles amenos...
de esa tierra es la corona,
que hoy a tus plantas ponemos.
Una ciudad es la reina
de ese valle y de ese cielo:
allí viven las huríes
de ojos brillantes y negros,

allí se leen del Profeta *deliciosos*
los deleitosos acentos,
allí está nuestra mezquita,
de nuestros padres los huesos,
y allí estaremos nosotros.
que tus vasallos seremos».

Así Aben Hudiel el moro
dijo con valiente acento,
aunque al terminar rodaron
sobre su rostro moreno
dos lágrimas silenciosas,
que en el aire se perdieron.
Corrió al punto el noble Infante
a levantarle del suelo,
y, estrechándolo en sus brazos,
le dijo; «Buen caballero,
de esa ciudad, de esa tierra,
que es paraiso terreno.
ni pisar sus bellas flores,
ni su corona merezco;
para mi padre, que es rey,
y es valiente, y noble, y bueno,
y que gana las ciudades
con la punta de su acero,
la tomo... que, si ella es grande
por su riqueza y su suelo,
será más grande sujeta
de Castilla al regio cetro».

Gozosos los musulmanes
estas palabras oyeron,
llenas de placer sus almas
y de esperanza su pecho;
montan todos a caballo,
y todos juntos salieron,
entre vítores y aplausos
y bendiciones del pueblo,
para la florida Murcia
desde la imperial Toledo.

II

—«¡Ya no te quiere tu rey,
y te entrega a los cristianos,
hermosa ciudad de Murcia,

de los árabes encanto!
¡Ya no cantarán tus hijas
a los ginetes bizarros
que mataban del Maestre
los caballeros más bravos!
¡Ya no bordarán empresas,
ya no lucirán sus lazos,
ni podrán hablar con flores,
ni hacer primorosos ramos!
¡Alá te maldiga, impío
Aben-Hudiel el ingrato,
que entregas a tus guerreros,
sin saber morir matando.
¿De qué sirven las murallas,
y castillos almenados,
que Zoair a Murcia diera,
si son los traidores tantos?
Alcázar-quivir no tiene
ni una flecha ni un soldado;
en Bib-Almunem no hay nadie,
que impida el artero paso;
las mil torres que circundan
ese recinto sagrado
están solas, y los moros
vendidos y abandonados.
¡Cobardes sois y traidores
todos los moros murcianos;
Tú, Aben-Hudiel, eres rey,
tú el ejemplo les has dado...
permítame el cielo que mueras
de los infieles a manos,
cuando ya no tengas patria,
y, por la tierra vagando,
falte alimento a tu cuerpo
y falte el agua a tus labios,
y errante como las fieras
y las aves de los campos,
ni Dios oiga tus palabras
ni el hombre seque tu llanto».

De esta manera decía,
al correr de su caballo,
un moro que huyó de Murcia
su fértil vega cruzando;

mientras entraba el Infante
por los moros aclamado
que hojas de laurel vertían
a los pies de su caballo.

III

Alhamar, rey de Granada,
arde de celos y envidia
porque ha sabido que Murcia
es ya del rey de Castilla.
Más hermosa que Granada
entonces le parecía,
y decidió hacerla suya,
no por franca y noble lidia,
sino por arteros medios
de traición torpe e inicua.
Para el rey Alfonso tiene
frases de cortesanía,
y su vasallo se ofrece,
cuando el puñal acaricia.
Hacia la ciudad de Murcia
manda una hueste, escojida
entre los más miserables
de la corbarde morisma,
que en la ciudad se introduce
sigilosa y prevenida,
para arrancar la cruz santa
de la ya pura mezquita.
Una noche ¡qué traidores!
entre las sombras, amigas
de los que por oro matan
y por venganza asesinan,
juntáronse en una calle,
que está por el Axarquía.
Cobardes, como traidores,
torpe miedo les domina,
cuando llegan uno a uno
por las callejas vecinas.
«Murcia sea por Alhamar»
es el fin y la consigna,
«¡Mueran los cristianos!» dice
torpe voz, vil, enemiga,
y «¡Mueran!» contestan todos,

lentos de saña y codicia.

Como manada de lobos,
que solo el rebaño mira,
así vuelan esos tristes, *tigres*
con el puñal homicida,
y en los muros y en las torres
dan muerte feroz e inicua
a los soldados cristianos,
que la ciudad guarnecian.

¡Cuántos valientes, de aquellos
por quienes brillara un día,
invencible la cruz santa
sobre la luna morisca,
murieron traidoramente
en la almena en que dormian!

Con tan infame traición,
por causa tan fementida,
pudo decir Alhamar:

—«Al fin eres, Murcia, mía.»

Mas no gozarás tu hazaña,
raza traidora y maldita,
pues, a rescatar a Murcia
de tu negra tiranía,
se aprestan con sus guerreros,
azote de la morisma,
D. Jáime el Conquistador
y el Rey Sabio de Castilla.

IV.

Entre el Rey conquistador
y el Rey D. Alfonso el Sabio,
Murcia no es aragonesa,
ni es del reino castellano.
Si abrió sus puertas a Alfonso;
D. Jáime la ha conquistado
en cien reñidos combates,
en buena lid, palmo a palmo:
si D. Alfonso entró en ella
y el pueblo le abrió los brazos,
haciéndola castellana,
siendo Aben-Hudiel vasallo;
D. Jáime entró combatiendo,
por el muro y al asalto;

si, con el jóven Infante,
vinieron los castellanos,
más bien que en hueste de guerra
fué por gala y por ornato;
no como los de Aragón,
que los bastitanos campos,
en ruda y penosa lucha,
con noble sangre regaron.

¿Será Murcia de Castilla?
¿Será, de Aragón, regalo,
que ya tiene en su corona
los pensiles valencianos?

El Rey Alfonso la quiere
para ponerla al amparo
de sus castillos famosos
y de sus leones bravos;
D. Jáime quiere sellarla
con los timbres encarnados
de las barras catalanas,
que a los moros dan espanto...
¿De quién será la ciudad,
que el Táder pasa besando?

¡De Castilla! ¡De Castilla!
el Rey D. Jaime la ha dado,
como prenda de cariño,
al monarca castellano,
cuando ofrecía a su hija,
que era su amor y su encanto,
para que fuera la reina
del Rey D. Alfonso el Sábio.

V.

Sufriendo en lecho de muerte
el Rey D. Alfonso estaba,
lleno de fatiga el cuerpo
y de amargura su alma.

Si se acuerda de su hijo,
el que lo desheredara,
tanto se aflige que el llanto
corre en abundantes lágrimas
por su rostro venerable,
que circundan nobles canas.

Cuando piensa en sus estados,

donde combaten contrarias
 tantas mezquinas pasiones,
 y dó corre sangre tanta,
 parece que en los suspiros
 quiere arrancársele el alma.
 Cuando mira a la nobleza,
 que sus timbres conquistara
 en cien reñidos combates,
 en mil sangrientas batallas;
 la que de Dios fiel imágen
 siempre en el Rey respetara;
 y piensa que por su hijo
 y contra el Rey se levanta,
 tiembla su postrado cuerpo
 y siente mortales ansias.

—«¡Como yaz solo» —se dice
 »de Castilla el fiel monarca,
 »aquel que pudo llamarse
 »Emperador de Alemania,
 »aquel a quien los guerreros
 »y reyes el pie besaban,
 »y a quien pidieron limosna
 »reinas y famosas damas;
 »el que mantuvo en Sevilla
 »de hueste noble y bizarra,
 »caballeros y peones
 »cuarenta mil hombres de armas;
 »aquel que fuera acatado
 »hasta en regiones extrañas,
 »por su poder y su nombre,
 »y su cuchilla y sus Tablas...
 »¡Que solo yaz! —repetía—
 «¡Qué solo yace el monarca!»

Tristes eran las querellas
 de la Majestad postrada;
 entre tanto iba la muerte
 batiendo sus negras alas
 sobre la frente del Rey,
 y se llenaba la estancia
 de ese pavor misterioso
 en que una vida se acaba;
 que la muerte, en los palacios,
 es triste, y en las cahañas.

Aún pudo llamar el Rey
a los pocos que cercaban
sus instantes de agonía,
a los que siempre le amáran;
y allí, delante de todos,
con la prostrer llamarada
de su vida, pronunció
estas solemnes palabras:

—Dejo mi corona al hijo,
que a mí me desheredara;
mi cuerpo dejo a Sevilla
por mi padre conquistada,
y a aquella ciudad de Murcia,
antes mía que reinara,
para que en su noble tierra
les dè sepultura santa,
le dejo ¡pobre legado!
mi corazón, mis entrañas;
y a Dios, le suplico, y ruego
quiera recibir mi alma.»

Dijo: la voz en su pecho
quedó dèbil, apagada;
mirando al cielo rodaron
por sus mejillas las lágrimas;
dejò caer la cabeza
como por sueño doblada,
y en los brazos del Señor
murió el excelso monarca.

.
¡Murcia! ciudad de las flores
de las aves y las aguas,
¡bendito tu cielo hermoso,
benditas son tus montañas,
y el áura de tus vergeles,
y tus auroras de grana!
¡Bendita es tu noble tierra,
porque guarda las entrañas
del Rey Sabio de Castilla,
inmortal gloria de España!





III.

MURCIA

Murcia, la ciudad hermosa,
con su vega siempre verde,
parece un verjel formado
por encantados verjeles.

¡Qué bella es la patria mía!
¡Qué encantadora y alegre
se levanta majestuosa,
orlada su pura frente
con la guirnalda de azahar,
que sus huertos la entretejen!

Do quiera los ojos miran,
plácidamente se pierden
en un bosque de moreras,
de palmas y de cipreses;
su extensa y frondosa vega,
mar de esmeralda parece,
donde entre espumas de flores
las tibias áuras se duermen.

¡Cuántas veces, desde el monte,
que quiebra el correr aleve
del viento seco del Africa,
lleno de arenas ardientes,
miré de la inmensa vega
el paisaje sorprendente!

Allá a lo lejos el mar,
que con el cielo se pierde;
el Orcel, en cuya falda
bella Orihuela se extiende;
Monteagudo y su castillo

en la cúspide valiente
de un monte que en sus ruinas
lágrimas árabes tiene;
Los Cabezos, coronados
por los eneldos silvestres;
Espinardo con sus huertos:
Guadalupe en las vertientes
de las lomas de Molina,
que entre collados se pierde:
y, entre los sotos del río,
bajo los sauces endebles,
la Raya, la Puebla, Eralta,
con mil rústicos albergues;
los valles, los olivares
de Sangonera la Verde;
el Palmar, en cuya torre
las aves del campo duermen;
Aljezares montañoso
y las Alquerías fértiles.
Y, dominando la vega,
como gigante que ofrece
a Dios de tan ricas flores
el inmenso ramillete,
aquella bendita torre
que entre las nubes se pierde.

Riega el Segura la tierra
cruzándola en curso leve,
al arrullo de las aves
que sus limpias aguas beben;
el sol, con sus tibios rayos,
fecunda todos los gérmenes;
y la bendición de Dios
sobre la siembra se extiende,
y nace lozano el trigo
entre el hielo de Diciembre,
y el lino ostenta sus flores
azules y transparentes,
y el maíz tiende sus hojas
cuando su tallo florece,
y el naranjo se engalana
con el oro y con la nieve;
y, entonces, cuanto en la tierra
calor y vida contiene,

grato perfume levanta
al Señor Omnipotente.

, . . . ,
Murcia mía, santa cuna
de mis años inocentes,
quiera Dios que en tí mi vida
corte su curso doliente,
y me dé tu tierra tumba
que abriguen eternamente
las hojas de tus rosales,
y el llanto de tus cipreses.



IV.

CARTAGENA

A Cartagena me voy
a ver la mar y sus olas,
y a ver los barcos del rey
con banderas españolas.

(CANTAR)

Reina del mar, arrullada
entre las saladas ondas;
puerto de mar venturoso
que las tormentas ignoran;
inexpugnable castillo
en cuya cima tremolan
ante las naves del mundo
las banderas españolas;
rica, codiciada tierra
de las africanas flotas;
cuna de los cuatro Santos,
que son tu primera gloria;
rica presa de los Bárbaros,
cuyas indómitas hordas
convirtieron tus murallas
en ruinas desoladoras:
ornamento de la iglesia
a quien diste eterna gloria
con tus preclaros obispos
y tus ilustres matronas;
encanto del musulmán
que en oasis te transforma;
conquista de Alfonso el Sabio

que te ciñó a su corona;
ciudad hermana de Murcia,
Cartagena siempre hermosa.
¿Quién no te llamará grande
«al ver el mar y sus olas?»

A Cartagena me voy,
cuando el cielo se arrebola,
con los cendales purísimos
en que se oculta la aurora;
vuela el tren, atravesando
de plantas vistosa alfombra,
cortando acequias y huertos,
y entre moreras frondosas:
Murcia se ve allá a lo lejos
blanca como una paloma,
y sus altos campanarios
el sol naciente ya dora.
Como me voy, me parece
que está mucho más hermosa;
y, pensando que en su seno
mis amores atesora,
que en ella están mis amigos,
mi madre y aquella hermosa,
que con los ojos me ha dicho
tantas veces que me adora...
digo, mirando su torre,
llena el alma de congoja:
«A Cartagena me voy
a ver el mar y sus olas».

¡Cartagena, Cartagena!
no me recuerdes tu historia,
porque aún están tus heridas
tan frescas que sangre brotan:
si ayer saltaron tus muros
las turbias rugientes olas
de las pasiones malditas,
que destruyen cuanto tocan:
si tus soberbios alcázares
cayeron bajo las bombas
y el fuego abrasó tus templos

y la guerra asoladora
convirtió en polvo y pavesas
tus monumentos de gloria...
hoy has dado ya al olvido
aquellas terribles horas,
porque eres la ciudad noble
fénix inmortal, heróica
y porque están en tu puerto,
temidas siempre y famosas,
las naves de Méndez Núñez
«con banderas españolas».

No tiene el mar otro puerto
como el que tiene a tu sombra,
ni otra playa más tranquila,
que azoten menos las olas:
el mar para tí no lleva
más que arrullos en sus ondas;
en tus fecundas entrañas,
jamás la plata se agota,
ni en tu corazón se extingue
la Caridad bienhechora;
las lápidas seculares,
cantan tu alcurnia gloriosa;
y en tus hijas envidiadas,
puras, perfumadas rosas,
para cuyo gentil cuerpo
el mar su sal elabora,
en ellas, compendio tuyo,
admiro tus gracias todas,
y hasta me asomo a sus ojos
«a ver el mar y sus olas».



V.

EL BUSANO DE LA SEA

(LENGUAJE DE LA HUERTA.)

—El busano de la sea
se esmangarilla en seguía,
si no se le dà tóo el cudio
que el alimal nesecita;
y sa mester, caballeros,
al fin y a la prepartia,
que los que hamos estudiao
la gramática latina
esperfollemos los libros
y espicacemos la Biblia,
pa fin de dar con el ese
que al busano dá esa inquinia,
que mos deja sin cosecha
y por tanto sin comía.
Porque, es claro, los panochos
no entendemos de pulítica;
y no hay más Dios que los tolmos
pa rebuscarnos la vida:
y como el trigo en la huerta
es malo y de poca harina,
y ainda más hay que quemallo
en cuanto acaba la trilla;
y el pimientó está tirao
porque en Murcia lo fabrican
con una tierra que sacan
de no se sabe qué mina;

y hasta el probe tomatiquio
y hasta la calabaziquia
no sirven pa zarangollo
porque en Murcia no se estila;
solo en la sea tenemos
el pan nuestro de ca día.

Mas, como la sea estos años,
dende que el tren nos vesita,
se pierde toa, y queamos
tocándonos la barriga;
sa mester poner remedio,
pero corriendo, ensegua,
y meterle bien los deos
al mal que nos crucifica.

La sea viene perdiéndose
porque el busano se inquina
se recula entre los zarzos
y se muere panza arriba.

¿Pos qué le pasa al busano?
dice la gente asustaiza;
y el busano no responde
ni siquiá una palabriquia.

Pos ya que el busano no habla,
porque hombre muerto no chilla,
yo us diré lo que le pasa,
que tóo aquí se desplica.

Es que el busano está malo,
empenalizao y con tirria,
porque lo han tratao mal
dende la primer dormía,
mucho antes, desde que al mundo
vino el forma de boliquia.

La simiente la tratais
como una cosa perdía,
la meteis entro del arca,
y allí le encajais encima
los zaragüelles, la manta
morellana y la otra fina,
la canana con cartuchos
y las senaguas de viras;
y la simiente está ahogá,

y se le seca el agüiquia,
ande se mantié el busano;
que la simiente aunque chica,
es lo mesmo que los güevos
que calientan las gallinas,
y si los güevos dan pollos,
busanos aquella cria.

La simiente la pondreis
ande haya muncha ventila
esparramá en cernaores,
o en una jarra metía:
ande no haya olor a istiercol,
ande no se pudran crillas:
que no tenga cerca azarbe
ni regaeras corrompías,
porque los malos olores
a cualquiera prerjudican..

Si juera caso de peste,
o estuviera acometía
de calenturas la casa,
hay que sacarla a toa prisa,
porque si las calenturas
güelan como las avispas,
y a las presonas se agarran
como pantasma malinas,
a la simiente también
le tocará su chiniquia.

Ya he dicho que la simiente
de las palomas es hija,
cuando la paloma macho
cevilmente se encapricha;
y como los hijos sacan
de los paeres las maquilas,
es mester que las palomas
estén muy blancas y limpias,
sin una mancha en las alas
y con ojos que echen chispas,
aunque las mejores tienen
cierto viso de pardiquias.

Pa revivir el busano,
se echa en una cáuza limpia
de esparto seco y picao

la simiente, y se le aviva
con el calor presonal
de alguna presona misma,
que esté sana, que no tome
enjuagues, ni medecinas,
y no le güela el sudor
como a Perete Cosquillas.

Cuando yá sale el busano,
dentro de la cáuza misma
se echan hojas de morera
de las más finas; más finas,
porque como es pequeñiquio
no tiene dientes tavia,
y la hoja tierna es lo mesmo
que si le dieran papillas.
Entonces se abrigará
con el sol de medio día,
sin ponerlo al rechichero,
porque entonces se encorvilla;
se huirá de que el aire frio
le arremeta una embestia,
que es lo peor y más malo
que pué pasarle en su vida.
Algunos por alantarlos
los tienen al sol too el día,
y eso daña a los busanos,
y pa eso cuando el sol pica.
Un calorciquio suave
el busano nesecita;
por eso ni mucho sol,
ni esas lumbrerás que atizan
en las barracas angunos
les aprovechan ni pisca.
Con un marómetro güeno,
que es lo que abora se estila,
hasta los zagales saben
de las cosas más centíficas,
y miden, diquia por deos,
el juego que se le aplica.

El busano, méntres vive,
sólo hace cuatro dormías,
y duerme con calentura,

y no come, ni se enclina,
y está muy mal humorao,
en clis, como la pulítica.

No he leio en nengún libro,
ni tampoco en la cartilla,
la moa e meter los deos
al busano en las dormias:
el más sabijondo no habla
ni siquiá una palabriquia,
cuando al dormir de las tres
el busano se encorvilla;
y es una muerte dejar
el suor y las fatigas,
que representa el busano
pa tirallo a la bardiza.

Cuando se emperra el busano
en cercustancias tan críticas,
lo mejor es oreallo,
si nó son muy malos días,
quitalle el lecho caliente,
alegrallo con hojiquias
frescas, que esté ancho en los zarzos
y mu poco de comia;
que si al busano le sale
de calidá el ser seista,
él se subirá a los frailes
a hacerse la capilliquia.))

He arrematao de busanos;
abora se nesecita
que lus dé algunos consejos
atento de la comía.
Cuando cobreis el capillo,
ir a la pasteleria
y comeros media ocena,
u lo que us coja en la tripa,
antes que pagar el rento,
ni dalle a náide noticia;
porque el probe, que es más probe
que las ánimas benditas,
si, cuando tiene doblones,
él mesmo no se convía,
muere harto de pimentones
de tomates y sardinas,

pegando un esclavejío
que ni el óleo nesecita.

A emás no tendais la cola
remaniente a la pulítica,
porque las rebulliciones,
trastornos y tremolinas,
pa angunos son entruchaos,
pa el pobre siempre palizas.

Conque a criar los busanos,
a cudiar las hortalizas,
y el domingo a echar un truque,
o una mano a la manilla.

IV. VI

La Hilandera Huertana

—Zagala, vengo prenda
del trato de aquel francés;
mentres estuve en el cuarto,
platicando yo con él,
se tomó de una reoma
cuatro juentes de café;
y «asiéntese vú, señor»
me dijo más de una vez;
y yó, con la monterica
en la mano, me asenté
en un sillón que se hundía,
sin poderme mantener.

—¿Qué querre V. caballero?—
me dijo luego después,
y yó, al oír caballero,
por tóo el cuarto miré
a ver si veía a anguno,
mas a naide pude ver,
porque el caballero era
tu páere mesmo, ya ves...
Como la hoja en el árbol,
echè a temblar con mi aquel,
y me pondria de fijo
más blanco que la paré:
la saliba me se puso

más espesa que la pez,
y una gota de sudor
me cayó en el zaragüel,
no digo que como el puño,
pero sí como una nuez.
Estuve cinco minutos
delante del hombre aquel,
rascándome en el cocote
y un pié sobre el otro pié;
hasta que echando por medio
y sin nengun paripel,
le dije de esta manera,
después de ponerme en pié,
porque aquel sillón se hundía
y ya me iba a caer:

—Yo soy Pedro Ferisneas,
pa servir a Dios y a V.
y de V. espero un favor
si me lo puede V. hacer:
yo tengo cuatro zagales,
aunque zagales son tres,
porque una es una zagala,
que si me sentara bien
le diría a V. que era,
más colorá que un cravel.
Los zagales ya trebajan
y se ganan el comer:
la zagala es ya moziquia,
como dice, y dice bien,
que quié ganar pá un mengajo
y pá echarse un guardapiés;
por que mañana, ù el otro,
¡claro! no faltará quien
le diga por ahí te pudras,
y ella le responda..... pués.....
lo que responden las mozas
cuando les embisten bien.
En mi casa no hay posibles;
que a malas penas comer
podemos con el istiercol,
y si le llega la vez
de casarse a la zagala,
no será cosa de que

se juera sin mantellina,
 y sin arca, y sin tener
 ni siquiera un bucharero,
 u al menos una sartén.
 Ella me dijo ayer noche:
 —«Paere, ¿por qué no vá V.
 a la frábica e la sea
 a ver si me pué meter? —
 Y yo, por eso he venío,
 pa pedille que le dé
 un destino de aprendiz,
 que ella tiene mucho aquel
 y ha de llegar a maestra,
 antes que acabe este mes».
 —Así le dije al franchute,
 en la soflama que echè;
 y él, echándome la mano
 y riyendo a más poder,
 me dijo: Pues que se venga
 y yo la colocarè:
 ganará un realito diario,
 y luego le daré tres.—
 Yo añidí: tenga cudiao
 y guárdemela usté bien;
 que no oiga malas palabras
 y, si puede ser, que estè
 ande haiga munchas zagalas
 y rebullicio, porque es
 corta de genio, y pudiera
 encortarse y ya V. ve...
 —Mu bien, mu bien caballero,—
 volvió a decir el francés,
 y yo golviendo la esparde
 le dije: «A los piés de ustè.»

Con que ya sabes, zagala,
 que tenemos que comer.
 Trempano tomas tu cesta,
 y lavá y peiná mu bien
 te echas el pañuelo al hombro,
 y a la frábica, a correr;
 llevas un bocao de pan
 y dos tomates, u tres,
 pá comer al medio día,

que a la noche te hartaré. —

Así Pedro Ferisneas
dijo a su hija Isabel,
una muchacha morena,
que tenía muy buen ver;
la cual está ya en la fábrica,
y sabe hilar muy rebién,
y gana cuarenta cuartos
para el pan y para el pré
de su familia, que pasa
un invierno muy cruel,
y si no fuera por ella
hubiera muerto tal vez.

Y tiene novio, y se casa
el día de San Andrés,
con que si me dá algún dulce,
lector, yo te avisaré.



VII

Las desgracias del tío Pacorro

El tío Pacorro está malo,
el tío Pacorro está mal,
el tío Pacorro se entrega
porque ya no puede más.
Al pié del llorón frondoso,
que hay orilla del brazal,
embozado en una manta
hecha mil pedazos yá,
estaba el tío Pacorro
comiendo un poco de pan
y mirando hacia el camino,
por si veía llegar
a Frasquito el sangrador,
que viene de la ciudad
curando las calenturas
y sangrando y los demás.
La barraca del tío Paco,
que no se ha caído yá
porque con un haz de cañas
le ha puesto un nuevo puntal,
está tan llena de males,
con tantas camas está,
que aquello más que barraca,
me parece un hospital.
Su mujer, que es la tía Juana,
tiene una pierna «endeñá»,
de un grano que le salió
y no se pudo curar;

a su hija, que es «Marialcalmen»,
la muchacha de más sal
que hay para bailar parrandas,
o cantar una toná,
le dan unas calenturas
con un frío tan glacial
y unas angustias tan grandes,
que la pobre chica está
más pajiza que la cera,
y ojerosa, y sin hablar,
y no puede ir a la «Frábica»
a ganarse su jornal.

El hijo mozo que tiene
el tío Pacorro, su Juan,
un mocetón como un templo,
un burro en el trabajar,
que tira cada leñazo
que parte por la mitad,
y que toca la «mandurria»,
y que en punto a relinchar
atrúena toda la huerta
con los «berríos» que dá,
ese mozo ha entrado en quintas,
no se quiso presentar
y lo han declarado prófugo,
y él ha huido, y ahora está
sin tener casa, ni cama,
y sin poder descansar,
durmiendo siempre al relente,
escondido en un cañar.
Esto, para el tío Pacorro,
es una calamidad,
porque el pobre viejo quiere,
quiere mucho a su hijo Juan;
y cuando vé lo que pasa,
y vé que no puede más,
se tapa el pobre los ojos
porque no lo vean llorar.

Tiene el tío Paco otros males,
que le aprietan tanto o más:
le debe al amo dos «rentos»
y lo que vá de San Juan,
y lo echarán de las tierras,

si no paga y no se vá,
o, si no llegan a echarlo,
al menos le embargarán.
Dos cochinos (y perdonen
el modo de señalar)
se le murieron el jueves,
de ese «usagre» que les dá;
el otro día la zorra
le dejó limpio el corral,
y hasta a la burra le ha dado
yo nõ sé qué enfermedad,
que empieza a dar vueltas, vueltas,
y no la pueden parar;
y la hortaliza no vale,
por tener agua demàs,
y otro año se ha secado
por no poderla regar;
y el trigo baja que baja
y es de mala calidad...
Por eso está el tío Pacorro
a la orilla del brazal
aun más triste que un entierro,
comiendo un poco de pan,
que está tan duro y amargo
que no lo puede pasar.
Y cuando cree que Frasquito
viene por el cornijal,
vé venir, ¡ábrete, tierra,
si te lo quieres tragar!
vé venir a ese que cobra
la cuota territorial,
que la lleva recargada
con tres pesetas demàs,
y que pide dos trimestres
y costas, o va a embargar.
Dió el cobrador al tío Paco
ese «boletín» que dán;
lo dió con tan malos modos
que el tío Paco echó a temblar
y fué a buscar la escopeta,
o la corvilla, o la «azá»,
para soplarle un bufido
a aquel pícaro truán;

pero, al ver que su hija y Juana
estaban llorando yá,
levantó al cielo las manos,
después de tirar el pan;
y mirando aquella cruz
que en la barraca es señal
de que allí viven cristianos,
que saben creer y esperar
en otra vida mejor,
donde concluye el pesar,
exclamó el viejo llorando
como si fuera un zagal:
«¡Virgen del Carme, valedme!
¡Dios mío, no puedo más!»



VIII.

Cantos populares

1.

Ven aquí, guitarra mia,
y dame tu dulce acento
que quiero decir con él
lo que no pueden mis versos.

Ven, consuelo de mi vida;
deja que toquen mis dedos
en tus cuerdas, y responde
al compás de mis lamentos.

Pero... no cantes pesares;
cantemos dichas, cantemos...
que de amor y de alegría
tengó rebosando el pecho.

Benditas sean tus cuerdas,
que suenan entre mis dedos,
como late el corazón,
electrizando mi cuerpo.

Más dulce es tu voz que el áura,
que quiebran los altos cedros:
más amorosa, que el canto
del ruiseñor y el gilguero;
más tierna que los suspiros
del enamorado pecho.

Cuando en la callada noche
entre mis brazos te llevo,
tu voz vuela como el alma
y ¿dónde vá?..... tengo celos
de pensar con qué sigilo
llegas a aquel aposento,
y vagas entre las sombras
de aquel pudoroso lecho,
y penetras el oído,

y turbas el dulce sueño,
de aquella dulce enemiga
por quien vivo y por quien muero.

No turbes, guitarra mia,
los amores de tu dueño,
mira... que te entrego a un quinto
para que te dé tormento,
bañándote con sus lágrimas,
y seas verdugo a un tiempo
de su dolorida madre,
que se queda sin consuelo.
Que si hoy del pobre soldado
tienes los brazos abiertos,
porque sus penas ahoga
con tu embriagador acento,
porque animas sus cantares
y das valor a su pecho...
mañana te hará pedazos,
para borrar los recuerdos
que encierras de sus amores;
que al fin tuviste un cabello
de su novia como «prima»
de sonido dulce y tierno.
Y te arrancará aquel lazo,
encendido como el fuego,
bordado de aquellas manos,
bendito con aquel beso;
y serás montón de astillas,
ceniza luego del viento.

Ven, por tanto, cariñosa
al amor que te profeso,
y cantemos «las parrandas»,
que se bailan en mi pueblo;
cantemos la «malagueña»
y el «retal», en fin, cantemos
esos aires populares,
que sólo canta este pueblo,
ya en los días de placer,
de jolgorio y bailoteo,
ya cuando labra la tierra,
ya cuando sacude el biello,
cuando recoge la hoja
y cuando entier: a los muertos.

II

El retal, el retal,
 con sus tres GOLPECIQUIOS
 como es RIGULAR.

(VULGAR.)

El baile de las parrandas
 tiene mucho que entender,
 para darle a las mudanzas
 toda su gracia y su aquel.
 Se tocan en la guitarra
 por el «uno» aunque también
 se acompañan «por arriba»,
 o por el «punto» del «tres».

Dos parejas son precisas,
 para poder bailar bien:
 dos hombres y dos mujeres,
 que enfrente se han de poner,
 ellas con buenas postizas.
 de nogal o de ciprés,
 en las manos, que al comienzo
 caen sobre el guardapié,
 y ellos algo retozones,
 sueltos de manos y piés,
 y arreglándose la faja,
 que se les suele caer
 del «bustiquio» que les causa,
 oír tocar por el tres.

Cuando principia la copla,
 toman los hombres la vez
 y cambian todos de sitio
 por detrás de la mujer,
 comenzando las «mudanzas»
 con las manos y los piés.

Sigue, el que canta, la copla,
 y sigue el baile también:
 cada verso una mudanza
 cada mudanza un tropel
 de medias vueltas, tan rápidas,
 que los brazos nose ven.

Y cuando los hombres sudan
de tanto y tanto correr,
por entre picos azules
enseñan ellas el pié,
poniendo a los bailadores
que no se pueden lamer.

—

La malagueña «murciana»,
en general, igual es
que la que cantan los majos
en el barrio del Perchel;
pero hay una que la llaman
de la «madrugá», porque
la cantan generalmente
cuando empieza a amanecer,
tan sentida y armoniosa,
y llena de languidez
que parece que la noche
se va para no volver:
canto tan propio de Murcia
que se recuerdan con él
las hermosas alboradas,
que el cielo murciano vé.

—

En el rigor del verano
canta el huertano también
cuando en las eras recoge
el grano que dá la miés.
Es el «canto de la trilla»
pesado, como el correr
de los mansos animales,
que van con lento vaiven
arrastrando el ferreo trillo
por encima de la miés;
pues con una sola copla
hay para trillar muy bien
una «parva» de dos días,
y aunque llegará a los tres.

—

Hay el «canto de la hoja»,
que no se puede hablar del,

sin recordar la alegría,
 que hay en la huerta aquel mes,
 en que empiezan los gusanos
 la última hoja a comer,
 para formar los capullos,
 en que han de morir después.

Sobre las mismas moreras
 canta el huertano, que vé
 que aquellas hojas que coje
 seda muy pronto han de ser;
 y la esperanza le alienta,
 y le anima el interés,
 y entonces su canto es dulce,
 tan dulce como la miel.

Tal vez, en aquella hoja,
 el rento pagado vé,
 o la libertad del hijo,
 que ha entrado en quintas y que
 por tener mala fortuna
 le tocó el número tres;
 o la capa, que es precisa,
 para llevar la mujer
 ante el cura que los case
 por siempre jamás amén.

Por eso canta el huertano
 ese canto de placer,
 que se llama «de la hoja»
 porque se canta en el mes
 en que se coje la última,
 que el gusano ha de comer.

¿Pués y «el retal»? ¡Virgen santa!
 mejor fuera no hablar de él
 que solo de verlo escrito
 quiero yo bailar también:
 rápido, furioso, brusco,
 no es baile, vértigo es,
 con su bullicioso ritmo
 con su algazara cruel:
 fin de baile, despedida
 del bullicio y del placer,
 rompan-filas, que subleva
 al hombre y a la mujer

que han tenido en las parrandas
sus palabricas de miel.

Estos los cantos murcianos
son que de niño escuché,
solo falta el de la «Aurora»
que voy a decir también
en el romance siguiente
y en este mismo papel.

III.

LA AURORA

Doce campanadas tristes
dan en la torre mezquina,
que tiene el antiguo templo,
que llaman la Compañía.
Es una noche de invierno,
en que el viento helado silba,
al quebrar sus frias alas
en los árboles y esquinas;
en que el cielo encapotado
de blancas nubes densísimas,
derrama sobre la tierra
gotas que se cristalizan
en las calles y tejados,
porque es una noche fría.

Murcia reposa entre sombras,
pues las luces agonizan;
y el silencio de las tumbas
reina en la ciudad tranquila.

Alguna torpe lechuza
que en los campanarios silba,
algún eco que se pierde
entre las ráfagas frias,
son los únicos sonidos,
que nos recuerdan la vida.

Pero, cuando dá la una,
por las calles escondidas,
en donde viven los pobres
que trabajan todo el día,

vá un hombre con un farol
y con una campanilla
que suena pausadamente,
y en ciertas casas avisa,
dando golpes en las puertas
y diciendo «Ave-María».

De una calle pasa a otra,
tocando la campanilla,
despertando a los que duermen,
con la señal consabida.
Este hombre no es sereno
ni tampoco es policía;
pues, por su pobre vestido,
se le conoce enseguida
que de peón de albañil
no pasa en categoría.

Cansado ya de correr
calles húmedas y frías,
y de llamar en las casas
y de despertar familias,
el hombre, con su farol
y la campana escondida,
a la puerta de la iglesia
del Rosario se retira
y se sienta en el portal,
casi en la hora precisa,
en que suena la campana
de las monjas Capuchinas,
diciendo a las pobres madres
que abandonen la tarima,
o el duro suelo en que duermen,
y al coro vayan a prisa
a rezar el Miserere
al son de las disciplinas.

Poco tiempo estuvo el hombre
solo en la puerta bendita:
pronto van apareciendo,
por todas las avenidas,
otros varios que a aquel sitio
soñolientos se encaminan,
y saludan al primero
con la sagrada consigna.
A las dos, ya son cuarenta

los que en la puerta se abrigan,
y antes de las tres, al punto
que concurre el de «la guía»,
levántase el del farol,
agita la campanilla,
y en torno de él forma coro
la nocturna comitiva.

Uno, que se pone en medio,
pronuncia el Ave-María,
a la cual contestan todos
con esa palabra misma,
y después con voz sonora,
fuerte, llena y espresiva,
empieza un canto armonioso
con esta frase magnífica:
«Salve, Reina de los cielos»,
que en un coro de alegría
y de fervoroso acento
repite la comitiva.

Sigue el canto matutino,
al son de la campanilla,
que ya con sonido lento,
ya agitada y sacudida
en bullicioso repique,
siempre alegre y espresiva
dirije del dulce canto
las sencillas melodías.

«De misericordia madre,
vida y «dolzura», Purísima,
«güerve» tus ojos hermosos,
«dasnos» tu gracia divina:»
dicen aquellos cantores,
en mística melodía,
al compás del sentimiento,
que el corazón les anima.

Tal es la «Aurora» murciana,
que sin haber sido escrita,
hace ya más de dos siglos,
por tradición antiquísima,
vive de padres a hijos,
como canto de alegría
y símbolo de la fé
de la cristiana doctrina.



¡Cuántas veces, en las noches
de torpe y brutal orgía,
con su misterioso acento
despertó el alma dormida!

Yo la he escuchado mil veces,
y su armonía divina
penetra en mi corazón,
hiriendo todas las fibras,
que agitan en el espíritu
dulzuras de mejor vida.

La primer salve que cantan
a la Virgen la dedican,
y luego van por las calles,
con más silencio que en misa,
rezando y cantando salves
hasta que amanece el día:
luego, en la misa del alba,
se canta de despedida;
y en la puerta de la iglesia,
cuando se acaba la misa,
roncos los pobres «auroros»,
rompen alegres las filas,
para tomar la mañana,
o... entrar en la barbería,
donde me los ponen nuevos
con polvos y mantequilla.



IX

ERRORES POPULARES

En un martes, día aciago,
este romance empecè,
y había de ser en martes
para que saliera bien.

Ya dice el refrán que en martes
nada se debe emprender
porque lo que en él se empieza
siempre sale del revés:
quien se casa en ese día,
se casa con Lucifer,
y se divorcia, o se mata,
sin ver la luna de miel;
quien se em barca, allá se pierde
y no vuelve a aparecer;
quien tira el trigo a la tierra,
aunque sazónada esté,
por la influencia del día,
no logra verlo crecer;
cuando una criatura nace
en ese día cruel,
aunque nazca de cabeza,
que muchos nacen de pié,
viene con tan mala estrella,
que quisiera no nacer.
El que escribe en este día
siempre emborróna el papel;
el sastre tuerce la prenda;
el hombre del tirapié,
por clavarla en el zapato,

se clava la lezna en la piel;
el albañil viene al suelo;
choca y descarrila el tren;
el que se cae de espaldas
suele la nariz perder;
por decir—a Dorotea—
se pronuncia—adoroté;—
si cierra V. alguna puerta
se coje V. un dedo, o tres,
y se muerde V. la lengua,
y se descompone un pié,
y, al ponerse la corbata,
se clava V. el alfiler;
y se le escapa a V. un tiro
y mata V. dos o tres;
y viene a caer la teja
a tiempo de darle a V.;
y pasa V. mala noche
y malpare su mujer;
y le dan el pisotón
encima del callo aquel;
y se sale sin paraguas
y en seguida echa a llover;
o, va V. a sacarse un diente
y le sacan a V. tres;
o, si está desesperado,
piensa acabar de una vez,
o quiere pegarse un tiro,
y ni eso le sale bien.

Por tanto si este romance
no me saliera un pastel,
fuera la cosa más rara
que podría suceder:
porque es tan cierto y seguro
eso del martes cruel,
que lo pongo en el principio
como artículo de fé;
porque, tratando de errores,
me ha parecido muy bien
principiar con uno grande
la moral de este papel.

Creed, si quereis en el martes;
pero por Dios no creed
en los torpes «curanderos»,
que os matan para comer;
no temais a los «pantasma»,
aunque se juntaran cien;
no creais en milagreros,
que hipòcritas suelen ser,
como era «Pepa la Galla»,
el prodigio de Beniel:
ni en esos que tienen «gracia»,
o que la piensan tener,
aunque en efecto la tienen
para sacar los «calés».
Hoy con esos embusteros
no las tenemos que ver
en este alegre romance,
que en un martes empecé.

LOS CURANDEROS

Señoras y caballeros,
huertanicas y huertanos,
churubitos y panochos,
escuchadme por un rato.
Con vuestra venia y permiso,
os voy a ir presentando
unos cuantos caballeros
que aquí vienen para el caso.
— Señor Eusebio Lanceta,
ex-barbero y ex-claustrado,
hombre de mucha barriga
y de pescuezo muy ancho.
Ejerce su profesión,
lo mismo que un licenciado,
con más ínfulas que toca,
en lo que riega el Menancho
en Churra la Baja y Alta,
de Monteagudo a Espinardo.
Antes que Dios amanezca
ya está en su puerta esperando
una burra, preparada
para llevarle a caballo.

Ancha la burra de lomo
y ancha la albarda de esparto,
y más ancha la zamarra
que tiene de lana un palmo,
marcha el señor de Lanceta
tan ancho y despatarrado
que no parece barbero,
sino bajá de tres rabos.

Aun no ha salido a la huerta
cuando ya va recetando;
y no es la primera vez
que sin bajar del caballo,
(digámoslo así) le dió
a cualquiera un lancetazo,
en la mano, o en el pié,
o en el lagarto del brazo.

Si una «máere» le presenta
un zagal desvencijado,
que de alguna «palmeriquia»
se ha caído un batacazo,
le manda unas «sangrijuelas»
en el sitio magullado
y pasa adelante, como
si ya lo dejara sano.

Si otra le presenta un pecho,
como un melón franciscano,
escrito con diez tumores,
la manda un emplasto de ajos,
con lo cual quedan el arte
y la pobre despachados.
Está por los dos sistemas,
alópata y homeopático,
por «similibus» «similia»,
y por «contraris» «contrarios».
Tiene unos polvos ¡què polvos!
él mismo los ha inventado,
son una mezcla de alum,
de jalapa y crémor tártaro,
de pimentones picantes,
de hojas de Sem y sulfato
de magnesia, con los cuales
lo saca todo, hasta el asno.
Segùn él, no saben nada

médicos ni boticarios:
la ciencia es una mentira;
quien sabe es el cuerpo humano,
que indica la medicina,
sin consejeros extraños.
Cuando él llega a una barraca,
es menester tres o cuatro
para apearlo de la burra,
y en seguida mete mano
a la homicida lanceta,
y en un lebrillo de barro
empieza a sangrar pacientes,
aunque les cause desmayos,
aunque sea alguna vieja
que tenga más de cien años,
o «jóvena» primeriza
con bascas de sobreparto.

Tal es el señor Eusebio
descrito así a grandes rasgos;
con que, si quieren ustedes
ponerse en sus santas manos
pueden buscarle en su casa,
que está en la calle del Asno.

El señor de Pajarilla,
propina un elixir mágico;
la «roá», cúralo-todo,
tomándola a todo pasto.
Porque es lo que él dice a todos
con argumentos muy claros:
el origen de los males
al estómago achacadlo,
que diariamente se ensucia
si no se acude a limpiarlo.
De aquel residuo que queda
se forma en seguida un fango,
que pasa luego a la sangre
y va corriendo los vasos,
venas y artérias, que llevan
la vida del cuerpo humano.
Es así que la «roà»
limpia, como un estropajo,

las paredes interiores
de mil residuos malsanos,
luego con la «roá» se evitan
los males y sus estragos.
Esto es lógico, señores,
indefectible, axiomático,
y bien puede Pajarilla,
en tal principio fundado,
curar con «roá» la tisis,
las viruelas, constipados,
panadizos, cataratas
y los dolores reumáticos.
Con dos botellas purgantes
y una del «vómis» amargo,
yo no lo he visto, mas dicen
que a uno le extirpó dos callos
que tenía en los juanetes,
lo mismo que dos garbanzos.
Así cura Pajarilla,
que no vende muy barato
el elixir de la vida;
que tiene fama de sábio
porque, hablando de los médicos,
vomita sierpes y sapos.
No siempre sana el enfermo,
porque, según los del barrio,
a uno le dió tanto «vómis»
que reventó por un lado;
pero eso no dice nada,
ni tiene nada de extraño,
pues, para uno que reviente,
mueren noventa en el acto.

—El tío Pedro el del Cabezo
es un hombre que ha estudiado
y tiene conocimientos,
pero profundos y vastos.
Sus recetas son heróicas,
y tiene muy bien probado
que cura las calenturas,
dando al que las tiene un baño,
echándolo a un «partidor»

así de golpe y porrazo,
cuando del frío nervioso
tiritita y está sudando.
Todos los males de ojos,
está de curarlos hartos,
con alfalfa con rocío,
que le restriega en los párpados.

Usa para ciertos males,
que no es posible nombrarlos,
con polvos de viverera
cocimiento de maestranzas;
y, ved si en anatomía
está el hombre adelantado,
que, cuando se hincha una vaca,
la pone buena en el acto,
dándole entre dos costillas
un corte de arriba abajo.

Ya basta de curanderos,
porque esto se va estirando
lo mismo que ellos estiran
al que se recalca un brazo.

LA TIA PEPA LA GALLA

Fué el año sesenta y siete,
si yo no recuerdo mal,
cuando en Beniel, rica villa
y patria del Capitán
«Cagarruta» (que de Dios
goce sempiterna paz),
apareció, porque quiso
la divina voluntad,
una mujer, una santa,
(aunque es malo señalar)
que tenía de su parte
a la corte celestial.
Era muy probe, muy probe,
pero se ganaba el pan,
abriendo pimientos verdes
en todo el Esparragal,
o ayudando enjabonijos,

y tal vez yendo a espigar.
Pero un día, según ella,
le dijo al cielo «allá vá»,
y le dió la santa gracia
y omnimoda facultad
de curar todos los males
todos, sin exceptuar.
El primer milagro suyo
lo hizo «mirando» a un gañán,
que pisado de sus bueyes
traían al hospital,
y lo curó en un instante,
solamente con untar
en aceite del candil
su mano, arrugada yá,
y darle al paciente un sobo,
tendido a la horizontal
sobre el zarzo en que venía
su doliente humanidad.
La fama de este milagro
corrió por todo el lugar,
y de éste pasó a Orihuela
y a Fortuna y a Catral
y a todo lo que era Reino
de Murcia en la antigüedad.
«En Beniel hay una santa»
se dijo sin más ni más,
y allá van las caravanas,
como las que a Meca van,
a adorar a la tia Pepa,
que creyó que era verdad.
Los enfermos desahuciados
la salud van a buscar,
conducidos en carretas
de un traqueteo infernal,
por un camino más malo
que una mala voluntad;
de manera que el milagro,
sin duda ninguna, está
en andar así el camino
y no dar las «boqueás».
Los prodigios de la tia
eran cosa de admirar;

se aproximaba al enfermo,
«miraba» la enfermedad,
le aplicaba una medalla
(que las vendía a real),
dos sobos en el estómago
y un latinajo además,
que ni ella lo comprendía
ni tampoco era esencial,
echaba la bendición,
y le decía: a volar.

Este era el procedimiento,
más fácil que el de Hamnemán,
con el cual no curó a nadie,
pero bien pudo curar,
porque la fé es la que salva,
como Jesús dijo yá.

Aquello fué un fanatismo
de la peor calidad,
que condenó nuestro obispo
en gracia de la moral,
cuando el nombre de la tia
se extendía más y más
por la diócesis sujeta
a su anillo pastoral.

LAS PANTASMAS

—A mi naide me arrepieta,
mentres yo tenga la vara;
ni ha de haber en mi partio
quien quiera sacar la pata
con visivilos, o isfraces,
en denguna circunstançia.
Esto us digo, caballeros,
porque ayer en mi barraca,
tiráronse a mi presona,
los que tenían la tanda,
en la cieca del Zaraiche,
pa preseguir al pantasma,
que sale toas las noches
y se vá al romper el alba.

El estrozo que en la huerta
 ha causao esa alimaña,
 no es posible esmenuzarlo,
 porque es de mucha importancia;
 toó el partio está asustáo
 y a no ser con la picaza,
 u la corvilla, escondías
 en el cujón de la manta,
 naide saca las narices
 a juera de las barracas.

A los trigos se los comen
 los cerriches y albajanas;
 las habas están perdías
 porque naide quié cavallas;
 el cuco se está comiendo
 toas las tablas de arfarfa,
 y, lo que es las escarolas,
 denguno quiere aporcarlas,
 que están zullios de miedo
 con el ese del pantasma.
 M'han dicho que el visivilo
 lleva una lengua de vaca
 más larga que una licera
 y que corta como el agua;
 que lo ha visto el tio Zambudio,
 el cual salió con un hacha
 a dalle en la cobaura,
 porque vido que el pantasma
 venía pá su mujer
 a la enza de retozalla.

Ni la honra, ni las hactendas
 están libres de esta plaga;
 con que así, no hay más remedio
 que salir a dalle caza.
 El que quiera acompañarme
 esta noche, a mi barraca
 con cuasiquier destrumento,
 dimpués que toquen las ánimas. —

Así llamaba un pedáneo
 a unos hombres de sus casas,
 para hacer un somatén

y ahuyentar cierto fantasma,
que apareció en Zaraiche,
con malísimas entrañas.

En efecto, al dar las nueve,
rebujados en las mantas,
vió el pedáneo aparecer
a los mismos que esperaba,
tapados hasta los ojos
y armados hasta las cachas.

Yendo el alcalde delante,
se puso la tropa en marcha,
y, con las mil precauciones
que el peligro aconsejaba,
llegaron donde solía
aparecer el fantasma;
y, aunque no quedó morera,
ni brazal, ni aún una mata
que el pedáneo y sus valientes
ávidos no registraran,
no se encontraron a nadie,
ni pudieron dar con nada.

Ni el fantasma los vió a ellos,
ni ellos vieron al fantasma;
pero sí los vió un «mociquío»,
que estaba sobre la tapia
de un corral, que era lindero
a la pared de una casa
donde vivía Dolores,
que era la mejor zagala
de todos los Zaraiches,
a la que, en Semana Santa,
le puso el «mociquío» aquel
en el dedo una tumbaga,
diciéndole por lo bajo:
«¡Bendita sea tu arma!»

LA GRACIA.-EL DÍA DE S. JUAN

Hay hombres que tienen gracia
y otros hay que no la tienen,

lo mismo nazcan en martes
que si nacieran en viernes.

Que existe la gracia, es cosa
que no hay nadie que lo niegue;
porque, si jamás se ha visto,
todo el mundo la comprende.
Es don gratuito del cielo
que Dios se la dá a quien quiere,
con el agua que, al nacer,
nos echan sobre la frente.

Es la gracia, en el decir,
la dulzura que convence;
en el mirar, un fluido
que lleva cierto deleite;
en el andar, armonía;
y en el querer, lo que siente.

Pero, dejando a los hombres,
hablemos de las mujeres,
que en ellas está la gracia,
pues casi todas la tienen,
como Dios está en los cielos,
es decir, principalmente.

El ondular de su talle,
el andar de su pie breve,
la sonrisa de su boca,
los ojos que languidecen,
aquella frente serena
que entre los rizos se pierde;
aquel rubor misterioso,
que en las mejillas parece;
el timbre de aquella voz,
aquella mano de nieve,
aquel cuello de paloma,
aquel pecho de claveles...
si aquello no tiene gracia,
es que no se quién la tiene.

Con esa gracia divina
estoy conforme mil veces;
mas esa gracia que cura,
según dicen muchas gentes,
las calenturas malignas

y los dolores de vientre;
y que, según dicen otros,
quien nace en viernes la adquiere,
no la acepto, ni la quiero,
aunque el «gracioso» recuerde
que ha nacido en Viernes-Santo,
que es el viernes de los viernes.

Como el día de San Juan...
que sale el sol como siempre,
sin ninguna novedad,
derramando rosicleres
sobre los ramos de eneldo,
los frutales y las mieses;
y el día de la Ascensión...
en que los pájaros tienen,
como siempre, el dulce nido
bajo sus alas caliente:
y el día de San Lorenzo...
que si el suelo se remueve
se encuentra carbón, lo mismo
que en la Virgen de las Nieves.

Estos errores y absurdos,
y otras mil ridiculeces,
como la de que los muertos
se aparecen cuando quieren;
que las estrellas con «rabo»
anuncian guerras y peste;
que cuando los gallos cantan
algún vecino se muere;
que los abejorros negros,
con malas noticias vienen...
todas estas tonterías,
por no llamarlas sandeces,
se suelen creer lo mismo
que las verdades solemnes
de la Religión divina,
que el Evangelio contiene.

Contra los embaucadores,

charlatanes, maldicientes,
hipócritas, curanderos,
«graciosos» y demás gente,
hice el presente romance,
que tiene el número nueve...
perdonad sus muchas faltas
y aquí se acaba el sainete.



X.

ANGELILLOS AL CIELO

ANGELICOS

A la luz de dos candiles,
tendido en el frío suelo,
en medio de una barraca,
hay un niño que está muerto.
A un lado llora su padre,
su madre a otro está gimiendo,
y sólo turba en la estancia
el funerario silencio,
de las oscilantes luces
el débil chisporroteo.
Salen y entran las vecinas
con religioso respeto,
y al depositar alguna
sobre el cadáver un beso,
dice: «¡Bendito sea él
con los ángeles del cielo!»

Florida alábega cubre
aquel tiernecito cuerpo;
amarillas siemprevivas
ciñen su rubio cabello;
blanca y con lazos de rosa
la mortaja le pusieron;
las manecitas cruzadas
le sujetaron al pecho;
le echaron agua bendita;
su madre le dió mil besos
en los labios encarnados

que tenía medio abiertos,
y ungido por el amor
lleváronle al cementerio.
Cuando, entre las místicas flores,
en la caja le pusieron,
y echaron a andar con él,
la madre cayó en el suelo...
«No llores, mujer, decía
el padre haciendo un esfuerzo,
que nuestro hijo es un ángel
con los ángeles del cielo».

Cuatro niños pequeñitos
llevan el bendito féretro,
y aunque van al camposanto
alegres van y riendo.
Por enmedio del camino
marcha el fúnebre cortejo,
que lo forman: los muchachos
que llevan al niño muerto,
un hombre con negra capa,
y luego un hermoso perro
cuyo cuello rodearon
los brazos del niño muerto.
Las mujeres que lo ven
pasan alegres diciendo:
«¡Mi alma como la tuya,
ángel de Dios en el cielo».

Al llegar al camposanto
los muchachos tienen miedo,
y con espantados ojos
miran al sepulturero.
Junto a la fosa, la caja
depositan con respeto,
y se hacen atrás, mirando,
con los ojos muy abiertos,
como, dentro de la zanja,
en un hoyito pequeño,
pone aquel hombre, que cava
en los huesos de los muertos,

el ataud de aquel niño,
que los cuatro condujeron:
y al ver que con negra tierra
queda el ataud cubierto,
sin saber por qué, miraron
a un tiempo los cuatro al cielo.
Rezó el hombre de la capa,
dió un triste ladrido el perro,
y el sepulturero dijo,
pisando el movido suelo:
«No hay más, esto ya se sabe,
un angel más en el cielo».

A otro día, en la barraca,
todo era pena y silencio:
ni los pájaros cantaban
en las ramas del almendro,
ni aún las hojas de los árboles
se movían por el viento.
Dentro lloraba una madre
en un mar de desconsuelo,
junto a una cuna desierta,
teniendo a los pies un perro.
Cuando suspirar podía,
por la congoja del pecho,
al levantar su cabeza,
su vista y su pensamiento
desde la cuna vacía
iban al azul inmenso,
y allí veía a su niño
con los ángeles del cielo.



XI.

TRISTEZA

—Madre, no me diga V.
que me ponga clavellinas,
ni las tumbagas de plata
ni el armador con puntillas,
que las penas que yo tengo
no son para andar florida.
Tornóse, para mi, triste
hasta el claro sol del día;
sólo descansa mi alma
cuando en la noche tranquila
amantes los ruseñores
lo mismo que yo suspiran.
No me pondré yo claveles
sino «alábega» amarilla,
o algunas flores de muerto,
como lo está el alma mia.
Quiero llorar, porque es dulce
sentir arder las megillas
con el mismo intenso fuego
en que está el alma encendida;
¡y qué suerte, si mi llanto
lo lleva la dulce brisa
a aquel soldado del rey,
que causa las penas mias!

Era menester que fuera
mi pecho de piedra viva,
para que estando él ausente
me ponga yo clavellinas.

Así, con los ojos húmedos,
una muchacha decía
a su madre cariñosa,
que miraba pensativa
cómo estrujaba en sus manos
un ramo de clavellinas.



XII.

LA PROPIEDAD

No voy, en este romance,
como alguno pensará,
a meterme en las honduras
de la gran cuestión social;
no voy a citar los textos
de Proudhom, o de Bastiat;
voy, aunque sencillamente,
a explicar la propiedad.

Cuando era el hombre un salvaje
—según el pacto social—
y, con su zamarra al hombro,
iba de acá para allá,
¿quién puede negar que eran
suyos, y de nadie más,
la zamarra que llevaba
y el fruto que pudo hallar?
Si luego juntó un rebaño,
y a la vida pastoral
se dió de otero en otero,
buscando el valle feraz
y las amenas riberas
do el ganado apacentar,
¿de quién sería el vellón
y el nevado recental,
y cuanto diese el rebaño
de valor y utilidad?
Si después con dura reja,
en la tierra virginal,
fecundo seno abrió en surcos

y arrojó el grano al azar,
 ¿de quién eran las espigas
 rubias que los trigos dan?
 Si al rededor de una fuente,
 u orilla de su raudal,
 plantó galanos frutales
 y les puso valladar;
 ¿no pudo decir, mirándolos,
 «son míos, de nadie más?»
 ¡Claro!: con el primer hombre
 nace ya la propiedad,
 y después con el trabajo
 el derecho individual.

Crío el mundo de la nada
 Dios por su inmensa bondad,
 y del hizo un paraíso
 de belleza sin igual:
 puso en él al primer hombre,
 esto es, al primer Adán,
 con una mujer tan guapa
 que era una moza hasta allá.
 «Creced y multiplicaos
 y todo el mundo llenad»:
 —así, a la buena de Dios,
 dijo el Padre celestial
 a aquel primer matrimonio,
 cuna de la humanidad:—
 y sea que no lo oyeron,
 o que quisieron faltar,
 ello es que desde el principio
 lo hicieron bastante mal,
 y al fin las cosas pararon
 en lo que habían de parar:
 que Dios llamó al primer hombre
 y le dijo: «Ven acá:
 ni paraíso, ni gloria,
 sin ganarlos, gozarás;
 y con sudor de tu frente
 desde hoy comerás el pan».

Este castigo primero
 fué luego ley natural,
 que se cumple por los siglos
 en la progénie de Adán.

Ley del hombre es el trabajo
tan sabia y providencial,
que aunque dura y enojosa
derrama felicidad:
ella es origen del bien
y perenne manantial
de salud, contento, dicha,
y de perdurable paz:
ella es la causa innegable
de la santa propiedad,
que hace la vida del hombre
perdurable e inmortal,
pues desde el sepulcro frío,
de la muerte más allá,
aun vive siendo cariño,
abrigo, consuelo y pan,
de sus cuartos nietezuelos
que libra de la orfandad.

¡Bendito sea mil veces,
bendito el don celestial,
sin el cual no existirían
familia ni sociedad!

Y esto no lo digo yo
por defender mi «piojar»,
que mi tierra está en la Habana,
si no es que está más allá.
Aquí tengo varias casas,
y entre ellas el Hospital,
y en la Puerta de Castilla
y en la de Orihuela están
los dos cercados que tengo
para mandarme enterrar,
y también soy propietario
del valle de Josafat.

Pero tengo, yo se dónde,
una tierra tan mollar,
que en ella, lleno de rosas,
todo el año hay un rosal.
En sus hojas perfumadas
escrito por Dios está:
«Que las riquezas del alma
son Amor, Fè y Amistad».



XIII.

JUANICA

I

Cuando se casó Juanica,
estaba como un clavel:
en la Puerta de Castilla...
era lo que había que ver.
Se casó... ¡qué bien me acuerdo!
el día de San José
en la misa de la Virgen
que dicen en San Andrés.
¡Qué hermosa estaba aquel día!
¡Vamos! Figúrese V.
que tenía quince años,
cumplidos en aquel mes,
y era esbelta y agraciada
como el tallo del laurel.

Sus ojos eran la noche,
su cara el amanecer,
y de sus labios brotaba
como en panales la miel.
Yo la ví entrar en la iglesia
y arrodillarse con «él»,
delante del sacerdote
con sencilla candidez.
Ví juntarlos para siempre
con el divino poder,
y echarles sobre sus hombros
un lienzo blanco, que es
el manto con que la Virgen

cubre a los que quieren bien.

Yo, cuando ví todo ésto,
sentí cierto no se qué,
y un color se me venía
y otro se me iba después.

Avergonzados sus ojos,
no los alzó ni una vez,
cuando salió de la iglesia
y a su casaca se fuè.

Temblaba de verse unida
y para siempre con él,
y, al mismo tiempo, mirarlo
le producía un gran bien.

Los hombres que la veían,
mirando el pimpollo aquel
que iba dejando en la calle
olor de misa de tres,
se relamían de envidia,
como el hambriento que vé
con la boca llena de agua
cosas buenas que comer.

Las muchachas la invidiaban,
¡claro, figúrese V...!
yo me pongo en su lugar
y lo comprendo también.

Llegó la noche de novios...
¡Válgame San Valgamé!
La puerta de la vivienda
se cerró al oscurecer
y se quedó mi Juanica
sola ¡y tan sola! con él.

Temblaba la pobre niña
de la cabeza a los piès:
ni una palabra se oía
en el aposento aquel:
¿qué pasó allí? no se sabe
nadie lo pudo saber;
yo solo sé que hay un angel,
que el mejor de todos es,
el cual, cuando dos se casan,
del cielo baja a su vez
y en la puerta de la casa
es guarda de aquel Edém.

II.

Han pasado algunos meses,
—¿y parece que fué ayer?
aquel día en que casaron
a Juanica en San Andrés.

Si entonces estaba hermosa,
ahora lo está también;
pero con una hermosura,
tan llena de laguidez
y unas ojeras tan grandes
que no puede estar de pié.
Lirios son sus labios rojos
que aumentan la palidez
de sus mejillas, y apenas
puede un bocado comer.
¿Qué te pasa pobre Juana?
¿por qué este cambio? ¿por qué?

Porque Juana ya es la espiga;
llegada a su madurez;
es la rosa con aroma;
nube que entre rosicler
un angel lleva escondido
que llama con avidéz
a las puertas de la vida,
de la luz, que es el nacer.

III.

Es que acaba así el amor...
que era lo que yó pensé,
cuando se casó Juanica,
que estaba como un clavel,
aquella alegre mañana
del día de San José.



XIV.

EL ESPÍRITU DE SALZILLO

Son las monjas Capuchinas
vestales de esta ciudad,
que mantienen vivo el fuego
de una virtud ejemplar.

A las doce de la noche,
cuando todo en calma está
y unos duermen, otros velan
por dolor o por pesar,
y alguno canta en la calle
de la guitarra al compás,
se oye de triste campana
el eco débil, fugaz,
que a las monjas Capuchinas
despierta y las llama a orar.

Relicario es ese templo
de belleza sin igual;
en sus cláustros, en sus aras,
hay algo que vale más
que cuanto el mundo promete
en su necia vanidad.

Allí se aspira el perfume
del amor más ideal
en la atmósfera purísima
del contento y de la paz;
allí, las virgenes puras,
violetas de santidad,
cuya hermosura y encantos
macera el rudo sayal,
durmiendo en ingrato lecho

y comiendo el duro pan,
llorando al pié de la cruz,
se preparan a gozar
el eterno amor de Cristo
en la patria celestial.

De noche, cuando esas vírgenes
salen al coro a rezar,
el rumor de sus plegarias
se extiende por la ciudad;
y el que vaga por las calles,
sin saber a dónde vá,
es atraído hacia el templo
como por divino imán.
Sola una lámpara arde
delante de aquel altar,
pero el que llega a la puerta
y se postra en el portal,
y une su pobre oración
al constante suspirar
de aquellos benditos labios,
se inunda en tal claridad,
que vé los cielos abiertos
y adora a Dios más allá.

Murciano, si alguna vez
te atormentase el pesar,
si amarguras de la vida
llenasen tu pecho yá;
si fueses tan desgraciado
que no encontrases piedad,
ni en amigos, que se olvidan
cuando hay llanto que enjugar,
ni en dulce mujer amante,
que olvidaste desleal,
ni en los besos de unos hijos
que Dios no te quiso dar
en castigo de tus vicios
y tu egoismo brutal;
si por todas partes hallas
despego y odio no más;
si tienes el alma muerta,
si no puedes ni llorar...

prueba, prueba a arrodillarte
de ese templo en el portal;
di la oración que tu madre
te enseñó con tanto afán,
y verás, cuando esas vírgenes
a Dios empiecen a orar,
cómo se te llena el alma
de dulzura celestial;
cómo sale por tus ojos
en lágrimas el pesar;
cómo, cruzadas las manos,
alzas al cielo tu faz,
y lo ves resplandeciente,
y entre aquella luz brillar
la cruz de Jesús, consuelo
siempre de la humanidad.

Yo, cuando voy a ese templo,
donde el Sacramento está
adorado por las vírgenes,
que velan por la ciudad,
no voy a llorar mis penas
que la Virgen sabe yá;
voy a admirar a un artista,
por Salzillo voy a orar,
cuyos restos venerandos
descansan un siglo há
bajo las bóvedas santas
de la nave principal.
Aridos los triste huesos
allí de Salzillo están,
entre reliquias de un hábito,
todo polvo, nada yá.
Aquella diestra potente
que impulsó el genio inmortal
para esculpir del Dios-Hombre
la hermosa y divina faz;
la que en el «Ángel del Huerto»
pudo atrevida copiar
los alados querubines
de la gloria de Jehová:
la que hizo en trono de nubes
la Concepción, ideal,
más hermosa que la luna

y que la estrella del mar...
aquella mano es ceniza
que pronto nada será.

Mas, si el cuerpo de Salzillo
se hunde en la nada voráz,
su nombre, su inmenso genio,
son como el alma inmortal,
que estarán en esa iglesia
donde sus huesos están:
allí, en la fé de las vírgenes
y en los cirios del altar,
siendo calor de la fé
y de la luz claridad;
allí, en la nube de incienso,
en el eterno rezar,
en el dolor del cilicio,
y en la lágrima fugaz
que rueda por la mejilla
de quien no pecó jamás.

¡Espíritu de Salzillo,
grande, divino, inmortal,
como las vírgenes velan
vela tú por la ciudad!



XV.

EL CIEGO

Todos los pueblos de España
tienen su Perico el Ciego,
y Murcia también lo tiene,
como no puede por menos.

Llámesse Gaspar o Bruno,
Ginés, Francisco o Eugenio,
el ciego de los romances
ha de ser Perico el Ciego.

El nuestro, muy de mañana
se echa la guitarra al cuello,
cuelga el cayado en el brazo
y sale tirando arpegios.

Aunque sale a la ventura,
lo primero es lo primero,
que es dar a los parroquianos
el cotidiano alimento.

La oración de San Antonio
se la canta al zapatero,
que tiene puesto el taller
en la puerta del Colegio.

La de la Virgen del Carmen
se la canta a un carnicero,
que, mientras tanto, la carne
vende muy falta de peso.

De la Cruz de Caravaca
canta el milagro estupendo,
por allá por las Ericas,
al amo del Horno Nuevo,
La de las Animas, dice

al portero de un convento,
que verlas debe de noche
porque está en el esqueleto.

A cada cual, y según
la devoción, o el aprieto,
le canta por aquel santo,
en quien su esperanza ha puesto.

Después, a vender romances,
o a cantar los trovos nuevos,
como estaba el otro día
en la Plaza de San Pedro.

Rodeaba al infeliz
gente sencilla del pueblo;
de pié, las primeras filas,
montados, los basureros.

Templada ya la guitarra
y el auditorio completo,
entre punteados compases,
cantaba así nuestro ciego:

«Amparo pido a la Virgen
y auxilio espero del cielo,
para poder referir
el milagro más soberbio,
que ha pasado en Albatera,
hace tres meses y medio,
Vivían, en esa tierra
de los tuertos y los ciegos,
María Francisca Gómez
y Antonio Pérez Gallego.
Gozaban en santa paz,
que era un matrimonio bueno,
y solo un hijo pedían
con muchas ansias al cielo.
No fué un hijo, fué una hija
lo que al poco recibieron:
una hija, que creció
como los retoños nuevos,
más galana y más hermosa...
con unos ojos y un pelo,
y unos colores de cara
que daba envidia de verlos.
Era la moza mejor
que vivía en aquel pueblo,

y la rondaban los novios
más espesos que los dedos.
Mas, de buenas a primeras,
se presentó un caballero,
que iba en un caballo blanco
todo vestido de negro:
llama a Antón Pérez a parte,
y le dice: «Al cabo «semos»
quiero casarme con tu hija,
que me gusta con extremo».
—«¡En jamás!»— Le dijo Antón,
porque le dió desde luego
un olorcillo de azufre,
que no le gustó ni un pelo.
El «pritindiente» dejó
la casa de Antón, soberbio,
diciendo: «Me vengaré
aunque lo estorben los cielos».
Para ver de conseguirlo,
una noche, en el silencio
que acompaña misterioso
a los males pensamientos,
por la tapia del corral,
se introdujo el caballero
en la casa de Antón Pérez,
que estaba en el primer sueño.
Con una llave maestra
abre luego el aposento,
en donde estaba la chica
durmiendo en su pobre lecho,
entre sábanas de estopa,
y con sus brazos morenos
junto a los sedosos rizos,
que caían medio sueltos
sobre los gentiles hombros,
perdiéndose por el seno.
Sin hacer ningún ruido,
andando con mucho tiento
con las manos por delante,
para evitar un tropiezo,
ciegos los ojos del alma,
se fué a la cama derecho.
Sacó una linterna, de esas

que llevan la luz por dentro,
y en un instante inundó
con sus pálidos reflejos
el rostro de aquella chica,
tan inocente, durmiendo
con los ojos entornados
y los labios entreabiertos.
Pero ¡oh milagro! al mirar,
con los ojos del deseo,
los virginales encantos
de aquel purísimo cuerpo,
vió una cruz, que la muchacha
llevaba siempre en el pecho,
con el santo escapulario
de la Virgen de los cielos;
y entonces dió un grito horrible,
y echando chorros de fuego
por los ojos, se salió
bramando del aposento,
y se fué con mil demonios
a parar a los infiernos.»
—Dos cuartos vale el milagro;
¿quién pide otro, caballeros?»

Así cantaba Perico
en la puerta de San Pedro;
y la gente de la huerta
lo oía con tal silencio
y con tal fé en sus palabras,
que algunos hacían pucheros,
de lástima que les daba
pensar el terrible aprieto
en que se encontró la hija
de Antonio Pérez Gallego.

Todo el mundo que pasaba
quería escuchar al ciego,
y pronto llenó la plaza
un círculo tan inmenso,
que llegaba hasta las tiendas
donde están los sombrereros,
los que hacen ricas monteras
de felpa y de terciopelo,

que llevamos los murcianos
con mucha gracia y salero,
con dos picos por delante
y rebajado el del medio.

Cuando se llevan la Virgen,
va al monte Perico el Ciego,
a regocijar los bailes
con cantares picarescos;
y de noche, en la ciudad,
es poeta callejero
de las fregonas Julietas
y los huertanos Romeos. •

Canta en la pascua aguinaldos;
en cuaresma, sermoneo;
romances, todos los jueves;
y trovos, en todo tiempo.

Tal es el tipo murciano
que llaman Perico el Ciego,
el que además tiene el cargo
de «veedor» y tesorero
en la hermandad de la Virgen,
que fué de los carniceros,
y es hoy de los que no ven,
o tienen un ojo menos.



XVI

SAAVEDRA FAJARDO Y POLO DE MEDINA

I

La sierra de la Fuensanta
empieza en la fértil vega
de la ciudad coronada
por su lealtad y nobleza,
y es el límite del valle,
que undoso el Segura riega,
y los campos bendecidos
de la antigua Cartagena.
Entre los verdes olivos
de esa pintoresca sierra,
como una blanca paloma
que el dulce nido calienta,
hay un santuario bendito,
que es palacio de la Reina,
de la Virgen, de la Madre,
luz del cielo y de la tierra.
Agua pura y cristalina
brota de la dura piedra
y forma nevados hilos
sobre la menuda arena,
dando a los tiernos almendros
las gayas flores primeras.
Mas allá, sobre la rambla
que corta la esbelta sierra,
y detrás de una colina



que de la vista la ausenta,
está la «Luz», relicario
de virtud y de pobreza.
Luego «Santa Catalina»,
mole de ruinas soberbias,
que el tiempo va destruyendo
con su feroz inclemencia;
y, enfrente, sobre un collado,
donde el tomillo verdea,
y donde destruidos postes
el via-crucis representan,
hay una imagen de Cristo
en tosca y negruza piedra,
que está allí como olvidada
sobre un pedestal de tierra.
Todo en ella es celestial;
de Dios habla todo en ella,
y las flores, y las fuentes,
y las áuras, y las piedras,
y el tomillo, y los olivos,
y las aves que los pueblan,
de Dios al alma nos hablan
y hasta a Dios el alma elevan.
Un pueblecito hay situado
en la falda de esa sierra;
y en él, y sobre una casa
de pobre y tosca apariencia,
Murcia, solícita madre
de sus glorias verdaderas,
ha puesto al fin un recuerdo,
una lápida pequeña,
donde se lee: «Aquí nació
el gran D. Diego Saavedra».
Así, envidiado, Aljezares
a los murcianos recuerda
que ha sido la cuna ilustre
de aquella clara lumbrera.

II.

Estudiante en Salamanca,
y con su sotana vieja,
bullicioso y más alegre

que los cantos de su tierra,
era Saavedra Fajardo,
en sus veinte primaveras,
admirado de las gentes
como un portento de ciencia.
Apenas dejó las áulas,
marchó a la Ciudad Eterna,
y en ella fué familiar
de aquella augusta eminencia,
que en Roma representaba
de España la Real Agencia.

Nápoles, Venecia y Roma
sirviéronle de palestra,
y en ellas lució su genio
las claras luces primeras.

Con la edad creció en su alma,
sobre la virtud y ciencia,
inmenso amor por su patria,
por su honor y su grandeza.

Era un tiempo desgraciado
para la española tierra;
el mundo hacía girones
del manto de su opulencia
y caían una a una
las piedras de su diadema.
Aquellos tercios de Flandes,
cuya gloriosa bandera
jamás se miró humillada,
ni vencida en la pelea;
no eran invencibles yá,
del león español en mengua.
Las flotas, que en otro tiempo
mejor, venían de América,
llenas sus entrañas de oro,
se tornaban con vergüenza,
porque, allende el mar, a España
nadie rendía obediencia.
También Portugal maldice
de la sangre de sus venas;
Cataluña ensangrentada
la guerra civil ostenta;
exháusto el público erario;
las pobres campiñas yermas,

brazos pidiendo trabajo;
pobres pidiendo clemencia;
España pidiendo honra,
y Europa brindando guerra.

En este angustioso tiempo,
que con pena se recuerda,
fué gloria de nuestra patria
el gran D. Diego Saavedra.
Lo que la espada no pudo,
lo hizo él con su elocuencia,
pues cuando habló por España
en las cortes extranjeras,
en Italia, como en Francia,
lo mismo en Munster que en Viena,
ya en los congresos de paz
que los papas presidieran,
ya en los cónclaves sagrados,
ya en las áulicas audiencias,
en todas partes sostuvo
gloriosa nuestra bandera.

Y aquel espíritu ardiente,
que en sus ráfagas inmensas
abrillantó la corona,
que Carlos Quinto ciñera,
ni un momento de reposo
dió a sus titánicas fuerzas:
en sus viajes, cuando iba
llevando de tierra en tierra,
con el fulgor de su genio,
la preza de la gente ibera,
escribió el libro inmortal
de sus sublimes «Empresas»,
donde con pluma acerada,
que cual puñal atraviesa,
estilo majestuoso
y frase grave y austera,
habla a los reyes, cual puede
hablar el que hablando enseña.

Dejó un sueño en su «República»
de hermosísimas quimeras,
y fué su «Corona gótica»
verde laurel de su ciencia.

Cuarenta años, de su patria

no vió la anhelada tierra;
siempre lejos y olvidado,
siempre luchando por ella,
hasta que no pudo más,
desfallecidas sus fuerzas.
El retiro de un convento
abrióle entonces sus puertas:
y aquel hijo de Aljezares,
gloria de la hispana tierra,
que del rey Felipe IV
sostuvo la real diadema,
que fué lumbrera de Europa
y portento de la ciencia;
aquel ilustre murciano,
honra de la tierra nuestra,
entregó su alma a Dios
en una mezquina celda.

POLO DE MEDINA

«Murcia la ingrata» te llaman,
mas no dicen sus cantares,
si ellos son los malos hijos,
o eres tú la ingrata madre.

Tú nos has dado al nacer
una de rosas fragantes,
a la sombra placentera
de tus frondosos morales.

Y, sobre la fresca arena
de tus matizados márgenes,
fueron tus flores alfombra
de nuestro pié vacilante.

Como arrullo de paloma,
fué tu cariño de madre,
fecundo como tu seno,
como tu gloria, inefable.

Cielo de amor, es tu cielo;
un paraiso, tu valle,
en el nacer de la aurora
y en el caer de la tarde.

Siempre serás bendecida,
siempre tendrán tus altares
las santas flores del alma,

que no las marchita nadie.

Tú nos enseñas a Dios
en los radiosos cambiantes
de luz que derrama el río,
al despeñar sus cristales;

Tú muestras su providencia
en los rubios trigarrales,
y en esas redes de seda,
que velan tu bella imágen;

Y en esos dorados frutos,
que anuncian los azahares,
y en esos morados lirios,
triste dolor de tus valles;

Y en las blancas azucenas,
con que coronan las madres
la pureza de las vírgenes
y la gloria de los ángeles.

Yo, en pago de tu cariño,
abro tus viejos anales
y registro de tu gloria
las páginas memorables,

Y las digo a todo el mundo
con mis sencillos cantares,
resucitando la gloria
de las pasadas edades.

X Hoy, mirando los sepulcros
sin lápidas y sin mármoles,
donde, de ilustres murcianos
descansan los santos manes,

He recordado de un hijo,
el primero de tus vates,
tan olvidado de todos
que no lo conoce nadie.

Salvador Jacinto Polo
de Medina, que es linaje
que empezó por un poeta
y honran hoy muchas beldades,

Es el famoso murciano,
Murcia, que quiero ensalzarte,
copiando un retrato suyo,
de su ingenio y sus donaires.

«Pues no hay dama ni fregona,
zapatero, ni pelàire,

que no se retrate y pinte,
musa mía, retratadme.»

Así Polo de Medina
prepara el lienzo a su imágen,
y luego escribe y dibuja
con estos rasgos brillantes:

«Y para que mi dibujo
salga con vivos esmaltes,
si os falta el pincel de Apeles,
sed con la pluma Timantes.»

«Demos retratico al pueblo
de mi rostro y de mi talle
y quede de mi memoria
a las futuras edades.»

Tal vez Polo de Medina,
al escribir estas frases,
pensaba en la tierra ingrata
que tenía que olvidarle.

«Del caudaloso Segura,
bello rasguño del Ganges,
como un hongo de su orilla
nací también en su márgen.

Un hombre y una mujer
dicen que fueron mis padres,
y que nací de cabeza,
por donde nacen los sastres.

La estatura de mi cuerpo
es entre enana y gigante,
y en todo mi cuerpo tengo
mucho hueso y poca carne.

Tengo castaño el cabello
con presunción de azabache,
(que para castaño oscuro
no le faltaba ni un ápice)
copetico a lo alindado,
frisados los aladares,
(es decir, pongo por caso,
lo mismo que Costillares.)

Bajo el friso de la frente
dos felpados arquitraves,
y entre dos ojos morcillos
una nariz acicate.

Son auroras mis mejillas

sin arreboles de sangre,
 donde aún el de la vergüenza
 (¡vaya un modo de tirarse!
 tal vez por fuerza del verso)
 nunca ha querido asomarse.

Que quiere decir mi musa,
 en archiculto lenguaje,
 que soy trivial en latín
 y despejado en romance.

Perdonen mis labios yertos
 los claveles y corales,
 que en tantas bocas partidos
 no es maravilla les falte.

Mis bigotes y mi barba
 tan desvanecidos salen,
 que, esparecidos con hísopo,
 los reputan por lunares.

Mis pies para andar cubiertos
 por lo que tienen de grandes,
 se embarcan en doce puntos
 y algunas veces no caben.

Son seguidillas mis piernas,
 verso heroico mi gáznate,
 por las espaldas camello
 y espárrago por delante.

Soy estevado de cuerpo
 y en lo corvo soy alfange;

.....
 Desde la infancia hasta ahora
 me han servido en todas partes,
 los manteos de mantillas,
 las sotanas de pañales.

Tengo nueve mil auroras,
 como dice algún cofrade,
 de los del crítico estilo,
 en mil versos y en mil partes.

En lengua española, digo,
 tengo veintitres San Juanes;
 tres años y cuatro lustros,
 con veintitres navidades.

Por cuerdo me canonizan,
 los que me ven por las calles
 que, hipócrita del gracejo,

piso firme y miro grande.

Soy poeta en querer ninfas
aunque nunca he sido Dante;

En lo varonil mis versos
tienen la pinta del padre
y aunque todos son Medinas
quieren hacerlos González.

Este es el retrato al vivo,
por mejor decir, la imágen
del que al arcángel del peso
siempre sirve de alpargate.»

Tal es Polo de Medina
por su estilo y su semblante;
el que escribió aquella fábula
del amor de «Apolo y Dafne»;
el que en doctas «Academias»,
tenidas bajo los sáuces
del jardín de los Fajardos,
dió sus primeros cantares;
aquel que pasó a la corte
y allí le admiraron grande
en el siglo de Quevedo,
de Calderón y Cervantes;
aquel que en sus verdes años
vivió derramando sales,
en la jácara graciosa
y en el epígrama fácil,
y luego fué sacerdote
de costumbres ejemplares.
Ya viejo, volvió a su tierra,
y en el seno de esta madre
sin una cruz que lo diga
yacen sus restos mortales...
¡que también algunas veces
son muy ingratas las madres! (1)

(1) Años después de escrito este Romance se colocó en la fachada de la iglesia de Sta. Catalina una lápida conmemorativa del nacimiento de Polo de Medina y se dió su nombre a la que se llamó calle del Cabrito.—N. del editor.



XVII

Personajes de la huerta

La reina Doña Isabel,
segunda de las Españas,
con el Príncipe, que hoy reina, (1)
y la Princesa, su hermana,
vinieron a Murcia un día
para verla y saludarla.

Era una tarde de otoño,
pero tan dulce y templada,
que del Abril parecía,
más bien que tarde, mañana.

¡Qué alegría, qué placer
la población respiraba!
Las avenidas del Puente,
jardín de Floridablanca,
plaza de la Media Luna,
la Alameda, todo estaba
lleno de una multitud
ansiosa y entusiasmada.

Ni un balcón sin colgaduras,
ni una mezquina ventana
sin el nombre de Isabel
y las banderas de España.
Arcos de triunfo en las calles
cubiertos de verdes ramas;
y en la Plaza de los Toros,
airoso, lleno de estatuas,
con las insignias reales,

(1) Alfonso XI.

y las artes ensalzadas,
un grandioso monumento,
en el que puso la fama
toda la lealtad de Murcia
con las coronas murcianas.

Fué un espectáculo grande
ver entrar la soberana:
cubierto el suelo de flores,
llenos los ojos de lágrimas,
ensordeciendo el espacio
los vivas que todos daban,
y elevándose hasta el cielo,
como bendita plegaria,
entre los gritos del pueblo
el sonar de las campanas.

Día feliz fué aquel día,
que no han borrado las págiuas
que después hemos escrito,
con piedra negra, o con blanca.

Toda Murcia vió en la reina
la majestad; nadie osaba,
ni alzar altaneros ojos,
ni decir torpes palabras:
que al fin era una mujer,
una señora, una dama,
con cuyo nombre vencieron
Espartero, allá en Luchana,
Prim allá en los Castillejos,
y a las banderas hispanas
vió por él, allá en Tetuan
el sol ardiente del Africa.

De las gentes que vinieron
a prosternarse a sus plantas,
sólo nombraré el convoy,
que vino de la Azacaya,
compuesto de seis personas,
iten más, una zagala
que traía en una cesta,
cubierta de flores varias,
los frutos más esquisitos
que entonces la huerta daba.

—Era el primero el «perráneo»,
que nunca puede hacer falta
en lo que la patria exige
y el Ayuntamiento manda;
que responde del «partío»
en consumos y derramas,
en quintas, «rebulliciones»
y hasta en los cortes del agua.

—Era el segundo, un segundo
que rabo de alcalde llaman,
tal vez porque va detrás
y como sombra acompaña
al perráneo en las funciones
que competen a su vara.

—Era el juez sobreacequero,
el tercero en importancia,
cuyo cargo se reduce
a dar su fallo en las tandas,
en las horas que de riego
tiene tal o cual ventana,
y en lo que toca al regante
del lodo que deja el agua
en azarbes o en acequias
cuando toca de mondarlas.

—El «melistro» o rabo-alcalde
son un cuerpo con dos almas,
según la jurisdicción
a que sirve y acompaña.

—Es el otro «el mayordomo»,
el que protege y ampara,
y recoge la limosna,
al santo de la Azacaya.
El que paga al capellán,
el que rije, por la pascua,
la hermandad, que va pidiendo
limosna para las ánimas;
el que preside los bailes
de la alegre Candelaria,
donde se rifa la «torta»
y las palomas sin mancha,
que recuerdan a la Virgen
humilde y Purificada;
el que, el día de Inocentes,

recoje pujas, y clava
el gorro de los pimientos
al que se rinde y se agacha.
—Y, finalmente, venía
más derecho que una estatua,
el «cumplío», que es persona,
que ha visto tierras lejanas;
que ha «melitáo» en Sevilla
«ande ha visto una zagala»,
y en las «provincias» que dicen,
y más allá de la Raya
del Portugal, y en el moro,
«ande» le pasó una chanza
con una mora, que el «probe»
se vido con unas ansias.....
Y cuenta del capitán
y el sargento, que le daban
muy buen trato, y le decían
«pimentiquio», en son de guasa;
y cosas por el estilo,
muy largas para contarlas.

No hay que decir que iban todos
como a misa, con las capas;
y que la zagala iba
con la mantellina maja.

Cuando entraron en palacio,
ya las piernas les temblaban,
y llegaron medio muertos
a la primorosa estancia,
donde la reina y el rey,
con los príncipes, se hallaban.

Quiso romper el «perráneo»,
mas se le ató en la garganta
un nudo tan apretado
que no pudo dar el habla;
y cayendo de rodillas
los siete, con la muchacha,
por más que el rey y la reina
con amor les halagaban,
lo mismo que unos zagales
empezaron a echar lágrimas
y a darse golpes de pecho
con la mano muy cerrada.



XVIII.

Los huertanos de la feria

Todavía, al fin del siglo
del vapor y de las ciencias,
la gente de la ciudad
y la gente de la huerta
forman en Murcia dos pueblos,
como si dos castas fueran.
Yo no sé en lo que consiste
esta aberración añeja:
una misma es nuestra fé,
idénticas nuestras creencias,
las mismas nuestras costumbres,
igual nuestra parentela.
De Castilla y de Aragón
viene nuestra descendencia,
y, si aún queda sangre mora
salpicada en esta tierra,
hay la misma en la ciudad
que en el monte y en la vega.

¡Pobrecitos de mi vida
huertánicos de la huerta,
los que el sol de Agosto abrasa
y el viento de Enero hiela,
yo os quiero con toda el alma
pues mi sangre es de la vuestra!

La gente de aquí de Murcia
que a vosotros os desprecia,
miradlo bien, es la plebe,
plebe de manta o chistera.
Desde el sucio matachin

que en las Ericas copea,
hasta el chalán gitanesco
que las burras os afeita,
pasando por el silbante,
por el curial sin conciencia,
por la rabanera innoble
por la señorita enteca,
la polilla escribanil
y la tropa alguacilesca.....
está la escala enemiga,
que a los huertanos afrenta.
Los señores, que lo son,
la cristiana clase media,
todos los que echan garbanzos
honrados en la puchera,
no atropellan al huertano,
no los matan por la renta
ni les embargan el trigo,
los bueyes, ni la carreta.
No son esos los que dicen:
—«Chico, no voy a la feria
porque este día es el día
de la gente de la huerta.
—Anoche estaba la Rusia
entera por la Gloria.»

Sin el día de la Virgen,
¿qué sería nuestra feria?
Está, la Glorieta, hermosa
en esas noches selectas,
en que damas y galanes
sedas y joyas pasean:
cuando las luces del gas
los brillantes reverberan,
y se perfuma el ambiente
de aromáticas esencias;
cuando en dulce discreteo
las amorosas parejas,
hablando más con los ojos,
dicen mucho con la lengua;
pero, el día de la Virgen,
aquella tarde soberbia,

en que la Subida al Puente,
todo el Carmen, la Alameda,
el Arenal en redondo
y el Salón de la Glorieta
están inundados, llenos
por la gente de la huerta...
aquella tarde es la tarde
más alegre de la feria.

Allí lucen las huertanas
de sus moños la ancha trenza,
las puntillas delicadas
sobre sus carnes morenas;
los refajos carmesíes
bordados de lentejuelas,
los pañuelos amarillos,
las arracadas de perlas,
la cruz de vidrio en el cuello,
el pañuelo en la cadera
y en sus manos soleadas
el tallo de albahaca fresca.
Allí, entre aquel oleaje
de tanta y tanta belleza,
descuellan exuberantes,
robustas, sanas y buenas:
la alcantarillera hermosa,
la gentil aljazeeraña,
la de Aljucer, pequeña
como el grano de pimienta;
la del Palmar, lirio hermoso
de Sangonera la Seca;
las que tejen pobres cintas
en el Llano de la Alberca;
las de Alquerías famosas,
las de Beniaján modestas,
las chumberas del Cabezo,
Monteagudo y Santomera;
las que echan siempre por Churra,
ancho camino de veras:
las de Santiago y Zaraiche,
Albatalía, Arboleja,
las Flotas, los «Jabalises»,
Macías-coque, la Vux-negra,
Puente de Tocinos, Raya,

Eralta, Belchí, Nonduermas,
Puebla de Soto, la Ñora,
Raal, Tarquinales, la Urdienca,
Espinardo, La Azacaya,
Garres y Rincón de Seca...
todas contentas, alegres,
buscando sitio en la feria
donde bailar con sus novios,
al compás de la vihuela,
dos o tres coplas, lo menos,
de parranda o malagueña.

¡Huertanica de mi vida!
tú, que partes las almendras
con los dientecitos blancos
en tu boquita pequeña;
que bebes la horchata en vaso
y ves el mundo por fuera;
no quiera Dios que los ojos
se te llenen en la feria,
y el corazón se te turbe
y se pierda tu cabeza:
mejor es que tornes pronto
a tu barraca modesta;
y allí sentada a la sombra
de aquella vetusta higuera,
dándoles trigo en tu mano
a los pollos de tu «llueca»,
cantes con voz poderosa
cien veces la copla aquella:

«Valen más los «zaragüeles»
de los mozos de la huerta
que todos los lechuguinos,
que pasean la Glorieta».



XIX.

Guerra de la Independencia

Muerte del General La Carrera

I

No hay en la historia de Murcia
un día de más horrores,
que el memorable de Enero
de mil ochocientos doce.

En aquel nefasto día,
bella ciudad de las flores,
vino sobre tí, en tu daño,
el peso infinito, enorme,
de la maldición del cielo
y la maldad de los hombres.
El sol vívido y fecundo,
que se eleva en tu horizonte,
por no verte mancillada
por impíos invasores,
y profanados tus templos,
y humillados tus blasones,
hundió sus ojos de fuego
en densa nube de bronce.

Cuando recuerdo ese día,
leyendo tus tradiciones,
aún el llanto de mis ojos
a aquel tu dolor responde:
aun veo tus calles desiertas,
y a tus hijos en los montes,

huyendo de la epidemia
 que en sus hálitos veloces
 por doquier lleva la muerte
 con dardos asoladores.
 Veo llegar a tu recinto
 las extranjeras legiones;
 de tus hijos, que no huyeron,
 oigo el rumor de las voces
 llamando a los que se van
 «cobardes si no traidores»;
 y, cuando el postrer soldado
 tu débil muro traspone,
 oigo, en lúgubre rebato,
 las campanas de tus torres,
 y siento sed de venganza
 que mi corazón corroe,
 al ver regadas tus calles
 con la sangre pura y noble
 de un mártir que asesinaron
 extranjeros y traidores.

II.

Pensaba el coloso aquel,
 que a toda Europa venciera,
 que España suya sería,
 ya de grado, ya por fuerza;
 y pensó mal, en su daño,
 porque España es una tierra
 que antes que sufrir vencida
 el oprobio y la vergüenza
 sabe alzarse como un hombre
 y morir en la pelea.

Cuando cruzaron el Pirene,
 pisaron en tierra nuestra
 los soldados aguerridos
 de las legiones francesas,
 todo el suelo, que entre el mar
 el Ebro fecundo riega,
 tembló como tiembla un hombre
 bajo el peso de una afrenta.
 Y entonces fué cuando España
 se levantó en son de guerra,

Cuando, cruzado el Pi

lo mismo por las ciudades
que por las pobres aldeas:
no hubo un pueblo que al combate
sus hijos no condujera.
Unos presentan batalla
contra doble o triple fuerza,
otros, con desnudo pecho
la ultrajada patria vengán,
resistiendo en las ciudades
y muriendo en su defensa;
otros se van a los montes,
y por valles, y por sierras,
persiguen al enemigo,
como se cazan las fieras.

Murcia también respondió
a la patriótica empresa:
dió sus armas, dió sus hijos,
sus víveres, su riqueza,
cuanto dar pudo, eso dió;
y en aquella hora tremenda,
en que pisaron sus calles
malditas hordas francesas,
se encontró pobre, vendida,
lacerada e indefensa.

Luchar con el enemigo
entonces difícil era
en esta ciudad sin tropas
y por cien partes abierta:
pero luchar con el cielo,
con el cólera que diezma,
con la muerte que invisible
por todas partes os cerca,
entre la rabia del hambre
y el grito de la miseria...
no era empresa de soldados,
de mártires era empresa.

Por eso en aquellas horas,
tristes para España entera,
los murcianos, desarmados,
furiosos se desesperan;
desoladas las mujeres
gimen, y gimiendo rezan;
los niños tiemblan y lloran;

y todos, en tanta pena,
solo de Dios esperaban
misericordia y clemencia.

III.

Los invasores crueles,
que en esta ciudad entraron,
cobardes fueron y viles,
y arteros, y desalmados.
Pasaron por la ciudad,
como por desierto campo,
y al palacio Episcopal
en tropel se encaminaron.

Cuartel en seguida hicieron
de aquellos tranquilos cláustros;
cuadra hicieron la capilla,
y limpiaron con los paños
de los benditos altares
la baba de sus caballos.

Las puertas de los salones
rotas cayeron a hachazos;
y oprobio fueron y befa
de aquellos torpes sicarios
los retratos venerables
de los obispos murcianos.

Con insultante algazara
un banquete celebraron,
en que corrió por el suelo
hirviente el licor de Baço.

¡Hecho execrable!— No puede
murciana pluma pintarlo,
pues horroriza el pensar
que aquel infamante cuadro
pasó al pié de un Crucifijo,
en cuyos piés enclavados,
sables, pistolas y espadas
aquellos hombres colgaron.
Después, para despertar
del soñoliento letargo,
salió aquella soldadesca
a la calle, y sin reparo,
rompiendo a golpes las puertas,

los balcones asaltando,
hiriendo a quien resistía,
sembrando pavor y espanto,
las calles más principales
como tigres saquearon,
dejando por todas partes
regueros de sangre y llanto.
Después al Ayuntamiento
dirijen, todos, sus pasos;
y allí, al tesorero del pueblo,
con despótico mandato,
piden millones en oro,
cuando está pobre y exháusto.

Pero allí ya hay quien se oponga;
ya hay quien diga a los malvados,
aún viendo la muerte cerca,
que desprecia sus mandatos.
¡Vive, vive eternamente,
mi buen Fernández Cerratol
¡Tú, que supiste oponerte,
dèbil y desamparado,
a aquella avalancha ciega,
ola de muerte y de espanto,
que anegó nuestra ciudad
en mar de dolor y estrago!
Y espera en Dios, que a ayudarte
y a castigar los malvados,
el general La Carrera
entra en la ciudad volando,
por la Puerta de Castilla
con cien valientes caballos.

IV

Cien soldados españoles,
que manda un buen general,
ni a nada temen, ni a nadie;
donde se proponen, van.

Cien llevaba La Carrera
cuando entró en esta ciudad,
y orgulloso iba con ellos
a reñir con muchos más.

Preparado el enemigo

estaba en el Arrenal,
y allí los valientes llegan
y comienza el pelear.

Cien héroes, eran los cien,
de aquella raza inmortal
que ofreciera tantas vidas
de la pátria en el altar;
y entre la hueste extranjera,
como exhalación mortal,
entran sembrando la muerte
con incontrastable afán.

Pronto su sangre preciosa
empiezan a derramar,
pero siguen peleando
cada uno con tres o más;
y, el que muere, muere bien,
porque, moribundos ya,
dan con el postrer aliento
certero golpe mortal.

Numeroso el enemigo,
al fin logra quebrantar
el ímpetu valeroso
de aquel escuadrón audaz:
allí perecieron muchos,
muchos, más de la mitad.

Para este instante esperaba
el bizarro general,
otro escuadrón valeroso
que le viniera a ayudar;
pero ¡ay! traidores infames,
sangre vil de D. Julián,
¿Dónde estais que no venís
donde los buenos están?

.
Sudor y sangre cubría
el rostro del general,
que, al ver de aquel sacrificio
la santa esterilidad,
recogió a los que quedaban
y empezóse a replegar,
luchando siempre, hacia el Plano;
y, en su pendiente fatal,
los heridos, casi exánimes,

sin alientos caen yá:
algunos corren frenéticos,
sin saber a dónde van;
y de aquel puñado de héroes,
solo queda el general,
que al verse solo y herido,
dispuesto a no vivir más,
paso a paso, entró en la plaza
que llaman de San Julián.

acórralan Allí, más de diez franceses,
llenos de saña brutal,
le acórralaban, y él, valiente,
matando, logra saltar
la terrible y feroz valla,
de aquella turba infernal:
persiguenle—¡Miserables!—
y él se revuelve a luchar;
hasta que, vertida toda
su sangre por la ciudad,
y abierta su noble frente
por una bala fatal,
cayó sin vida en el suelo,
calle de San Nicolás.

¡Don Martín de la Carrera,
tu nombre será inmortal;
siempre viva en mi memoria
tu noble sangre estará,
pues moriste por mi Patria,
por mi Fé, por mi Ciudad!—



XX.

UNA MOZA

Con su mantellina negra
y sus enaguas de viras,
con su pañuelo de flores
encarnadas y amarillas,
con su delantal morado,
su pañuelo de batista
cojido con breve mano
que las tumbagas matizan,
con el alpargate blanco
que sujetan negras cintas
a aquella robusta pierna,
como la grana encendida,
con sus ojos perezosos
que en ninguna parte fija;
más gallarda que la barca
cuya vela el viento hincha
y salta sobre las olas
juguetona y combatida;
más graciosa que paloma
que al dulce nido camina
en busca de su regalo,
de su amor y sus delicias;
derramando sal y gracia,
y dejando donde pisa
una huella imperceptible
que el viento borra en seguida...
Catalina, la que vive
en la senda de Casillas,
la hija de Pedro el Pando,

la que toca las postizas
con aquel repique padre
que mueve las pantorrillas;
la que oye todos los sábados
¡ingrata! cómo relinchan
los zagales del «partío»
que a su vivienda caminan,
la que no quiere a «denguno»
de los mil que se «esmoñigan»
se «esgilachan», se recomen,
se arrepietan, o se pirran,
por aquellos negros ojos
que en los brazales se miran:
esta garrida muchacha,
dando a todo el mundo envidia,
entraba la otra mañana
por la Puerta de Castilla.

Yo la ví pasar lijera
por enfrente de la ermita,
seguir luego por la Olma
y entrar por las Agustinas.

Pero un mozo de la huerta
que se paró en una esquina,
mirando los movimientos
de aquella huertana arisca,
limpiándose con la mano
las boceras de saliva
y moviendo la cabeza
de esta manera decía:

—«Bendita sea la maere
que te llevó en la barriga,
terrón de azúcar morena,
flor de la senda e Casillas,
arrejúntate conmlgo
y no tengas malas tripas,
porque si tú no me quieres,
voy y me paso a la morisma,
o arrecojo la picaza
y a mi burra Golondrina,
ú la estroceo a leñazos,
o la parto por la espina»,

Yo no sè si estas palabras
Catalina las oiría;

ello es que al doblar la calle
volvió hacia el mozo la vista,
mientras alzaba la ropa
por cierto no muy cumplida,
tanto que el mozo juncal,
yo no sé lo que vería,
que quedó como una «estáuta»
sosteniéndose en la esquina
y dándose con la vara
golpes en las espinillas.



XXI.

UN MOZO

Con sus zaragüelles blancos
como la nieve de Espuña,
con su faja carmesí
rodeada a la cintura,
con su montera de felpa,
pañuelo de seda cruda,
su camisón con pechera,
corta chaqueta de cúbica,
blanca calceta ceñida
sobre la pierna desnuda,
alpargate de cara-ancha,
jubón con botonadura,
al hombro izquierdo la manta
y la diestra en la cintura...,
iba un mozo de la huerta
por el camino de Churra.

Al llegar donde el camino
hace repentina curva,
detuvo el ligero paso,
secó con su mano ruda
su frente que del sudor
calientes gotas inundan,
y mirando a una barraca
perdida allá en la espesura,
dice con voz dolorida
y el alma llena de angustia:
—«¡Catalina! ¡Catalina!
causa de mi desventura,
más dura que el mismo mármol

a mis pláticas y súplicas,
díme por qué no me quieres,
díme por qué no me escuchas,
por qué la conversación
no has querido darme nunca,
por qué de mi fino afléuto
los agasajos reusas,
y ni el agua de espejiquios
ni la mollar cascaruja
ni pasteles, ni biñuelos,
ni fostachones, ni música,
ni avellanas de las Indias,
en fin, ni cosa nenguna,
ni tú, ni tu maere, ingratas
habeis acertao nunca,
cuando he vendío la hijuela
o ha sío la feria de Murcia.
Queaté con Dios, arma mía,
flor de la azúcar menua,
clavellina de mis ojos,
perifollo de mis curpas,
queaté con Dios que me voy
porque me ha dao una ambustia,
a tirarme a los quijeros
y hartarme de comer junza.»

Así con voz dolorida,
llenos los labios de espuma,
que del fuego de su pecho
era la muestra segura,
dijo el mozo de la huerta
que iba camino de Churra.

Mas de pronto, por la senda
que atraviesa la espesura,
apareció Catalina
más hermosa que la luna;
era la moza del mozo,
y cuando este la «efilusa»,
se puso más encendido
que las nubes rubicundas;
tanto que al pasar por donde
la senda y camino cruzan,
dejando ver al mancebo,
bajo el guardapiè que ondula,

del pecador edificio,
la base de las columnas...
por no tirarse a la «cieca»
a curar su calentura,
con la vara de membrillo,
que corajudo despunta,
en el polvo del camino
se puso a trazar «feguras».



XXII.

La ermita del Pilar

I.

Allá por aquellos tiempos
de aquella sencilla edad,
en que los hombres tan sólo
se unían para rezar,
para cumplir con la iglesia,
o formar una hermandad;
cuando Murcia parecía
fuerte castillo feudal
por la elevada muralla
que en torno de la ciudad
se extendía con cien torres
y su foso, que era el Val;
cuando, al oír de la queda
el imponente sonar,
se encerraban los vecinos
diciendo: «Por la señal...»
y, pasatiempo no había,
o indiferente solaz,
que el vigilante alguacil
no pudiese denunciar;
entonces, cuando las calles
de la murada ciudad
sólo estabau alumbradas
por el resplandor fugaz
de la luz que en pobres nichos
encendía la piedad,

entonces... sucedió el hecho
que ahora voy a contar.

II

Era una noche de invierno,
un furioso vendaval
rujía por los tejados
e impulsaba el rechinar
de las mudables veletas
que a merced del viento van:
llevaba el aire en sus alas
lluvia menuda y glacial,
y era tan densa y completa
la pérfida oscuridad
que imposible parecía
por las calles transitar.

Mas, con todo, al dar las diez
de aquella noche infernal,
una ronda silenciosa,
en que iba la autoridad
del señor Corregidor
mojándose sin chistar,
apareció por la plaza
que llaman de San Julián.
Era el tal Corregidor
un hombre de calidad;
valiente, como ninguno;
honrado, como el que más.
Iba al frente de la ronda,
que nunca quiso esquivar,
por dar saludable ejemplo,
el peligro principal.

Al entrar en la plazuela
oyeron claro el sonar
vibrante de dos espadas,
y una blasfemia brutal;
el Corregidor al punto
vuela diciendo:—«¿Quién vá?»
hacia donde oyò la voz
y las espadas chocar;
pero no encontró ni un alma;
solo vió en la oscuridad

un bulto que se perdía
por la calle del Pilar.

Vuela allí el Corregidor,
yendo la ronda detrás,
todos con espada en mano
tropezando aquí y allá.

Al pié, y a la opaca luz,
del nicho del Hospital
detiénese el bulto, y vióse,
entre el resplandor fugaz,
un hombre que espada en mano
se preparaba a luchar,
diciendo a los de la ronda:

—«Atrás, villanos, atrás»,

—¿Y quién al Corregidor
así se atreve a insultar?

—Un noble.

—No lo parece.

—Ahora lo probará
contra D. Miguel de Pueyo.

—¿Quién es él?

—Un Montalván.

III.

Era D. Miguel de Pueyo
el Corregidor murciano,
según la cristiana usanza
de aquellos tiempos pasados,
tan devoto de la Virgen,
que siempre llevó guardado
en su pecho, del Pilar
el bendito escapulario.
Con él y la fé en la Virgen
y en la fuerza de su brazo,
no le asustaban peligros
ni halló invencible adversario.

Así, cuando en esta noche,
se vió frente a aquel malvado,
a quien también defendían
otros tres hombres armados,
tranquilo, como quien tiene
del cielo eficaz amparo,

desnudó su noble acero
y acometió a su contrario.

Tenaz y dura la lucha
fuè por uno y otro bando;
el brillo de las espadas
era como el del relámpago;
ninguno cedía el terreno,
ni derrotaba al contrario;
hasta que el Corregidor
vió a Montalván desarmado
—«Entrégate a la Justicia»,
dijo entonces, confiado
por ver que sus compañeros
huían como villanos;
y Montalván se rindió
vencido y avergonzado.

Mas, cuando el Corregidor
ordenaba a sus soldados
tratasen a Montalván
como valiente e hidalgo,
éste, cobarde, a traición
ciego de verse humillado,
descargó mortal pistola
en el pecho del hidalgo
del noble D. Miguel Pueyo
el Corregidor murciano.

Mas, según la tradición,
frías las balas quedaron,
detenidas de la Virgen
en el santo escapulario,
que el Corregidor llevaba
como amuleto sagrado.

IV.

Un año pasado había
menos algunas semanas.
Era en el doce de Octubre,
día en que la iglesia canta
de la Virgen del Pilar
la tradición veneranda.
Anima los corazones
el tocar de las campanas,

que están repicando alegres
desde la hora del alba.

Por aquí los morteretes,
y cohetes, y dulzainas;
por allí cortan la calle
porque van a correr vaca;
acullá ponen sartenes
y en otras partes cucañas.

¿Y por qué tanta alegría,
tanta bulla y algazara?

Porque hay una nueva ermita
a la Virgen dedicada,
junto al histórico arco
que Carlos V cruzara:
es la ermita del Pilar
que además tiene una casa
asilo de peregrinos,
de penitentes posada,

En ella D. Miguel Pueyo
grabó la fé de su alma,
y dejó eterna memoria
en estas santas palabras:

«A la Virgen del Pilar,
»la que mi vida salvarà
»de muerte cierta y segura
»por su gracia soberana,
»dedico esta pobre ermita
»a mis expensas fundada.
»Respete Murcia este templo,
»que yo regué con mis lágrimas,
»y aprenda en mí a honrar a Dios
»y a su Madre Inmaculada;
»que en este templo hay dos puertas
»de dos distintas moradas:
»por la una se vá al altar
»a dar a Dios alabanza,
»y por la otra encuentra el pobre
»cariño, alimento y cama.»



XXIII.

El Arrendador pobre

«El que labra con burras,
y come bollos,
no pasa por las penas,
del purgatorio.»

(CANTAR POPULAR MURCIANO).

De tres tahullas y media
es Antón arrendador:
la una y media son de un amo
y de otro las otras dos.

Con los trabajos del mundo
va tirando el pobre Antón
con la tierra que cultiva
y dos burras de labor;
y aunque en la tierra trabaja
desde que amanece el sol,
dejando en ella su sangre
en las gotas de sudor;
y apenas coje un esquilmo
cuando ya el otro sembró...
como la tierra es muy poca,
el provecho no es mayor,
y entre el pago de los «rentos»
y el de la contribución,
todo se vuelve sal y agua
y se lo lleva el cañón.

Y no es que el pobre malgasta
o siembra sin ton ni son:
jamás ha jugado al truco.

ni el ventorrillo pisó,
ni puso «planta» en la tierra
sin que estuviera en sazón.

Es que la pobreza es mala
y tiene el rostro feroz;
y cuando ella se apodera
del débil arrendador...

para labrar, le dá burras;
para comer, hambre atroz;
para pan, el duro «bollo»;
para casa, un barracón;
para descansar, la tierra;
para morirse, un dolor.

De ésto goza a manos llenas
el pobre colono Antón.
Las tierras le dán muy poco,
como ya sabe el lector,
pero los amos que tiene
le dán cada desazón...

Ellos, además del «rento»,
han de comerse la flor
y primicias de la tierra,
y si no ¡guárdele Dios!
En el mes de Mayo, flores;
por Navidad, el capón;
la fruta seca, en Octubre,
y en el día del Señor,
de aquellos de «hueso dulce»,
una cesta o un serón.

Se muere un pariente de esos
que ni un galgo corredor
le coge por lo remoto,
pues allá va nuestro Antón
puesto de su larga capa
aunque se ahogue de calor;
porque los amos son amos
y hay que llevar el blandón,
o el estandarte más grande,
o coger al que murió
y echárselo a las espaldas,
aunque exhale mal olor
y haya muerto de viruela,
de cólera o sarampión,

Todos en casa del amo
mandan al arrendador:
el señorito le encarga
un gallo inglés que compró,
y le dice que lo cuide,
que lo deje a su sabor
meterse por los sembrados
y con libertad de acción;
la niña le pide tierra
y abono de lo mejor,
y una cebolla de lirio,
y simiente de ababol,
que le plante un jazminero
y se lo traiga con fior,
que madrugue con la burra
a llevar entre los dos
un macetón, que es un cocio,
para su amiga Leonor,
que vive fuera de Murcia,
más allá de la estación.

Para la señora, tiene
que echar una «llueca», o dos,
porque le gustan los pollos,
como a mí, para el arróz.

El niño le mortifica
con cañas para el «dragón»,
y del borrego que tiene
lo nombra forrajeador;
la criada, «piedra tosca»
para fregar el perol;
y a la niña pequeñita,
que no sabe decir só...
la ha de llevar en la burra
por toda la población.

Y Antón todo lo tolera
con más paciencia que Job:
sólo cuando llega el caso
de afrontar una elección
es cuando pasa las penas
del infierno más feróz:
porque, como son dos amos,
y él no puede hacerse dos,
si vota con uno, el otro

le trata sin compasión,
y le niega su influencia
ante el juez ejecutor
de la ordenanza rural,
cuando Antón la traspasó;
ni vá con él de «hombre bueno»
a actos de conciliación,
ni en el Registro civil,
cuando su mujer parió
y no presentó al zagal
con la legal precisión,
tiene un amo que le ayude
y le sirva de fiador.

Es decir, que en una sola
las paga todas Antón,
y por nada ve sus tierras
si se las quitan o nó.
Así, cuando va a la huerta,
pensando en su suerte atroz,
le dan pensamientos malos
de tirarse al Reguerón:
pero Antón es un cristiano
que se acuerda del Señor,
y sabe que allá en el cielo,
en el tribunal de Dios,
se miden con una vara
al amo y arrendador.



XXIV.

LA ALBERCA

Yendo a «Santa Catalina»,
y antes de subir la cuesta,
allí donde empieza el monte
y donde acaba la huerta,
hay un lugar, que no es pueblo,
y que se llama La Alberca.

Tiene al Este un muladar,
a Oeste una rambla seca,
al Sud un mal cementerio
y al Norte una noria vieja.

El viajero, que anhelante
busca la paz de la aldea
en ese lugar que anuncian
las «alzavaras» esbeltas,
lo que contempla primero,
cuando a su recinto llega,
son unos álamos tristes
con sus aires de alameda,
una casa ya ruinosa
con gran escudo en la puerta,
que es la habitación del cura;
y otra, que está allí muy cerca,
con una puerta muy grande
que es del maestro de escuela.

Linde secular del pueblo,
entre una y otra vivienda,
hay un olmo corpulento
que vierte su sombra fresca
sobre un brazal que la noria
allí próxima alimenta,
con el cual se riega el «Rento»

y lavan las lavanderas.

A la izquierda de esta plaza,
frente a frente de la escuela,
deslucida, tosca, pobre
y enseñando sus miserias,
está sin cruz y sin cara
la fachada de la iglesia;
y junto al átrio que fué,
y hoy transitan las carretas,
sobre un calvario de polvo,
en medio de la placeta,
existe un pié, que una cruz
tuvo, otro tiempo, de piedra.

Luego hay una calle ancha,
que con unas veinte estrechas,
siete que salen al monte
y las demás a la huerta,
forman el casco del pueblo
histórico de La Alberca.

Atravesamos sus calles,
cuando uno menos lo piensa,
entre un perro que le ladra,
y un chico que le apedrea,
porque lleva usted «farruca»,
o porque va de chistera,
se encuentra usted unas muchachas
¡válgame Dios y qué buenas!
Delgaditas de cintura,
no muy altas, pero esbeltas,
risueñas más bien que tristes,
rubias más bien que morenas,
con ojos que no son grandes
pero que el alma penetran,
pequeñas de piés y manos
y anchas de pecho y caderas
las alberqueñas hermosas
no temen la competencia,
no ya con las del Palmar,
ni aun con las aljezareñas,
que son las hembras mejores
de esos pueblos de la sierra.

Y si yo saco la cara
de ese modo por La Alberca
no es pasión, porque mi madre
en ese pueblo naciera;
soy el cronista imparcial
que lo digo así a la buena
de Dios, y que las muchachas
no se morderán la lengua,
para decírselo a usted
¡vaya a ver! qué dicen ellas.

Esta es cuestión debatida
y arrumbada por añeja;
treinta años hace lo menos,
que dos falanges opuestas
decidieron en el Llano
quiénes eran las más bellas,
si las hijas de Aljezares
o las hijas de la Alberca.
Los hijos de los dos pueblos,
con hondas, con escopetas,
con corvillas y picazas,
vinieron a lid sangrienta
muy cerca de Santo-Angel...
donde hoy crecen las chumberas;
y el triunfo—que hable la historia—
quedó por los de La Alberca.

Así dicen que lo dicen
las crónicas alberqueñas.
¡Cuántas veces a la sombra
de aquella vestuta higuera
que extiende sus ramas verdes
a la espalda de la iglesia,
oí contar esta historia
y otras historias modernas!

Bueno es el pueblo, muy bueno
es el pueblo de La Alberca;
pero al fin es un «lugar»
y, como lugar, encierra
sobre muchas malas cosas
muchas que este mal compensan,
como sus frescas zagalas
que son la sal de esta tierra.



XXV.

JOSÉ MARTÍNEZ...

1.

Nunca envidia o vanidad
se albergaron en mi pecho;
no tengo más que un orgullo,
que en cuanto puede ser bueno
lo he tenido a mucha honra
de mi nombre verdadero.

Por mi santo, soy José,
nombre bendito y excelso
que llena toda la tierra
y es esplendor de los cielos.

De apellido soy Martínez,
el más vulgar en el pueblo,
de más raza, más castizo
y de mayor abolengo
que otros que tienen blasones
en los pergaminos viejos.
¡José Martínez! Señores...
permitid por un momento
que lo repita con énfasis
y con su ritmo poético.

No por mi solo, sino
por tantos como tenemos
el orgullo de llamarnos
José y Martínez a un tiempo.

Entre los que ahora me escuchan
habrá siete por lo menos,
y si me asomo al balcón

cuando pasen diez obreros
y digo ¿José Martínez?
contestarán al momento:
¿Es José Martínez López?
¿José Martínez Cerezo?
¿José Martínez Andujar?
¿O José Martínez Prieto?
Porque es la gracia de Dios;
porque siendo tan modestos
los José Martínez, crecen,
abundan como lo bueno;
los hay aquí y en las calles;
en Murcia, en todos los centros;
en sus barrios populosos,
de la Huerta en el extenso,
feraz, delicioso valle
que poblaron sus abuelos;
en todos los caseríos
y alquerías; en los pueblos
que circundan de esta vega
el panorama soberbio;
allá entre los olivares
y los campestres viñedos;
desde la orilla del mar
hasta los azafraneros
campos de la noble Mancha,
y desde el antiguo reino
que el Turia baña, hasta Velez
y los montes penibéticos.

En toda tierra de España
José Martínez tenemos,
representando la raza
castellana y su abolengo;
que, al decir José Martínez,
se dice español y neto,
con la sangre de la tierra
sin un glóbulo extranjero,
y además, que es lo mejor,
honrado, cristiano viejo,
oriundo de aquellos héroes
que lucharon como buenos

hasta que triunfó la Cruz
sobre el Corán agareno.

Pero no crean ustedes
que he compuesto este proemio
por darme yo el brillo o lustre
que se deduzca de ello;
lo escribo por presentar
honrosamente a un sujeto,
a un José Martínez López,
primo hermano que yo tengo,
muy trabajador, muy noble,
muy valiente, muy despierto;
que por su buen corazón
pasó el hombre unos aprietos
con una novia que tuvo
y el que había de ser suegro,
que a no ser porque se puso
el Padre José por medio
y zanjó todas las cosas
y no se habló ya más de ello,
yo no sé qué hubiera sido
de mi primo, que aunque es bueno
tiene su alma en su armario
y los calzones bien puestos.

Voy a referir la historia,
que nada tiene de cuento;
cuantos en ella figuran,
viven todavía, menos
aquel buen Padre José,
un carmelita profeso,
que en aquel aciago día
que quemaron los conventos,
dejó el nido de su celda
llorando como un chicuelo,
y, sin saber dónde iba,
tomó el camino de Enmedio,
el que está pasado el tren,
y andando, lleno de miedo,
pasó el puente de la Rùmia,
el carril de los Gallegos,
la acequia del Junco, hacienda

de los Rosiques, y luego
saltando el puente de Alguazas
y un puentecito pequeño,
que llaman de la Meana,
donde hace un alto el terreno,
vió a la izquierda, entre los árboles,
una casa, cuyo aspecto,
por la cruz que coronaba
su tejado y por el hueco
de un poste, en que se veía
una campana en un hierro,
creyó el buen Padre José
que Dios le llamaba a aquello.

Lleno de alegre esperanza
se fué a la casa derecho
y vió encima de la puerta
este sencillo letrero:
«Casa de la Virgen». ¡Oh!
—dijo el Padre— aquí me quedo
Y arrodillándose mudo,
con los dos brazos abiertos,
en el portal de la ermita
besó humildemente el suelo

II.

José Martínez salió,
por su desgracia o su suerte,
soldado, y sirvió a la patria
apenas cumplió los veinte.
Le tecó la bola negra
de Ultramar, y un diecinueve
de Marzo, ¡vaya en qué día!
para Cuba partió alegre,
sin más pena que dejar
a sus padres y a su gente.
Allí sufrió mucho, mucho;
pasó el vómito dos veces;
se puso muy amarillo,
y, por último, unas fiebres
lo dejaron en los huesos,
triste, flacucho y endeble.

Pero como él era un mozo

sano, sin mácula, fuerte,
desechó la robinera
a los seis o siete meses;
batiéndose en la manigua
como un español valiente
y siendo de los primeros
en todo peligro siempre.
Nunca fué herido; una vez
salió milagrosamente
de una emboscada traidora
de aquellos negros aleves,
donde murió el capitán
y él salvó herido al teniente
llevándolo a coscaletas
más de una legua, hasta un fuerte,
donde aún llegaron a tiempo
de salvar la vida al jefe.

Por esto tiene una cruz
que le honra y enorgullece
y cobra por toda paga
diez reales todos los meses.

Después de hecha su campaña,
volvió como pocos vuelven:
más hombre, más español,
más murciano, y, si se quiere,
más huertano, más panocho,
con cariño más ardiente
a la tierra de sus padres,
a aquél rincón siempre verde
que se llama «La Florida»,
un vergel entre vergeles,
el centro del Mediodía
de esta Huerta, que parece,
aislado de todo el mundo,
un paraiso terrestre,
donde no llegan del vértigo
que a todos nos enloquece,
mas que rumores medrosos
y lejanos de los trenes

Al volver José Martínez
a su idolatrado albergue,

halló solos a su madre
y al otro hermano que tiene,
tristes, de luto, sombríos,
por la pérdida reciente
de su padre, que murió
lo mismo que el que se duerme,
después de una honrada vida
en el trabajo perenne
de la tierra. Una mortal,
rápida, traidora fiebre,
lo tumbó en el pobre lecho
con el frío de la muerte,
y espiró el pobre llamando,
diciendo incesantemente:
—¡Dulce Jesús de mi vida!
¡Virgen Santa! Mi hijo Pepe!

Por eso, al llegar José
abrazó entrañablemente
a su madre y a su hermano,
pobres, desvalidos seres,
a quienes la Providencia
les confiaba en su suerte;
y después, sobre la almohada
donde su padre creyente
tuvo la muerte del justo,
llamándole tantas veces,
derramó un raudal de lágrimas
y rezó piadosamente.

A otro día se hizo cargo
de los pocos intereses
de su casa. Vió que todo
andaba perdidamente;
las tahullas, sin esquilmos,
llenas de caldos silvestres;
el horon sin grano alguno;
ni una bestia en el pesebre;
ni el costal de la molienda
repleto como otras veces...

La penuria, la miseria,
con sus ahogos crueles,
fué lo que encontró en su casa
aquel cariñoso Pepe.
Cuatro gallinas no más
vió en el corral, donde siempre
hubo de sultán un gallo
con un haren de unas veinte
gallinas cacareadoras,
franciscanas y ponientes.

José dijo: «¡Bueno! Pues...
el Señor así lo quiere,
yo levantarè esta casa,
yo haré que mi madre aliente
y deseche la tristeza
en que se abate y se muere;
yo regaré esas tahullas
con el sudor de mi frente
y Dios me bendecirá,
porque Dios siempre protege
al que dedica a su madre
todas las fuerzas que tiene.»

Y, en efecto, aquello fué,
no un milagro de la suerte,
sino un milagro del cielo,
que los hace cuando debe.
Con ciento cuarenta duros
que traía ahorrados Pepe,
pagó el rento de dos años,
puso las tierras corrientes,
echó hortalizas tempranas,
que es lo que más cuenta tiene;
compró una señora burra,
aumentó el corral viviente
con catorce o quince picos;
emprendió el tejemaneje
de comprar y de vender
animales en los jueves,

y, al año, había doblado su crédito e intereses.

Entonces pensó en casarse, aunque no precisamente por convicción, o *a priori*, que ésto rara vez sucede; por más que su soledad y su madre le pidiesen compañera y cirinea para todos los reveses.

Lo pensó y se decidió de una manera solemne, porque se prendó de Ana, que vivía casi enfrente, hija de Migalo el Terco, reina de aquellos vergeles, muchacha a quien él dejó rayando en los diecisiete, mocosuela inocentona jugando a los alfileres y se la encontró mujer hecha y derecha, en el fuerte de su juvenil belleza, rozagante, hermosa, alegre, llevando todo el navego de la casa y sus quehaceres y sufriendo con su padre lo que increíble parece.

III.

Cuando el buen Padre José llegó tembloroso al sitio donde lo dejamos antes arrodillado y rendido, rodeáronle enseguida gran número de vecinos, que le ofrecieron los pobres sus generosos auxilios. Lo instalaron en la ermita, que es la ermita de Patiño,

le dieron naranja, caldo
y una miajica de vino,
hasta que al fin consiguieron
que se quedase tranquilo.

—«¡Dios os lo pague!»— decía
aquel Fraile agradecido—

«¡Dios os lo pague de gloria!
¡Dios os lo pague, hijos míos!»—

Y desde aquel fausto día
se quedó en aquel partido,
donde más de treinta años
dijo misa los domingos
y echaba tan santas pláticas,
con conceptos tan sencillos,
que las gozaban los hombres,
las mujeres y los niños,
y en todos los corazones
prendían el fuego vivo
del amor de los amores
a la Virgen y a su Hijo.

—«¡Dios es bueno!»—les decía
con ternísimo cariño—

¿y vosotros, qué sois? Malos,
pues no podeis ser sus hijos:
cuando vais a ver al amo
os poneis el jugoncico
con los botones de plata
y los mejores trapicos,
y no pasais para Murcia
sin que os afeite Remigio;
en cambio venís a misa
lo mismo que unos cochinos:
como salís del pajar
os encajais aqui mismo,
honrando al amo, que es hombre,
mucho más que a Jesucristo.

¡Bueno! Pues no digo más
y sigo la misa: He dicho...—

¡Y qué misa la que aquel
hombre decía! ¡Era un himno
en el que se extasiaba!
Cuando en el pobre recinto
de aquella pequeña ermita

se escuchaban los sonidos
de aquellas grandes palabras:

Hoc est corpus meum... digo,
porque lo puedo decir,
porque lo oí siendo niño,
que parecía sentirse
el inefable ruido
de las alas de los ángeles
que bajaban del Altísimo
a las manos de aquel hombre
tan humilde y tan sencillo.

El Padre José era un santo
y reformó aquel partido;
restauró la pobre ermita,
le puso retablo al nicho,
hizo coronas de plata
para la Virgen y el Niño
y hasta compró un incensario
de metal blanco bruñido.

Con su fé, con su palabra
y con sus virtudes, hizo
una familia de hermanos
de todos los del partido.
Solo con Migalo el Terco
se estrellaron sus designios
pues no pudo conseguir
que corrigiese sus vicios.

IV.

Migalo el Terco era un hombre
de sesenta y tantos años;
pequeño, enjuto de carnes,
con un genio de los diablos.
Estaba ya casi inútil
Migalo para el trabajo,
porque, además de la edad,
estaba el pobre lisiado.
Todo por su propia culpa,
por su terrible geniazo,
que le cegaba de ira
y le enloquecía, tanto
que era capaz de tirarse

con la rabia por un tajo,
de lo cual en sus faenas
quedó el pobre aporreado.

Por cualquiera bagatela,
tomaba un berrinche bárbaro,
y maldecía del cielo
y de todo lo más alto
y de su alma y de sus tripas
y comenzaba a echar sapos
y culebras por su boca,
yendo por allá rodando
desde la hora en que nació
hasta el lucero y el chápiro.

Aunque a su mujer y a su hija
jamás levantó la mano,
vivían las pobrecitas
en eterno sobresalto.
Con quien saciaba sus furias
el iracundo Migalo,
era con el noble Purre,
que era un perro desgonzado,
a quien todas las caricias
que solía hacer su amo
era darle una patada,
cuando el Purre, confiado,
se acercaba a él, moviendo
con zalamería el rabo,
como pidiendo permiso
para lamerle la mano.

Mas, como el perro salía
diciendo fú como el gato,
y aunque Migalo corriese
no podía percanzarlo;
para quedar satisfecho
en sus muchos arrebatos,
se entraba en la oscura cuadra,
cojía un tremendo palo
de los que tenía él
al efecto preparados,
y a una burra que tenía,
muy buena para el trabajo,
le arrimaba tal paliza
de golpes y de hijonazos,

con música de blasfemias,
de por vidas y de tacos...
que al sentirse ya rendido,
se quedaba deshogado.

Cuando murió su mujer
la sintió de un modo extraño,
rompiendo cuanto cojía
de botes, ropas y trastos:
mientras su hija, la pobre Ana,
derramaba amargo llanto
por quedar sola en el mundo
con aquel desventurado.

Ana, como fué su madre,
era una malva, un encanto;
eran dulces sus palabras
y dulces sus ojos garzos;
más buena que el pan, más tímida
que la paloma del campo.

Llevaba como una cruz
que el Señor le había dado
el carácter de su padre,
y dedicada al trabajo
de su casa, no tenía,
un momento de descanso.

Todo lo hacía la pobre
tan bien, con tanto cuidado,
por ablandar aquel ogro
y no podía alcanzarlo;
pues jamás oyó la hija
una palabra de halago
de aquel demontre de hombre
que nunca tuvo en sus labios
ni una sonrisa lijera
para quien lo amaba tanto.

Todas estas circunstancias,
digámoslo así, inflamaron
en el corazón de Pepe
un amor grande y simpático.

—«Yo se la quito a ese tío.
¿No es lástima que un gahnápiro
que tiene a su lado un angel
así esté martirizándolo?»

Y dicho y hecho, una tarde
se fuè casa de Migalo
y le dijo estas palabras
con bastante desenfado:

—Migalo, vengo de paz
y he de hablar contigo un rato.

—¿Conmigo?

—Contigo hombre.

—Pos ya estás emprenchiando.

—Bueno, pos prencipiaré.

Has de saber, y es el caso
que vengo a pedirte tu hija...

—Mira, Pepe, no sigamos,,,

¡Recontra! ¡Repuñalà...!

Pos así me parta un rayo
y se hunda el cielo, si yo
aun te siguiera escuchando.

¡Por vida del otro Dios!

—No seas animal, Migalo.

—Pos así me dé un dolor
en la boca del estómago
si yo dijera que sí...;

ya me estás aquí estorbando.

Mi hija no quiere a naide,
y aunque quisiera, es en vano.

—Me quiere à mí, me lo ha dicho,
y además, yo le he jurado
llevármela de tu casa

si tú no quieres casarnos...

—¿Llevártela tú? Maldita
sea hasta el agua que te echaron
si dices eso otra vez.

—Lo digo y te lo recalco:
me la llevo de tu casa
el día menos pensado,
no para dejarte solo,
que no lo pienso, Migalo;
para que tengas dos hijos
que tengan de tí cuidado

y en mi madre encuentre ella
el cariño y el amparo
que tu mujer le ofrecía...
—Pepe, me estás provocando...
déjame en paz, anda *váste..*,
—Justamente, eso buscamos...
vivir en la paz de Dios...
y no gruñendo y rabiando
como tú vives. Adios...
ya te lo he dicho, la saco
por la buena o por la mala,
me la llevo y nos casamos.—

Dijo, y le volvió la espalda
tomando carril abajo;
Miguel quedóse un momento
atónito, estupefacto;
después penetró en su casa,
encontró a su hija llorando
porque oyó toda la escena
desde la puerta del cuarto;
tembloroso, enternecido,
y todavía dudando,
le dijo a su hija:—«¿Es verdad
lo que José me ha contado?
¿Es verdad que tú lo quieres?
Contéstame: yo lo mando...
—Es verdad, padre, es verdad,
ya nos queremos un año.—

¡Maldición! Aquí fué Troya,
aquí le subió a Migalo
toda la sangre al cerebro
y se pegó un puñetazo
en el pecho, que se haría
sin duda bastante daño;
dió dos pasos hacia Ana
con el puño levantado,
mas se contuvo enseguida,
y saliéndose del cuarto,
buscando objeto a sus iras,

le dió al Purre un ladrillazo
y a la inofensiva burra
muchísimos estacazos;
sin conseguir, como siempre,
el quedarse desahogado,
porque esta vez, ya rendido,
jadeante de dar palos,
sobre el borde del pesebre
se quedó el pobre llorando.

V

Hacia el Padre José
en la ermita unas novenas
tan hermosas a la Virgen,
en su advocación poética
del Carmelo, que la ermita
aunque mezquina y pequeña,
parecía un rinconcito
feliz de la gloria eterna.
Como él era carmelita,
su devoción más intensa
era la Virgen del Carmen,
todo su amor era ella;
y el pobre, como podía
celebraba allí su fiesta,
no con la suntuosidad
ni con la magnificencia
del convento, pero sí
con la sencilla grandeza
de la devoción más pura,
más poética, más tierna.
Ante la pequeña imágen
se encendieron muchas velas,
y en la mesa del altar,
en jarros y vasos puestas,
formando olorosos pomos,
rosas, lirios, azucenas...
que llevaban las muchachas
y que renovaban ellas
gozosas todas las noches
que duraba la novena.
¡Cómo se rezaba allí

el rosario! ¡Con qué fuerza
y qué fervor repetía
la creyente concurrencia...
el Dios te salve, Maria,
Padre Nuestro, gratia plena,
y el humilde *ora pro nobis*
que se repite y contesta
a aquel himno en que a la Virgen
se la colma de ternezas,
llamándola Reina, Madre,
consuelo, refugio, estrella,
salud, esperanza, vida,
amor, ciencia, fortaleza,
arca, torre, espejo, sede
y *sine labe concepta*.

Recordando aquel fervor
he pensado: en las iglesias
donde se reza el rosario
y casi nadie contesta
¿es que lo tendrán a menos
o es que les dará vergüenza
decirle a lá Virgen, ¡¡Madre!!
asi, fuerte, a boca llena?

Era el dia de la Virgen
del Carmen; la noche era
en la ermita del partido
de la última novena.
Hubo tanta gente que
se llenó toda la puerta
hasta el carril y hasta en lo alto
de las próximas moreras
hubo mozos y zagales
para ver mejor la fiesta.

Estaba el Padre José
tan tierno la noche aquella
que quiso decirles algo
de plática a su manera;
pero no pudo y habló
con la ejemplar elocueneia
de las lágrimas que el gozo
le arrancaba placenteras.

—«¡Viva la Virgen del Carmen!» —
dijo al concluir la novena.
«¡Viva la Madre de Dios,
que es también la Madre nuestra!» —
dijo, y contestaron todos
con tanta fé y tanta fuerza,
que su viva fervoroso
retumbó en toda la Huerta.
repitiéndolo al volver
a sus alegres viviendas.

Solo ya el Padre José
empezó a apagar las velas
rezando por despedida
una salve postrimera.
Cuando concluyó su rezo
y recogió las pavesas,
avivó la luz opaca
de la lámpara pequeña
y cogió después la llave
y se fué a cerrar la puerta.

En ésto vió adelantarse
hácia él una pareja,
un hombre y una mujer
que echaron rodilla en tierra
y que sin decir palahra
se abrazaron a sus piernas.
—¿Quiénes sois? ¿Qué es lo que pasa?
¿Qué quereis? ¿Qué broma es esta?
Exclamó el Padre José
asustado muy de veras...
Entonces alzaron ellos
a un tiempo las dos cabezas
y pudo el Padre José
reconocer quiénes eran.
—¡Ana! ¡Pepe! ¿Qué quereis?
Hablar, por Dios, con presteza.—

Josè levantóse al punto;
quedó arrodillada ella,
suspirando sin cesar
y como una Magdalena.
—«Ha sido, Padre José,
que he comprometido a ésta
para que deje su casa

y que conmigo se venga.

Mas como yo soy cristiano
y ella es muy honrada y buena
y ambos queremos casarnos
según lo manda la Iglesia...
como su padre no quiere
que le hable, ni la vea,
ni que me case, ni nada...
yo me he dicho, pues a fuera,
se le saca del suplicio
en que vive medio muerta,
se le dá al Padre José
y se le hace de ella entrega,
y él verá cómo nos casa
y cómo el negocio arregla.
Y aquí se la dejo a Vd.
y usted hace lo que quiera;
que yo me voy a mi casa
suceda lo que suceda...»—

Quedòse el Padre José
asombrado, hecho una pieza...
y cuando repuesto un poco
iba a protestar de aquella
emboscada y compromiso,
se vió a Migalo en la puerta
desmonterado, furioso,
provisto de una escopeta
y diciendo:—¿Dónde está
esa mal nacida hembra,
que voy a pegarle un tiro
y a partirle la cabeza?—
Verlo José, desarmarlo
y tumbarlo en las losetas
y echarle una mano al cuello
y sujetar a la fiera...
todo fué obra de un momento,
pero Ana, con gran presteza,
se levantó, separó
de su padre caído en tierra,
a Pepe; puso valiente
en sus manos la escopeta
y le dijo arrodillada:
Si quereis matarme, sea...—

aquí donde está la Virgen
que sabe que yo soy huena
y que os quiero con el alma
aunque a Pepe también quiera.—
Los tres hombres se quedaron

como si fueran de piedra
ante la noble actitud
de aquella pobre mozueta;
el Padre José sacó
su gran pañuelo de hierbas
para enjugarse sus lágrimas
que caían como almendras;
Pepe no sabe qué hacer,
y Migalo, aquella fiera,
domado por la paloma,
rendido por esa fuerza
misteriosa de los débiles,
tiró lejos la escopeta,
miró a su hija y a Pepe,
al padre José, a la excelsa
Virgen del Carmen, lloró,
acaso por vez primera,
y adelantándose luego
hasta la sagrada mesa,
se dejó caer al suelo
y con grandísima fuerza
empezó a dar coscorrones
al altar con la cabeza.

Pero allí concluyó todo;
el final de aquella escena
fué que Miguel, lavantándose,
ya su rabia satisfecha,
le dijo al Padre José:
—Padre, haré lo que usted quiera.—
—¿Qué he de querer yo, hijo mío?
«Que ahora mismo, en la presencia
»de la Virgen, los perdones;
»que des un abrazo a ella

»y que a Pepe como a hijo
«desde este instante lo tengas.»—

Aquel testarudo viejo,
que no era más que un rabieta
abrió los brazos diciendo
con el alma y con la lengua:
—«¡Hijos míos! ¡Hijos míos!
«Dios perdone mis torpezas.»—

Y cuando los vió abrazados
al padre, a Pepe y a ellas,
aquel buen Padre José
alzó la mano derecha
y dijo:—«Dios los bendiga
para que felices sean.»—

Y lo son ya cinco años
que hace que pasó esta escena
y que Ana y Pepe casaron
como lo manda la Iglesia.
Migalo parece otro;
con todo el mundo congenia;
la madre de Pepe tiene
todos los años dos lluecas
que de pollas y de pollos
le sacan varias docenas.

Pepe es más rico y se mete
hasta a tratante de hijuela,
y Ana, la ejemplar esposa,
no cabe de satisfecha,
por tener como dos soles
dos chiquillos, nene y nena.

En aquel modesto hogar
ha echado la Providencia

su divina bendición
«para que felices sean».

Hasta la burra ha engordado,
porque Miguel no le pega,
y hasta el Purre salta y briuca
por lamer la mano seca
de su amo, que sonrío
y al perrillo se la deja.



==== CRÓNICAS ====



SAN ANTONIO

Aquel que está en el altar
mirando con dulces ojos
al niño Jesús que tiene
en los brazos amorosos,
es el santo de las niñas,
el bendito San Antonio.
Aquel ramo de azucenas
no lo lleva por adorno,
ni el libro porque lo vean
y darse de sabio tono;
pues las azucenas hacen
de su pureza el elogio,
y el libro quiere decir
que supo mucho este mozo.
Diganlo los paduanos
y dígalo el orbe todo.
Joven, bondadoso, humilde,
de tan simpático rostro,
soñador de sus amores
divinos y generosos,
¿no es natural que a sus pies
vayan en tropel famoso
tantos, mejor dicho, tantas,
como en este valle lóbrego
pasan penas por aquellos
en quien pusieron sus ojos?
A un santo que es todo amor,
¿no es natural que nosotros
de los amores del alma
lo hayamos hecho patrono?
Y siendo el amor un bien

con mezcla de mal y todo,
una ilusión que atormenta,
un remedio ponzoñoso,
una dulzura amargosa,
un mucho que sabe a poco,
una luz entre tinieblas
y una nada que lo es todo;
siendo lo que da la gloria
con algo de purgatorio,
lo que nos consume vivos
y lo que nos pone gordos,
¿no está bien que haya en ameres
un abogado notorio,
que proteja lo que es bueno
y nos libre de lo otro,
como lo es, y como puede
el bendito San Antonio?
Dios, ocupado en que el mar
no nos arme un alboroto;
en que del sol, que es la vida,
no se apague nunca el horno;
en que ni un astro del cielo
tuerza su sendero propio;
en que se cumplan las leyes
de su *fiat* poderoso,
en domar al huracán,
acallar al trueno ronco,
y, sobre todo, en hacer
eternamente dichosos
a los bienaventurados
con el brillo de sus ojos;
Dios, la Bondad infinita,
Padre eterno y amoroso,
que sabe todas las penas
que padecemos nosotros,
el día que subió al cielo
el bendito San Antonio,
le dijo: «Encárgate tú
de esas cosas de los novios».



ABRIL

Tres días van del lluvioso
y templado mes de Abril,
y cuatro mañanas de esas
en que es tan dulce dormir.
Ya se han cubierto los árboles
de su verdoso matiz
y los pájaros madrugan
a cantar el pío pí
y a hacer el nido de pajas
por lo que pueda ocurrir.
Ya es la huerta una pradera
cubierta con el tapiz
ese que forman las flores
abiertas y a medio abrir;
ya, si hace frío, será
soportable y baladí;
y el viento, si acaso corre,
se quedará en cierto gris.
Estamos en primavera
y todo empieza a reir,
lo mismo el alba que nace
que el sol al tocar su fin.
Como Murcia está en el hondo
del valle que llenan mil
y mil huertos y jardines,
formando una cosa así
como un canastillo inmenso
bajo un cielo de zafir
en cuyo centro la Torre
descuella como una hurí;
estamos, como en un ramo,

y sin podernos salir
de esa atmósfera embriagante
que hay a oleadas aquí.
¿Esto de la primavera
será cosa de Darwin?
¿Esto de que nuestro espíritu
deseche el amargo *esplín*
y perciba de las flores
algo mucho más sutil
que su perfume y aromas
y se sienta revivir,
en medio de este gran valle,
en tan hermoso pensil?
¿Esto es cosa de la sangre?
¿Esto no pasa de aquí?
¿Es solo cuestión de música
con tanta delicia oír
lo que cantan en sus nidos
los que se arrullan allí?
¿Es todo cuestión de vista
el admirar un jardín,
lleno de sol y esperanzas,
el sudario sacudir?
De ningún modo. Yo creo
que así como hay un Abril
en el año, en que la tierra
tiene un bello resurgir,
para el alma, tras la tumba
empieza un tiempo feliz,
una primavera eterna,
sin estas penas de aquí.
Si no, el canto de los pájaros
el perfume más sutil,
el viento tibio y las auras
me gustarían a mí,
no por elevar mi espíritu
a amar, pensar y sentir,
sino para dormir mucho,
como cualquier infeliz.



FLORES

He dicho que la violeta
y el rico galán de noche
deben ser novios, porque,
tanto en sus finos olores
como en su modestia suma,
se igualan y corresponden.
Ella es pequeña y humilde
y todos le reconocen
que sus galas verdaderas
los vestidos que se pone,
ni son de vano artificio
ni de aderezos deformes;
y él, esquivando del vulgo
las curiosidades torpes,
no exhala de sus adentros
el amor de sus amores,
sino entre las sombras dulces
de la regalada noche.
Las flores no tienen alma,
pero tienen sus olores,
su esencia noble, lo mismo
que el espíritu del hombre,
y, en cierto modo, un sentir
igual que los corazones.
¿Por qué no huele el galán
si no es entrada la noche?
¿Por qué van mirando al sol
tan fijos los girasoles?
¿Por qué busca el lirio el campo
y en la soledad se esconde?
y ¿por qué la sensitiva

nunca quieren que la toquen?
¡Quién sabe! Yo solo sé
que son divinas las flores,
que atraen nuestras miradas,
que embellecen nuestros goces,
que deleitan nuestros ojos
con sus hermosos colores,
que embriagan nuestros sentidos,
que alientan nuestros pulmones,
que las creemos el adorno
más precioso de las jóvenes,
que las hacemos emblema
de nuestros puros amores,
y que las juzgamos dignas
de estar donde Dios se pone,
en el altar de la Virgen,
Madre de Dios y los Hombres.

Primeras flores del año,
de la primavera albores,
gala de la madre tierra...
dejad que os cante y os goce.
El hombre, con ser tan grande,
no tiene más que dos flores,
la flor de su juventud,
toda llena de ilusiones,
y la flor de su pureza,
que es más hermosa que el orbe.
La flor de la juventud
la mustia en necios derroches,
y la flor de su pureza
la vá dejando en girones
mancillada y destrozada
con los placeres más torpes.
Cuando las dos se han perdido
todo es angustia y temores,
desabrimientos del alma,
dudas y vacilaciones.
¿Quién, a los cuarenta años,
cuando todo se conoce,
no daría por tener
íntegras esas dos flores,
cuanto de amargo ha bebido
en la copa de sus goces?

¡Ah! si en nuestra juventud
fuéramos galán de noche,
y en nuestra vida y costumbres
y en nuestras aspiraciones
fuéramos violeta humilde
que el orgullo no conoce,
tendríamos más salud
y más dichas y más goces...
y hasta más dinero algunos
y menos reumas y toses.





EN SAN BLAS

Con un cordón de San Blas
se hacen dos almas un cuerpo;
dos corazones se entienden
con un tallo de romero,
y en queriéndose dos bien
con que uno tome alimento
basta y sobra, según dicen,
y yo lo creo y lo apruebo.
Se compra un cordón de seda
para un torneado cuello,
se pone en él con cariño
y al descansar sobre el pecho,
el cordón es ya cadena,
suave yugo, lazo tierno:
que esto tienen los cordones
bendecidos por el cielo.
Sujete usted a una mujer
con eslabones de hierro,
sujétela usted con joyas,
con vestidos, con dinero;
y se le irá del amor,
del cariño y del afecto,
como se le escapa a un niño
el matizado jilguero
que ha comprado por dos cuartos
en la plaza de San Pedro.
Porque el dinero no vale
para comprar lo que es bueno.
¿Habrá alguno por el mundo
que diga: yo niego eso?

¿Qué es lo grande de la tierra?
¿Qué placeres los supremos?
¿No es la virtud lo mejor?
¿No es hacer bien el intenso
y gran goce de la vida?
¿No son los grandes portentos
del arte y sus maravillas
lo que nos sube a los cielos?
¿No es la poesía, la música,
lo que fuere el sentimiento?
¿No es lo que no es material
por lo mismo de no serlo
lo que nos hace olvidar
las miserias de este suelo?
Pues eso no hay en el mundo
para pagarlo dinero.
Yo fui testigo casual
y puedo contar el hecho:
era la noche del miércoles,
y justamente en el puesto
que hay frente de la botica
de Santa Eulalia, cayeron
estos dos amantes tórtolos
a que me voy refiriendo.
El le dijo:—«Escoje tú»,
y ella contestó;—«No quiero,
el que sea de tu gusto
ese me pongo yo al cuello.»
—Pues deme usté aquel más grande.
—Hombre, no, que yo lo quiero
para llevarlo de veras;
y ponerme ese adefésio...—
—«Pues, entonces toma éste»—
dijo él, sacando del pecho
uno de esos bendecidos
que no tienen otro mérito.
—«Este es el que quiero yo»
—dijo la del pelo negro,—
y fijando en él sus ojos,
con un mirar dulce y tierno,
a las puntas del cordón
les hizo un nudo pequeño,
se lo echó por la cabeza,

lo rodeó por su cuello,
y por bajo del vestido
y por dentro de su pecho
lo ocultó muy cuidadosa
ahondando un poco sus dedos.

EL PORTERO DEL CIELO

Alma mía, cuando salgas
de la cárcel de mi cuerpo,
y, como le pido a Dios,
vayas y llegues al cielo,
si por acaso en la puerta
te encuentras con el portero
y te impone la figura
de aquel venerable viejo,
no tengas ningún cuidado,
que aquel anciano es San Pedro,
el amo de cielo y tierra,
el más santo y el más bueno
de todos los doce apóstoles
que en Jesucristo creyeron.
Si te dice dónde vas
y que para pasar dentro
es necesario llevar
muchos y notables méritos,
le contestas y le dices
con muchísimo respeto:
— No se si traigo del mundo
el pasaporte bien hecho;
allí he dejado la carne
del caduco y pobre cuerpo
que no ha gozado ninguna
satisfacción por completo;
allí dejo un corazón
inmovil, cansado, yerto,
después de toda una vida
de latir con mil deseos;
allí un cerebro, fundido,



sin la luz del pensamiento;
allí lo que fué una carga,
de un hombre mortales restos;
yo, lo inmortal, vengo aquí,
o, mejor dicho, aquí vuelvo,
ya sin dudas, ya sin ansias,
ya sin celajes ni velos,
buscando el agua que apaga
la sed extraña que siento,
anhelando alimentarme
de la Verdad, que fué el sueño
de mi vida, allá en la tierra,
por la que sufrí tormentos...
Aquí estoy, a ver a Dios,
a reposar en su seno,
a vivir donde la muerte
no ejerce su atroz imperio,
a ver, de una vez, si es
verdad, la Verdad que creo.
Alma mía, si al decir
ésto que escrito te dejo,
ves una dulce sonrisa
en el rostro de San Pedro;
si ves que coge la llave,
la pone en el agujero,
le da dos vueltas, empuja,
deja el portón entreabierto,
y que pases a la gloria
te señala con el dedo,
humíllate, como puedan
los espíritus hacerlo,
y dí con la voz del alma:
«¡Bendito sea San Pedro!».



CREO

¿Qué es un misterio? ¿Es, acaso,
un imposible, un absurdo?
¿Es una verdad muy grande
que no la comprende uno,
o es un error manifiesto
que se disipa cual humo?
¿Lo que la razón no alcanza
dentro del dominio suyo
lo ha de rechazar por falso
o acatarlo por oscuro...?
¿No hay más dogma ni verdad
en éste pícaro mundo
que dos y tres sean cinco
y el mejor amigo un duro?
Yo confieso ingenuamente
que admiro y envidio mucho
a los que todo lo encuentran
claro como el plenilunio
y no tienen ni una duda
ni ven un problema turbio.
Yo, como por todas partes
parece que encuentro un muro
que detiene a mi razón
y que castiga su orgullo;
como yo no me comprendo
por mucho que lo procuro
ni sé lo que hay en mi alma
y en mi corazón oculto;
como ni del cielo azul
sé que puedo estar seguro,
y aún hay momentos en que

de si estoy soñando dudo...
creo en la fé de los misterios,
creo en lo invisible y oculto,
creo en la revelación
y en el Dios que es trino y uno.
¿Qué sabe uno por lo que
ha aprendido en este mundo?
Que en esta vida la lucha
es por el triste mendrugo;
que hay más egoismo sórdido
que afectos nobles y puros
y que va alternando el juego
de víctimas y verdugos.
Esto y el hacer alcohol
de garrofas e higos chumbos,
lo comprende uno enseguida
y hasta se lo explica uno.
¿Pero y las cosas del alma?
Vamos... yo... como me angustio
de pensar en que hay quien cree
que el remate es el sepulcro
y que todo éste sufrir,
este batallar tan rudo,
este pensar tan sublime
y este sentir tan profundo,
tienen idéntico fin
que la existencia del burro;
yo, dígalo quien lo diga,
no acepto ese inverecundo
morir para el alma humana
y protesto y me pronuncio.
Dios-Padre... es la Eternidad
a que van los hijos suyos;
sino para dormir mucho
como cualquier infeliz.
Dios-Hijo es el Redentor
que dió su sangre en tributo;
y Dios-Espíritu es
el fuego santo y fecundo
de un amor que durará
más que los creados mundos.
Yo no te comprendo, ¡oh Dios!
admiro tus atributos;

y te adoro, no en los astros,
ni del mar en lo profundo,
ni en el trueno cuando ruje,
ni en la luz, ni en sus efluvios;
yo te adoro donde he oido
tus ayes de moribundo,
donde ha corrido tu sangre,
donde he escuchado el arrullo
de la voz que me imponía
tu dulce y suave yugo;
¡en la Cruz! donde el misterio
quedó rasgado, y el mundo
dijo: Verdaderamente
aquí está Dios trino y Unico.



LA VIRGEN DEL CARMEN

Como en que me he de morir
creo en que he de salvarme
por lo que quiero a la Virgen
hermosísima del Carmen.
Dentro de mi corazón,
donde no lo sabe nadie,
donde no llega el impuro
ardor torpe de la carne,
tengo un riconcito santo
como un sagrario inefable
que lo conservo lo mismo
que lo saqué de mi madre,
para el amor de mi alma,
para la Virgen del Carmen.
De allí saldrá con el último
aliento, cuando me falte
calor en todo mi cuerpo
y en los pulmones el aire;
y al salir, sobre mis labios
es posible que se graben
por lo menos las seis letras
de ese su nombre adorable
y ellas me defenderán
y ellas llamarán los ángeles
para que, rendido el cuerpo,
quede como le amortajen
y el alma vuela segura
a los cielos inmortales.
Vengan a mí los demonios
esos de los rabos grandes,
de las afiladas uñas

y de los cuernos rampantes,
que yo los despacharé
solamente con la imágen
da la Reina de los cielos,
de los pecadores Madre.
Dios, al humanarse, puso
entre su ley inmutable
y la descendencia de Eva,
a la Reina de los Mártires,
a la que subió con él
al Calvario y probó el cáliz
de la amargura y lloró
con él lágrimas de sangre;
y la puso para que
fuera siempre nuestra Madre,
para que nos protejera,
para que nos disculpase,
para hacer, si ésto es posible,
más eficaz y más grande
de Dios la Misericordia
con sus ruegos maternales.
Con tan suprema abogada
hay necesidad de darse
uno mismo a los demonios
para ver de condenarse.
Yo lo digo y lo repito,
sin creer que a nadie falte:
como en que me he de morir
creo en que he de salvarme
por lo que quiero a la Virgen
hermosísima del Carmen,
flor eterna del Carmelo,
rosa divina fragante,
religión del sentimiento,
de la poesía y del arte.



SAN JUAN

Uno de los santos grandes,
más grandes que hay en el cielo,
es San Juan, ese que pintan
desnudo de medio cuerpo,
con una zamarra al hombro
y a los pies con un cordero.
Fué el que bautizó a Jesús,
en el desierto, vertiendo,
de las aguas del Jordán,
la que recogió en el hueco
de su mano, sobre aquel
que sin ningún sacramento
era más puro y más santo
que el mismo divino cielo.
El S. Juan, que hay en S. Juan,
la imagen, no es el reflejo
de aquel hombre, que vivió
tanto tiempo en el desierto,
comiendo miel y langosta,
sufriendo los elementos,
en constante penitencia
y con el cilicio puesto;
ese es el santo ideal,
el niño gentil y bello,
el que jugó con Jesús
cuando eran ambos pequeños.

San Juan es un día alegre,
entusiasta, placentero...
desde los montes, que exhalan
el perfume del eneldo,
hasta los oteros altos

(si es que queda algún otero)
y hasta el sol, que sale hoy
haciendo mil movimientos,
todo parece que rie,
que canta, que está contento,
en la plenitud de vida,
por inefable misterio.
San Juan siega, San Juan trilla,
dora los trigos morenos,
echa miel a las higueras,
cuaja el fruto del almendro,
pinta los linos de azul,
cuece el minchirón modesto,
empina las paniceras,
cuelga los racimos frescos,
les pone cresta a los pollos
que se llaman sanjuaneros
y verde o arrebolada
pone la fruta en los huertos,
no dejando ningún árbol
sin frutos y sin renuevos.
San Juan, no tiene de malo,
dicho sea con respeto,
sino ser santo del día
en que se pagan los rentos,
día de juicio final,
de difuntos, triste, acerbo
para el que si tuvo seda
la ha vendido a bajo precio,
si ha hecho hijuela, la ha pulido
a unos tres duros y medio,
si ha cogido algún pepino
los ha vendido por céntimos
y aun tiene, del otro año,
sin salida los pimientos,
y no le compran las pocas
habas que no se perdieron.
Casi todos los huertanos
vienen hoy con el dinero
que han podido recoger
entre tantos aperreos,
a presentarse a sus amos,
a decir: «aquí está ésto;

remédiese Vd. también;
mas, éste San Juan, no puedo.»
Los amos que, en general,
son unos amos muy buenos,
toman lo que ellos les llevan
dándose por muy contentos,
y diciendo buenamente:
«¡Vaya, nos remediaremos!»
Antes, cuando los huertanos
no vivían tan estrechos,
cuando a la huerta volvían,
hoy, pagado ya su rento;
se sentaban a la mesa
con su esposa y sus pequeños,
y la mesa la ponían
bajo del parral espeso;
y, más felices que el mundo,
puesta la cazuela en medio,
se comían con sus hijos
un arroz y gallo muerto,
que si no sabía a gloria
les sabía a poco menos.
San Juan no tiene la culpa
que ahora sean otros tiempos,
San Juan tiene levantado
como San Vicente el dedo,
que quiere decir: «¡Mucho ojo!
y ojo al Cristo, caballeros».



¡LÁSTIMA DE HOMBRRES!

En la calle de los Moros
le dieron la muerte al *Nene*,
que fué conmigo a la Escuela
el año cincuenta y siete.
Lo mató un joven que ayer
causaba lástima el verle,
con el peso del destino
sobre su pálida frente;
y no lloraba el muchacho
como lloran las mujeres,
lloraba de la honda rabia
con que lloran los valientes,
de verse solo en el mundo
por haber hecho una muerte,
por estar ciego, ofuscado,
creyendo que en los burdeles,
se pueden hallar cariños
y corazones que sienten.
Es necesidad precisa
ésta que todo hombre tiene
de querer a una mujer
sobre todos las mujeres;
para ser correspondido,
para los males y bienes
y las penas y alegrías
disfrutarlas igualmente;
pero hay que buscarla donde
las virtudes resplandecen,
donde una madre da ejemplo
de los más altos deberes,
donde una joven no viste

sino del modo que puede.
Compañera de la vida,
bálsamo, divino aceite
que suaviza las fatigas
y calma el dolor más fuerte
y que solo quiere a un hombre
en la vida y en la muerte.
Pero ir a buscar amor
donde las honras se venden,
por desgracia o ignorancia
pero sin cariño siempre,
es ir a la perdición
ciega y necesariamente,
es pedir al diablo gloria,
cosa que el diablo no tiene.
Yo comprendo que el amor
arrebate, turbe y ciegue;
pero por una mujer,
aunque sea pobre, que lleve
en sus labios purpurinos
las dulces, maternas mieles,
la pureza de los cielos
en su inmaculada frente
y en el alma sin mancha
la fé que los montes mueve;
pero por otras ¡Dios mío!
que semejan a la sierpe
traidora del Paraiso,
que se arrastran torpemente
¿no es vergüenza que dos hombres
riñan como dos valientes,
y el uno vaya a «la losa»
y el otro lleve un grillete,
en los años más hermosos
de la juventud alegre?



DOMINGO DE RAMOS

Ramos y palmas dá el día
por ser Domingo de Ramos,
y nos recuerda la entrada
de Jesús en el ingrato
pueblo de Jerusalén
entre el mayor entusiasmo.
Símbolo de paz y emblema
de amor desinteresado
son las palmas, y las flores
son galardón, honra y láuro
del héroe, del justador,
del que ha vencido luchando.
Hay una profanación
verdaderamente, cuando
a una flor toda pureza
se acerca un impuro labio;
o adorna un cabello hermoso
por algún lodo manchado;
las flores son de las vírgenes
el adorno y el encanto,
son hermanas de las niñas
y las almas sin pecado,
pues hasta en las cunas tristes
y en los ataúdes blancos
las azucenas y rosas
y los claveles morados,
son las mejores mortajas
y los mejores sudarios.
Muchas veces, cuando he visto
arrojar al escenario
ramos de flores a cientos

a cualquiera del teatro,
he creído profanadas
a las hijas de los prados;
mas cuando el día del Corpus,
a tiempo que pasa el Carró,
en donde va la Custodia
con Jesús Sacramentado,
he visto en Madre de Dios
cómo sacaban las manos
por las altas celosías
y hojas de rosa a puñados
echaban las religiosas
sobre el rico tabernáculo,
me he sentido conmovido
y hasta pensar he pensado
que se alegraban los cielos
al ver aquel espectáculo.
La palma de la victoria
hoy día se ha transformado
en cruz de beneficencia
y en otros varios colgajos,
que cuando se dán al mérito
y a aquel que los ha ganado
son muy dignos de respeto,
y cuando no, causan asco.
Yo, sin ofender a nadie,
con toda verdad declaro
que si tuviera una cruz
puede que en algunos actos
me la pusiera en el pecho
y hasta la ostentara hinchado;
pero confieso también
que si por cualquier acaso
llevando yo mi cruz puesta
me encontrara (supongamos)
del Hospital una hermana
o del Asilo de Ancianos,
y viera que ellas, las grandes,
las heroínas que admiramos
llevan con la toca blanca
solamente un negro manto,
me daría tal vergüenza
que me quitaba el cintajo.

¡Qué bien, qué hermoso está el pomo
puesto anoche con cuidado
en la reja donde sienten
dos pechos enamorados,
o en el balcón, donde sale
el sol para el que hay abajo!
¡Qué bien la palma rizada
que lleva el niño en la mano,
cuando hoy figura la iglesia
con el canto de los salmos
que Jesús llama a las puertas
de aquel necio populacho
a quien quiso dar su vida
y su corazón sagrado!
¡Qué bien la palma triunfante
sobre el cadaver helado
de la doncella purísima
como de la nieve el campo!
¡Y qué tristeza, qué pena
para los que ya no ansiamos
más flores que el sufrimiento
ni más palma que el trabajo!



LA HORA FATAL

¡Dios te libre de la hora
triste de las alabanzas,
que será indudablemente
cuando vayas en la caja
camino del cementerio,
hacia la última morada!
Entonces no hablará nadie
de tus cualidades malas,
y si acaso las recuerdan
será para disculparlas.
Cuantos te hincaron en vida
el diente con torpe saña
y el pellejo te quitaron
a tiras en tus espaldas,
cuando el fúnebre cortejo
formen en masa compacta,
desde la iglesia-parroquia
hasta la célebre plaza
de las monjas Agustinas,
de agua bendita regada,
irán diciendo: «Este hombre...
vamos... me ha causado lástima;
tenía, eso sí, sus cosas,
pero tenía buen alma.
Y lo que es talento... ¡eso
no hay que decir! Y palabra...
Cuando decía que nó,
no había quien le sacara
un céntimo del bolsillo,
ni tampoco una sed de agua.
Se le ha criticado, si

se quedó con una casa
que valía tres mil duros
y tenía hipotecada
por tres mil pesetas... pero...
fué una ocasión sin buscarla;
si él no se hubiera quedado
ya habia otros en la plaza
dispuestos a recojer
aquella breva macada.
El, buscarlos, no buscó
nunca negocios con mácula...
si se presentaban... ¡bueno!
lo que hacen todos... ¡caramba!
¡Lástima de hombre!— «Es verdad...
lástima de hombre... Dios le haya
dado el premio de los justos...
en la bienaventuranza!—
—Puede ser que donde menos
le lloren sea en su casa
porque el genio que tenía
era tan duro, que estaba
rabiando siempre, gritando
y maldiciendo sin tasa...
pero, ya ve usted, los genios,
como que son cosa innata,
no está siempre en nuestra mano
repropiarla y remediarla.
Pero últimamente ¿qué?
Que tiró un día la zafa
a su mujer y le hizo
tres heridas en la cara...
¡vaya usted a evitar un pronto!
Pero eso luego se pasa
y, tan amigos como antes,
y aquí no ha pasado nada.»

.....
¡Dios te libre, Dios te libre,
lector, de estas alabanzas!
pero a la prensa y al vulgo
que jamás en vida alaban
y a nadie le reconocen
ni el mérito que resalta,
hay que pedirles justicia,

equidad y tolerancia;
ni tanto agravio a los vivos,
ni al muerto tanta alabanza.
Las faltas de los que viven
no hay que sacarlas a plaza,
que las culpas de los muertos
en Dios está el perdonarlas;
nosotros solo podemos
rezar, pedir por sus almas.



LA JARRA

Quiero incienso aquí quemar
en loor de nuestra cerámica,
en honor del alfarero
murciano que nos prepara
para estos meses de sed
la grande, la hermosa jarra
de siete picos iguales,
de dos cojedoras asas,
que hace tan dulce, tan rica
y tan fresquisima el agua.
Quite de mi presencia
la cántara valenciana,
y la botella de barro
tan mazacote y pesada,
tan oscura en su interior...
¡vaya muy enhoramala!
y denme a mi, cuando yo
quiera beber a mis anchas
de aquel agua de la Luz,
que es como la luz de clara,
la jarra monumental,
la altiva jarra huertana,
que muestra su fondo límpido
cuando el líquido remansa
sobre los labios ardientes
que a su borde se abalanzan!
Llena y en su cubilete
donde tranquila descansa,
tiene más severidad
que las ánforas romanas,
y trasmanando en lijero

fresco trasudor del agua,
que bebe el aire y lo lleva
en sus calurosas ráfagas,
refresca su fino barro
más y más cada oleada
hasta que en agua de nieve
transforma el agua que guarda.
¡Pues y cuándo pende airosa
del gancho que en la barraca
con un tallo de morera
pone la moza huertana?
Allí es emblema cristiano
que está diciendo al que pasa:
«Viajero, si tienes sed,
aquí puedes apagarla,
y descansar un momento
sentado bajo la parra,
porque la gente que vive
en esta bendita casa
tienen mucha caridad
y es una gente cristiana».
Lo más limpio, lo más puro
es en la huerta la jarra,
donde no beben los chicos,
que beben en una taza,
para que no baboseen
su limpieza inmaculada.
Si alguna vez la mancillan
(y ésto es muy raro) llenándola
del vino del ventorrillo,
que siempre es vino que mancha,
entonces la borrachera
es imposible evitarla.
y acaso hay cuestión y acaso
sale a relucir la faca
y a otro día la tristeza
reina en la pobre barraca
y hecha pedazos manchados
se ve en el bancai la jarra.
Cuando sirve un año y otro
sin ninguna mala andanza
y el tiempo que en todo influye
la envejece y la señala

con la musgosa ova verde
que de su barro no salta,
entonces llena de tierra
y de agujeros bordada,
es primorosa maceta
de hermosos tallos de albahaca.



SOL DE ESTÍO

¡Qué fuego, el fuego del sol!
¡qué calor el de esa hoguera!
Tantos siglos como arde
sin que nadie le eche leña
ni lo atice, ni le eche
carbón de cok ni de piedra;
y no rebaja ni un punto
su invariable incandescencia;
por el contrario, parece
que arde más y que más quema
cada Julio y cada Agosto
de los que llevamos cuenta.
¿Qué fuego es ese que arde
sin consumir la materia,
sin devorar con sus llamas
lo mismo que le alimenta?
Yo no lo sé; que lo diga
si hay alguno que lo sepa,
porque lo que yo he leído
en libros de mucha ciencia
es que el sol es cosa grande,
tan grande que si la tierra
con sus mares y sus ríos
cayese sobre su hoguera,
ardería como arde
un trozo de encina vieja
cuando se ha incendiado un monte
y cuando un pinar se quema.
Impone mucho respeto
un astro de tal grandeza,
y por poco que se piense,

que quieras, o que no quieras,
sobre el sol y más allá
de la órbita más inmensa,
hay, no diré un Arquitecto,
porque ésto a mí no me suena,
sino un ser, el Ser Eterno,
el Sol de toda existencia
que ha hecho los miles de soles
que todo el espacio pueblan
y que dá el ser a sus fuegos
llenándoles con su esencia.
Esos astros, u otros mundos,
u otros cielos con estrellas,
los que Dios haya querido
que sean mansión eterna,
casa para lo inmortal,
gloria de las almas buenas,
están por esas alturas
donde la vista no llega,
donde sólo el pensamiento
confusamente penetra;
pues si el cuerpo queda aquí
hecho ceniza y pavesa,
de este miserable astro
en siete palmos de tierra,
como fuego inextinguible
que hasta lo infinito llega,
nuestra alma sobre los soles
tiene su órbita postrera,
y allá se siente llamada
por una invisible fuerza.
Hermoso sol de verano,
por más que tiras las flechas
de tus rayos encendidos,
no nos quemas, no nos quemas;
el árbol junta sus ramas
pobladas de hojas espesas;
las parras unen sus pámpanos
y sus tallos las moreras,
el cañaveral enlaza
sus móviles cañas huecas
y forma como una bóveda
para que el agua esté fresca...

y tú con todos tus fuegos,
y con el poder que ostentas
te detienes y no pasas
la bóveda de una higuera.



LAS PALMAS

El ser pequeño o pequeña,
desde luego, es un defecto,
que se puede compensar
y aun mejorar con exceso,
en las personas, si tienen
más grande el alma que el cuerpo.
En una mujer pequeña,
ordinariamente, vemos
una voluntad más firme,
un mayor entendimiento,
unas potencias del alma
más grandes, de más intenso
poder o resolución,
que en otras de corpulento
natural, en quienes suele
ser pesado lo que es peso.
Aunque en ésto hay excepciones,
y no una, más de ciento;
pues mejor un alma grande
cabe en un cuerpo gemelo.
Lo alto, sin embargo, tiene
una majestad, un mérito,
que Dios se lo quiso dar
por imborrable derecho.
Así como a la violeta
le dió el perfume selecto...
como a la mujer pequeña
le dió tesoros inmensos
de gracias, de *no se qués*,
de encantos y de embelesos...
dió majestad a las altas

y señorío en su cuerpo...
Y así, es el árbol gigante,
en el faro del desierto,
en la alta palmera, puso,
más que en el oliente cedro,
la majestad de las reinas
y lo noble de lo excelso.
Es su penacho, corona
que le han ceñido los cielos;
respira allá el aire puro
que no inficiona el helecho
ni maleficia las plantas
que rastrean por el suelo;
no siente ni las envidias
eternas de los pequeños,
y, mirando siempre arriba,
no anhela más que los cielos.
Por eso la palma es símbolo
del victorioso guerrero,
es el premio de los mártires,
de las vírgenes, del genio...
porque no hay nada en la tierra
tan propio ni tan selecto
para figurar lo grande,
lo majestuoso, lo excelso.
Por eso a Nuestro Señor
hoy lo recibió su pueblo
con las victoriosas palmas
que recuerda el Evangelio,
porque Él había de ser
vencedor del mundo entero,
y había de elevar su cruz
sobre coronas y cetros.
Palmas y ramos dá el día
que es de amor y de recuerdos;
las palmas que llevan hoy
los niños a nuestros templos,
son palmas inmaculadas
como lo son sus afectos;
ellas luego en los balcones
serán pararrayos ciertos,
que evitarán en las casas
males y penas sin cuento.

¡Qué hermosa que eres, oh palma
tan alta y cerca del cielo!
¡Con qué gallardía ondulas
junto al que va con el dedo
señalándole a la Virgen
a Jesús el Nazareno!
¡Qué lánguida y misteriosa
y hasta triste sobre el féretro
de la cándida doncella
cubierta con blanco velo!
Por eso estás y eres alta,
porque todo lo alto es bueno
y el llegar a tí a cogerte
es como coger el cielo.



VIDA

El ave forma su nido
llevando pajas ligeras;
las abejas liban flores
y alegres revolotean
para formar los panales
en las oscuras colmenas;
la savia sube a los árboles
y hace que broten afuera
hojas y flores y frutos
en los prados y en las selvas;
la espiga crece en el tallo
y se nutre y se rellena;
la hormiga busca afanosa
por las solitarias sendas
provisiones y alimentos
que a los graneros se lleva;
todo nace, todo crece,
todo ejercita su fuerza,
y ya en cantos, ya en perfumes,
gozoso se manifiesta
de formar parte feliz
del todo Naturaleza,
inmenso laboratorio,
fuente permanente, inmensa,
a quien Dios ha dado vida
digna de la omnipotencia,
y de la que el hombre es átomo
por su cuerpo y por su fuerza.
Todo lucha por la vida
sobre la fecunda tierra,
hay para todo en el todo,

y la grama y la palmera
y la hormiga imperceptible
y las águilas que reinan
en las nubes, lo que corre,
lo que nada y lo que vuela...
todo vive en movimiento,
todo ejercita su fuerza,
sin cansancios, sin temores,
sin sobresaltos, sin huelgas.
Hace poco vió la luz
el gusano de la seda
y empezó a comer ansioso
las hojas de la morera.
Entre comida y dormida
ha llegado a la gran freza,
a su crecimiento pleno,
al máximun de su fuerza,
y ahora para concluir
su misión en esta tierra
empieza a encerrarse solo
fabricando con la hebra,
que saca de sus entrañas
y es su riquísima esencia,
su cárcel y sepultura
donde muere oruga fea,
hasta que luego renace
como mariposa bella.
¡Hermosa imágen del hombre
sobre cuya vida pesan
el trabajo y los pesares
que con la fé no le arredran!
Porque la vida es tan breve,
que si el hombre no naciera
de la cárcel de su cuerpo
como el gusano de seda,
ésto de vivir aquí
fuera una broma funesta.

A MODO DE EPÍLOGO

IN MEMORIAM

Hace algunos años, en un día de los de fiestas de Abril, en plena Semana Santa, escribía yo lo siguiente:

«A Murcia hay que amarla en todo tiempo, con cariño de madre, pero en Semana Santa este amor nuestro ha de convertirse en adoración. Son estos días de recogimiento, tan típicos y tan evocadores en nuestra tierra, lo envuelve todo, séres y cosas, tal ambiente de misticismo y de poesía, que no es posible sustraer el alma al influjo fascinador de estas tradicionales bellezas.

«El murciano de buena cepa, enamorado de los encantos y de las virtudes de su madre, debe someterse alborozado a lo que cada uno de estos días exige—San Juan nos dice que cada día trae consigo su propio afán—es decir, ha de dedicarlos a las prácticas religiosas, a comprar claveles y caramelos, a admirar a Salzillo, a oír las correlativas, a dar un vistazo a la vega, a releer el Angel de la Oración del Huerto de Madrigal y los romances populares de Tornel.

«Y con ésto, el que así lo haga, habrá sabido extraer el jugo, la médula poética de estos santos días y el perfume que los envuelve, como en una aureola...

«¿Os acordais de aquel romance «A Murcia» de Tornel? Evocadlo conmigo y sentireis poco a poco un dulce calorcillo en las mejillas; vereis como os gana el corazón una emoción íntima y cordial, como a un huérfano al recordar la oración que rezaba su madre:

Murcia mía, santa cuna
de mis años inocentes,
quiera Dios que en ti mi vida
corte su curso doliente...

«¡Qué dulce mansedumbre, qué emoción más viva, qué bucólico encanto...! Casi todos estos Romances denotan un espíritu sentimental movido a gozo, transmisor de la simpatía humana. Su lectura nos purifica el corazón; por eso mismo habían de exhumarse indefectiblemente todos los años, en estos días de dulce recogimiento y de poesía, así como se exhuma en Noviembre el Tenorio de Zorrilla».

Ese sentimentalismo movido a gozo; esa simpatía humana de que yo hablaba entonces, son los factores esenciales, la médula poética que sostiene y alienta toda la labor fecunda del llorado murciano. En efecto, la ternura, la voz amada, unos ojos risueños que sorprendemos mirándonos confiados en medio de una muchedumbre distraída; los callados dolores de madres, las humildades de esposa sufrida y resignada que llora y no protesta; la tierna caricia de una mano que se posa sobre nuestras cabezas...; he aquí los móviles íntimos que informan sus temas poéticos; bañado todo, amorosamente, en un sano sentimentalismo de hogar cristiano.

No afirmo yo que la labor de Tornel, desde el punto de vista literario, sea transcendental... Para mí, su Musa es una flor de mansedumbre, sin perfumes exóticos, sin aires de Europa, dedicada exclusivamente a lucir en el rosal del solar amado, y a perfumar, entre los suyos, anhelos recónditos y ocultas bondades... No es obra transcendental, ni puede serlo porque alienta dentro del vallado humilde de un exclusivo murcianismo; pero siempre será preferible a la labor de embestir a unos hombres contra otros; a halagar multitudes para satisfacer concupiscencias y torcidos egoísmos; a defender, con la máscara puesta, teorías utópicas y a adorar la sensación como la más alta finalidad de la vida.

Su prometida, su amada, su Dulcinea, fué durante toda su vida la huerta murciana... ¡Su Huerta! ¡Ah, la resignada dulzura de los crepúsculos huertanos, las líneas onduladas de los montes que cercan la vega, los mansos alborozos rústicos, los verdes rincones de idilio! Entre los virginales esplendores de la vegetación, rodeado de floridos naranjos de hojas verdinegras, Tor- nel sabía oír una evocadora melodía agreste, y aquella melodía dulcísima y sedante para su corazón, estaba impregnada de humedades de rocío y de aromas de ro- sas nuevas...

En su labor diaria, las visiones poéticas de su vega moruna le deslumbraban. Huertano él mismo, ha sabido extraer el jugo de estos asuntos bucólicos y cantarlos en prosa y verso: Los gorriones, felices, bebiendo al sol en las charcas de los bancales recién regados, mien- tras danzan en zumbona zarabanda, sobre las verdosas aguas de la acequia, millares de mosquitos; la palmera de color de bronce antiguo; el lirio del valle, la resigna- da higuera, los nazarenos huertanos, la señoril parran- da, el gusano de la seda... y ¿a qué seguir? la huerta to- da con sus frutos, sávias y aromas, así como las cos- tumbres, tradiciones, anhelos y problemas de los huer- tanos.

Otro de los temas que le seducían en su labor diaria, y a los que trataba con amoroso celo, eran las descrip- ciones de ceremonias y ritos religiosos; este amor se encendió en su pecho, allá, en los dulces años de semi- narista, y nadie como él para pintar con cuatro rasgos la pomposa majestad de las bordadas casullas, la Proce- sión de las palmas, las novenas de Dolores, la entrada en Murcia de la Virgen de la Fuensanta y sobre todo, los días de la Semana Mayor, cuando triunfan Salzillo y las violetas; la Primavera sonríe como una novia di- chosa, y en los cielos y en el aire y en las cosas flota un místico perfume de errática poesía.



En su tarea diaria, la característica era el desaliño, pero no un desaliño *vonlu*, sino como producto natural de su modo de ser, ya que mostraba la misma dejadez y el mismo lamentable abandono en el vestir que en sus escritos. Jamás pulía lo que brotaba de su pluma: escribía al vuelo, bajo la impresión del momento y la agobiadora necesidad de llenar cuartillas. Su obra es incorrecta, pero ¿quién sabe...? sin ésto, quizás hubiera perdido ese carácter sui géneris, que le da el atractivo arcáico de un ingénuo primitivo.

Su ingrata labor periodística absorbió su vida; esa labor en la que para cada día dichoso hay ciento llenos de inquietudes, embrollos y sorpresas agri-dulces, incoherentes, ilógicas, como son ¡ay! los tediosos enredijos de la humana existencia.

Durante más de un cuarto de siglo fué director-proprietario del inolvidable y murcianísimo «Diario», el periódico entonces más popular de la Región, y en él, día tras día, está la historia menuda de Murcia, con sus horas de gala, de alegría y de luz y sus noches tenebrosas de inundaciones... ¡Treinta años de vida murciana aprisionados entre los corondeles de aquellas planas! ¡Treinta años de anhelos, de luchas, de bufonadas y virtudes!

No, su tarea no podía ser cuidada y ordenada, y precisamente lo que nos sorprende, encanta e interesa en Tornel es que sin afeites, artificios y recetas literarias, armado con el pincel de un primitivo, haya sabido pintarnos su visión particularísima de la vida, lo que le ha emocionado al contacto con la realidad.

Su obra toda, es en verdad, como un jardín abandonado: las estátuas están caídas; en la fuente seca anidan los pájaros; la lámpara de piedra del vestíbulo está apagada y borrosa... Todo se empolva y enmaraña...

Tal vez, aquí y allá, diseminados en las páginas de

este mismo libro—que no es su obra total sino una parte de ella—se encuentren en gérmen bocetos de verdaderas obras de arte; apuntes de crónicas, cuentos y poemas que son, no ya huellas evidentes del talento de su autor, sino los elementos que hubieran podido crear cuadros bellísimos y originales.

Repito que Tornel no aspiró nunca a ser un estilista; nunca aspiró a oficiar de benedictino por la forma; su propia idiosincrasia repelía tal aspiración; y en verdad, aunque yo no sea partidario de tal sistema, reconozco que a veces es útil y hasta indispensable para llegar a las últimas capas sociales y conmoverlas y gozar de la aureola popular, pensar, si se puede, como un Pascal, y hablar como hablara su criada...

Vivió Tornel como escribió: al día, con el abandono y el triste desbarajuste de un hombre solitario, sin esposa, sin hijos... Sus íntimos sabemos que él suspiró siempre, como su amigo del alma Baquero, por un hogar cristiano y sonriente, que fuera resumen de sus afanes; por un nido tibio y modesto, para convertirlo en trono, palpitante de temblores de besos, de alegría de rosas, de rumores de risas...

¡Tornel, Baquero...! Al evocar esos nombres, una honda de incontenida piedad nos sube a la garganta. ¡Pareja inolvidable de murcianos de la pura cepa! Inolvidables desde todos los puntos de vista: por su calidad de artistas solitarios, murcianísimos hasta la médula; por sus dotes de escritores; por sus amores al terruño y hasta por el relieve de sus mismas figuras: la de Tornel, exornada de miliciana perilla, era un tanto apicarada y donjuanesca, con empaque de hombre satisfecho y servicial; la figura de Baquero, altiva y desengañada; con su ancho sombrero de fieltro, sus imperiales patillas, su pipa, y su noble perfil verlainiano.

En estos últimos tiempos de su vida, bajo el peso de los años, decaía su espíritu y su cuerpo. En horas dulces y fáciles de intimidad su corazón buscaba pechos generosos, buscaba otros corazones a quien contarle confidencialmente, en voz baja, dulces efusiones; abríase su alma a todas las ternuras y sólo de tarde en tarde asomaba a sus labios la amargura, como el primer síntoma fugaz y desconocido de una enfermedad latente: la vejez... Había vivido mucho y vivir supone por partes iguales ciencia y dolor...

La muerte repentina de Baquero fué nuncio de la suya. Aquella herida en lo más sagrado de sus afectos le rindió. Después del triste suceso, vivió Tornel automáticamente algunos meses, muy pocos, melancólico y ceñudo como un cenotafio.

Por un misterioso azar estuve presente a su muerte, como lo estuve a la de Baquero. Murió el llorado murciano con la tranquilidad del que se dispone a cumplir un austero deber; entornáronse sus ojos, dejó desplomarse la cabeza sobre la almohada y se dispuso a dormir o a soñar... Ante su cuerpo yerto me oprimió el corazón una angustia sagrada y rememore in mente, a modo de oración, aquel romance ternísimo que ningún corazón murciano puede escuchar sin conmovirse, porque ocurre con él, lo que con la música: le evoca recuerdos hasta al que no los tiene:

«Murcia mía, santa cuna
de mis años inocentes
quiera Dios que en tí mi vida
corte su curso doliente
y me dé tu tierra tumba
que abriguen eternamente
las hojas de tus rosales
y el llanto de tus cipreses.

.

.

La mano derecha de Tornel, caída sobre el pecho,

esbozaba el signo de la cruz, y parecía hacer esfuerzos para alzarse y bendecir.

Quise, pensativo, traducir aquella actitud y acudieron a mis labios aquellas divinas palabras de dulcísimo colectivismo místico: Amaos los unos a los otros, murcianos, como yo os he amado...

Enrique Martí.



ÍNDICE



	<u>Páginas</u>
Al lector	V
Prólogo	VII
<u>ROMANCES</u>	
La Virgen de la Fuensanta	1
Murcia, por D. Alfonso el Sabio	15
Murcia	25 *
Cartagena	28 *
El busano de la sea	31
La hilandera huertana	36
Las desgracias del Tio Pacorro	40
Cantos populares.	44
Errores populares	53
Angelicos al cielo	67
Tristeza	70
La propiedad	74
Juanica	77
El espíritu de Salzillo	80 *
El ciego	84
Saavedra Fajardo y Polo de Medina	89 *
Personajes de la huerta	98 *
Los huertanos de la feria.	100
Guerra de la Independencia	104 *
Una moza	111
Un mozo.	114
La ermita del Pilar	117
El arrendador pobre.	122
La Alberca	126
José Martínez.....	129
<u>CRÒNICAS</u>	
San Antonio	153
Abril	155
Flores.	157
En San Blas	160

	<u>Páginas</u>
El portero del Cielo	163
Creo	165
La Virgen del Carmen	168
San Juan	170
Lástima de hombres.	173
Domingo de Ramos	175
La hora fatal	178
La jarra	181
Sol de estío	184
Las Palmas.	187
Vida	190
Epílogo	193



ERRATAS

En la pág. 1.^a, verso 19, dice «unión»; debe leerse «unción».

En la pág. 15, verso 14, dice «y sus damas»; debe leerse «a sus damas».

En la pág. 17, verso 2.^o, dice «deleitosos»; debe leerse «deliciosos».

En la pág. 20, verso 4, dice «tristes»; debe leerse «tígres».

En la pág. 36, donde dice IV, debe leerse VI.

En la pág. 67, dice el título «Angelillos al cielo»; léase «Angelicos», que es lo que escribió el autor, porque el «illo» no es murciano.

En la pág. 105, verso 31, se lee «Cuando cruzaron el Pirene»; debe leerse «Cuando, cruzado el Pirene».

En la pág. 110, verso 12, dice «acorralaban»; debe entenderse «acorralan».

En la pág. 148, verso 10, dice «ellas» por «ella».

